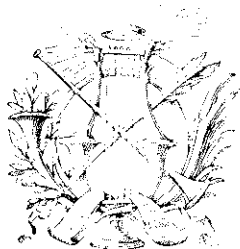


POESÍAS

DE

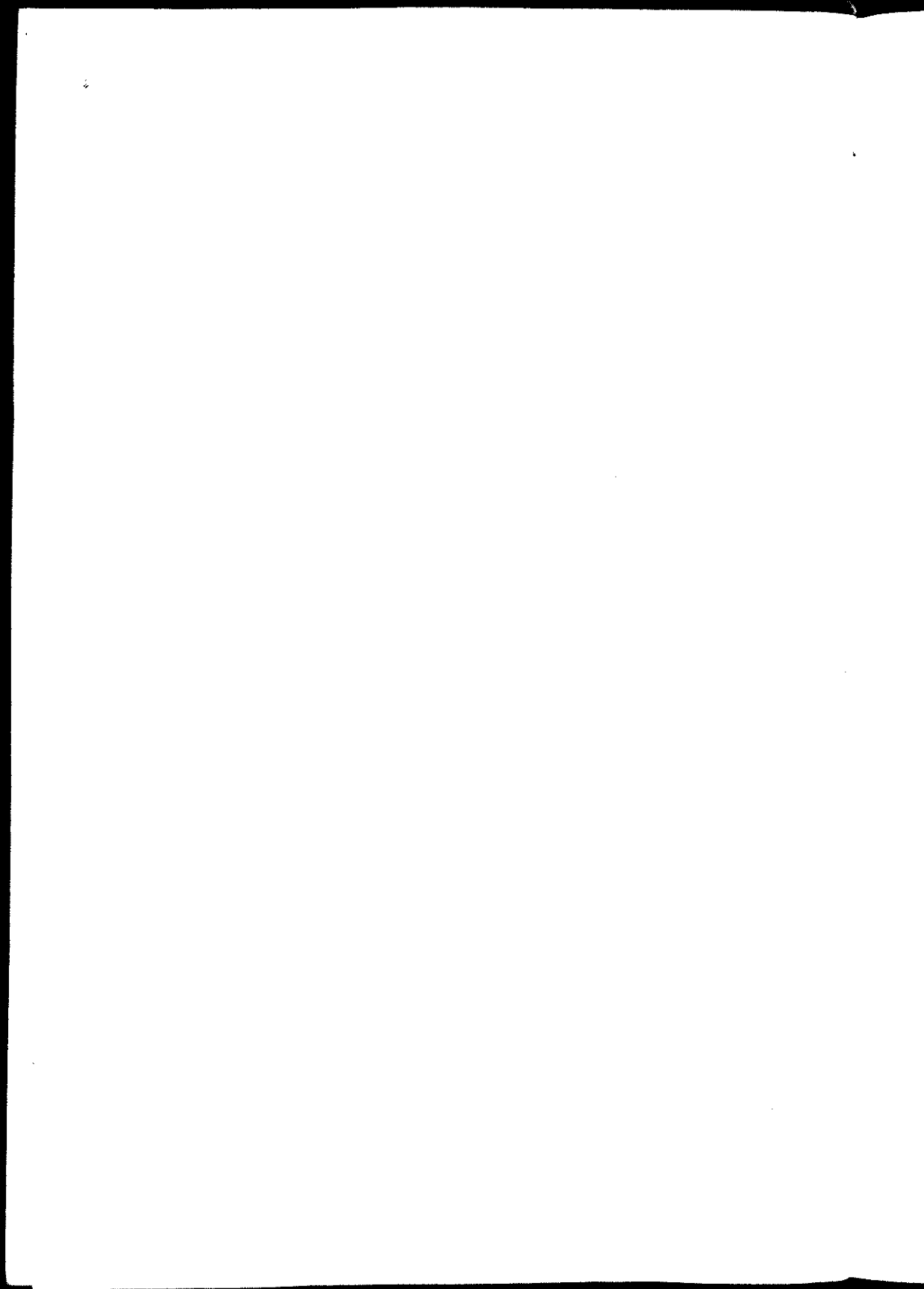
D. NICOMEDES PASTOR DIAZ.



MADRID:

POR AGUADO, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

1877





Al dar á la prensa estas composiciones, creo de mi deber manifestar el principal motivo que me ha decidido á hacerlo. Si la prensa fuera el público, no me atrevería á llamar su atencion sobre estas producciones; pero le respeto demasiado y le conozco lo bastante para que yo pueda presumir que dar á luz este libro es publicarle. La prensa es un medio de copiar como cualquier otro; y cuando el número de personas que por afición, por curiosidad ó por cortesía me piden copias de mis versos, ha llegado á ser demasiado considerable para que yo pueda satisfacerlas á todas, he creído mas cómodo formar esta pequeña coleccion y tenerla impresa.

Por otra parte, habiéndoseme llamado mas de una vez poeta, debo presentar mis títulos á fin de no usurpar un nombre no merecido, y de no arrogarme á la sombra del misterio una reputacion fundada en lo que no existe; porque tal vez no existirá mas que lo que al presente imprimo. Las composiciones que ahora doy á luz, muchas

de ellas publicadas ya en folletines ó en periódicos literarios, cuentan por la mayor parte siete ú ocho años de fecha. Hace tiempo que, dedicado á negocios y ocupaciones de muy distinta naturaleza, no he podido entregarme al delicioso placer de hacer versos. Tal vez no puedo hacerlos ya; tal vez no los haré nunca. En esta época desventurada, las facultades poéticas se extinguen pronto, la imaginacion se desengaña, el corazon se hiela, el gusto en vez de perfeccionarse se corrompe, las ilusiones se disipan, y la region poética del mundo se eclipsa, quedando solo á la vista el mundo real y positivo, ó la parte de él llamada así por los desdichados que creen que la imaginacion, el sentimiento, el alma, el amor de lo bello y el éxtasis de lo sublime no son nada, como los ciegos pudieran llamar mundo real al que ellos palpan, creyendo fantástico el que nosotros vemos.

He aquí las razones que me asisten para aventurarme á dar á luz estas páginas: he aquí la disculpa de mi osadía.

Por lo demas, todo el que lea el prólogo que escribí para las poesías de mi amigo el Sr. Zorrilla, conocerá la poca importancia que yo puedo dar á estos versos y aun al género á que pertenecen. En aquel escrito están consignados mis principios literarios, y allí se puede ver lo que á mis ojos vale y significa la esteril y anárquica literatura de nuestra edad. Mis versos son hijos de esta triste edad, y de esta literatura mas triste aún: no pertenecen al porvenir, ni á la sociedad, ni á la moral, ni á la religion, ni á objeto alguno universal, ó, como ahora se dice,

humanitario: son composiciones individuales, acentos aislados, plegarias, suspiros, desahogos, gemidos solitarios de un corazón que, como la mayor parte de los corazones que nos rodean, gime y llora solamente por haber nacido. Y si nadie puede estar mas convencido que lo estoy yo de que la poesía debe tener un fin social, y una misión fecunda, moral y civilizadora; si á nadie pueden parecer mas vanas, fútiles y efímeras todas esas obras de escombros, que van esparciendo como el polvo de su camino los que hoy peregrinan por el desolado campo de las artes: si creo que la ráfaga del huracán que sobre ellos sopla barrerá pronto ese polvo y borrará sus huellas; si estoy evidentemente penetrado de que poesía social no puede existir donde no hay sociedad, y de que en Europa la sociedad pereció, y no hay mas que individuos; y si de tan terrible anatema creo heridas las mas célebres producciones y las mas ilustres capacidades literarias de nuestra época, dejó á cualquiera elegir lo que de estos oscuros cantos podré yo creer y esperar. Por eso he dicho que no los publicaba, si que los imprimía. En la poesía puede suceder lo que en la arquitectura; en torno de los monumentos es preciso que se eleven las obras pasajeras que solo duran la vida de un hombre. A par del Escorial y del Vaticano se alzan miles de casas comunes, que se derriban y se renuevan cada generacion; y al pie de las eternas pirámides levanta el árabe su barraca de palmas que dura solo un dia, como á vista de Homero, Virgilio, Dante, Tasso, Shakespeare y Calderon, que cantaron para los siglos y para las generaciones: hoy se escribe para una pobla-



cion, para una clase, para una tertulia. He aquí todo el interés, toda la importancia que, á lo mas, doy á mis versos. Harta desgracia es no tener mas fe, y carecer de la arrogante presuncion del que estampó al frente de los suyos: *Exegi monumentum aere perennius*.

Por eso al imprimir estos preludios, he creído deber disculparme para con el público y para con los artistas del arrojo de publicarlos.

MI INSPIRACION.



100

MI INSPIRACION.



Cuando hice resonar mi voz primera
Fué en una noche tormentosa y fría:
Un peñon de la cántabra ribera
De asiento me servia:
El aquilon silbaba,
La playa y la campiña estaban solas,
Y el Océano rugidor sus olas
A mis pies estrellaba.

No brillaban los astros en el cielo,
 Ni en la tierra se oía humano acento:
 Estaba oscuro, silencioso el suelo,
 Y negro el firmamento.
 Solo en el horizonte
 Alguna vez relámpagos lucían,
 Y al mugir de los mares respondían
 Los pinares del monte.

Fuera ya entonces cuando el pecho mío,
 Lanzado allá de la terrestre esfera,
 Vió que el mundo era un árido vacío,
 El bien una químera.
 Nunca un placer pasaba
 Blando ante mí, ni su ilusión mentida,
 Y el peso enorme de una inútil vida
 Mi espíritu agoviaba.

Quise admirar del mundo la hermosura,
 Y hallé do quiera el mal. De amor ardía,
 Y nunca á mi benévola ternura
 Otro pecho se unía.
 Solo y desconsolado,
 Cantar quise á la tierra mi abandono,
 Mas ¿dó tienen los hombres voz ni tono
 Para un desventurado?....

Al destino acusé, y acusé al cielo
 Porque este corazón dado me habían;
 Y de mi queja, y de mi triste anhelo
 Los cielos se reían.
 ¿Dó acudir?... ¡Ay!... Demente
 Visitaba las rocas y las olas
 Por gozarme en su horror, llorar á solas
 Y gemir libremente.

Un momento á mi lánguido gemido
 Otro gemido respondió lejano,
 Que sonó por las rocas cual graznido
 De acuático milano.
 De repente se tiende
 Mi vista por la playa procelosa,
 Y de repente una vision pasmosa
 Mis sentidos sorprende.

Alzarse miro entre la niebla oscura
 Blanco un fantasma, una deidad radiante,
 Que mueve á mí su colosal figura
 Con pasos de gigante.
 Reluce su cabeza
 Como la luna en nebuloso cielo:
 Es blanco su ropage, y negro velo
 Oculta su belleza.

Que es bella, sí: de cuando en cuando el viento
 Alza fugaz los móviles crespones,
 Y aparecen un rápido momento
 Celestiales facciones.
 Pero nube de espanto
 Tiñó de palidez sus formas bellas,
 Y sus ojos, luciendo como estrellas,
 Muestran reciente el llanto.

Cual manga de água que aquilon levanta
 En los mares del Sur, así camina,
 Y sin hollar el suelo con su planta
 A mi escollo se inclina.
 Llegó, calladamente
 En sus brazos me ciñe, y yo temblando
 Recibí con horror ósculo blando
 Con que selló mi frente.

El calor de su seno palpitante
 Tornóme en breve de mi pasmo helado:
 Creí estar en los brazos de una amante,
 Y.... "¿quién, clamé arrobado,
 Quién eres que mi vida
 Intentas reanimar, fúnebre objeto?
 ¿Calmarás tú mi corazón inquieto?
 ¿Eres tú mi querida?"

“¿O bien descendes del eliseo coro
Sola, y envuelta en el nocturno manto,
A ser la compañera de mi lloro,
La musa de mi canto?
Habla, vision oscura:
Dame otro beso ó muéstrame tu lira:
De amor ó de estro el corazon inspira
A un mortal sin ventura.”

“Nó, me responde con acento escaso,
Cual si exhalara su postrer gemido:
Nunca, nunca los ecos del Parnaso
Mi voz han repetido.
No tengo nombre alguno,
Y habito entre las rocas cenicientas,
Presidiendo al horror y á las tormentas
Que en los mares reúno.”

“Mi voz solo acompaña los acentos
Con que el alcion en su viudez suspira,
O los gritos y lánguidos lamentos
Del náufrago que espira.
Y si una noche hermosa
Las playas dejo y su pavor sombrío,
Solo la orilla del cercano río
Paseo silenciosa.”

“Entro al vergel, so cuya sombra espesa
Va un amante á gemir por la que adora:
Voy á la tumba que una madre besa,
O do un amigo llora.

Pero es vano mi anhelo:
Sé trocar en ternezas mis terrores,
Sé acompañar el llanto y los dolores,
Mas nunca los consuelo.”

“Ni á ti, infeliz: el dedo del destino
Trazó tu oscura y áspera carrera.
Yo he leído en su libro diamantino
La suerte que te espera.

A vano, eterno llanto
Te condenó, y á fúnebres pasiones,
Dejándoos solo los funestos dones
De mi amor y mi canto.”

“De ébano y concha ese laúd te entrego
Que en las playas de Albion hallé caído;
No empero de él recobrará su fuego
Tu espíritu abatido.

El rigor de la suerte
Cantarás solo, inútiles ternuras.
La soledad, la noche, y las dulzuras
De apetecida muerte.”

“Tu ardor no será nunca satisfecho,
Y solo alguna noche en mi regazo
Estrechará tu desmayado pecho
 Iluso, aéreo abrazo.
 ¡Infeliz si quisieras
Realizar mis fantásticos favores!
Pero ¡mas infeliz si otros amores
 En ese mundo esperas!”

Diciendo así, su inanimado beso
Tornó á imprimir sobre mi labio ardiente.
Quise gustar su fúnebre embeleso,
 Pero huyó de repente.
 Voló: de mi presencia
Despareció cual ráfaga de viento,
Dejándome su lúgubre instrumento
 Y mi fatal sentencia.

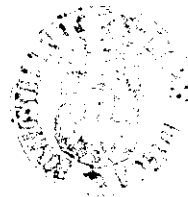
¡Ay! se cumplió: que desde aquel instante
Mi caliz amargar plugo á los cielos,
Y en vano á veces mi nocturna amante
 Volvió á darme consuelos.
 Mis votos mas queridos
Fueron siempre tiranas privaciones,
Mis afectos desgracias ó ilusiones,
 Y mis cantos gemidos.

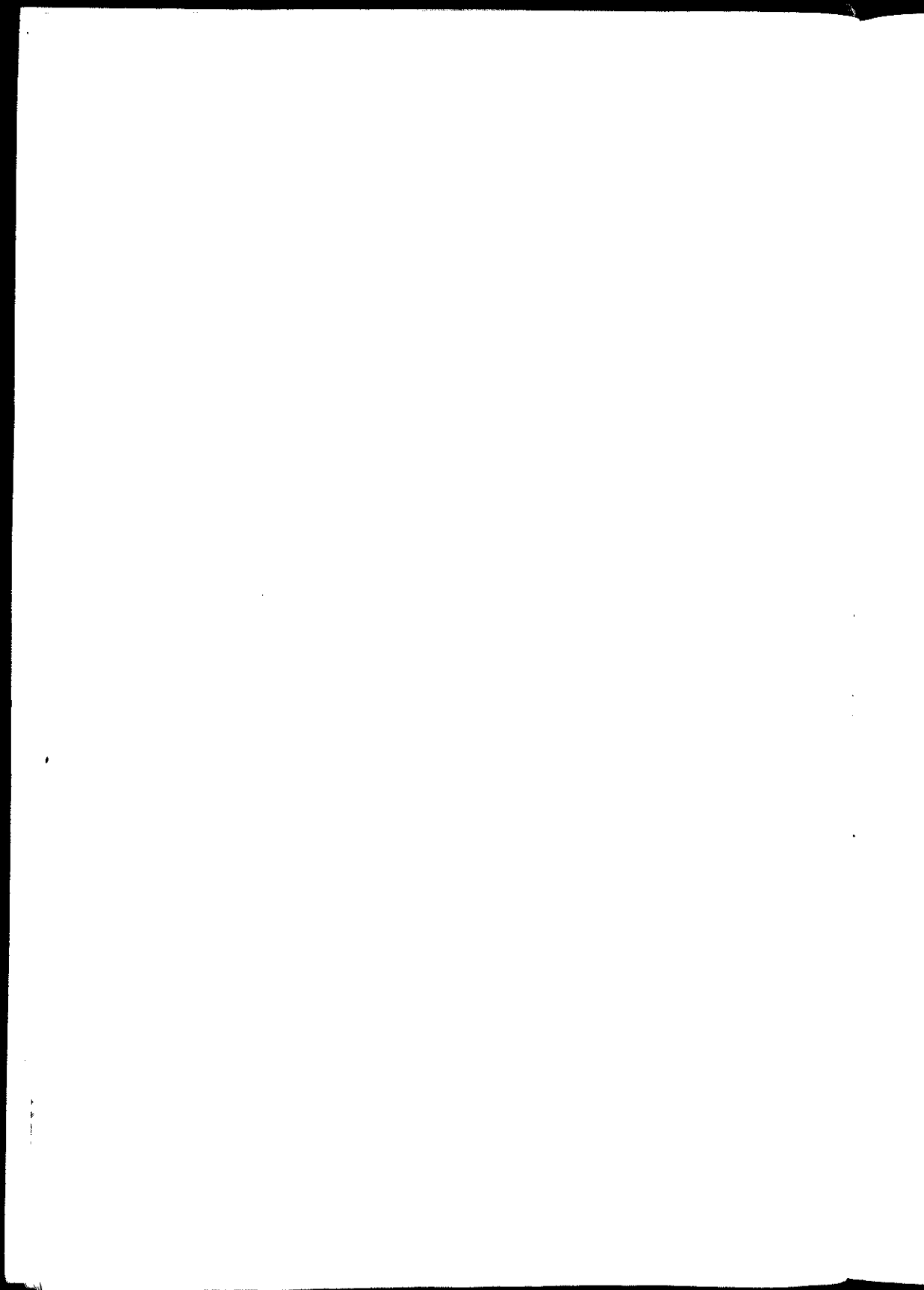
En vano algunos días la fortuna
 Ondeó sobre mi faz gayos colores:
 En vano bella se meció mi cuna
 En un Eden de flores;
 En vano la belleza
 Y la amistad sus dichas me brindaron:
 Rápidas sombras, ¡ay! que recargaron
 Mi sepuleral tristeza!....

Escrito está que este interior veneno
 Roa el placer que devoré sediento.
 Canta; pues, los combates de mi seno,
 Infernal instrumento.
 Destierra la alegría
 Que nunca pudo á su region moverte.
 Y exhala yá tus cánticos de muerte
 Sin tono ni armonía.

Y tu, amor, si tal vez te me presentas
 No pintaré tu imagen adorada:
 Describiré el horror de las tormentas
 Y mi vision amada.
 En mi negro despecho
 Rocas serán mis campos de delicias.
 Lánguidas agonías mis caricias,
 Y una tumba mi lecho.

UNA VOZ.





UNA VOZ.



Yo conozco esa voz: á su sonido
Todo mi ser se estremeció temblando:
Héla subir cual bélico alarido
A los cielos mi muerte demandando.

Conozco yá esa voz: un tiempo ufana
La señal dió de paz y de alegría.
Hoy retumba cual lúgubre campana
Que al alta noche anuncia la agonía.

La oyó mi corazón la vez primera,
Y entre aromas y púrpura sonaba.
Fué el céfiro vital de primavera,
Y amor, amor, su acento pronunciaba.

Ahora se eleva de una tumba oscura:
Nube la sigue de terror secreto;
Aún pronuncia aquel nombre de ternura,
Pero es quien le pronuncia un esqueleto.

Agigantado, aéreo, luminoso,
Véole alzar la vengadora frente:
Lánzame ese gemido doloroso,
Y se hunde entre las sombras de repente.



Do quier que vuelvo mi aterrada planta.
Allí me sigue, inseparable sombra;
A cada paso airada se levanta,
Mi nombre dice, y otro ser me nombra.

Oigola entre la espuma del torrente,
Oigola en el bramar del torbellino,
En el sordo murmullo de la fuente,
En el tronar del piélago marino.

Yá, como aterrador remordimiento,
Mi sueño torna en convulsion inquieta:
Yá despierto á su estrépito violento,
Cual si escuchára la finál trompeta;

Yá del placer el desmayado instante
Con bárbara ficcion remedar quiere:
Yá en resuello profundo agonizante
Imita las congojas de quien muere....

De quien murió.... ¡Gran Dios!.... De quien me llama
De quien me emplaza á su desierto asilo,
De ese tremendo sér que me reclama,
Que ni en la tumba me miró tranquilo.

Obedécote yá, voz misteriosa:
Héme sumiso á ti como en la vida;
Héme postrado ante la yerta losa;
Vé tu incesante peticion cumplida.

A pasar van cual tu vivir amargo
Los lentos días de mi amargo duelo,
Y será mas profundo mi letargo,
Que mi tumba tambien será de hielo.

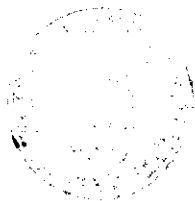
De tí quedó un recuerdo de hermosura,
De tí la sombra que implacable miro,
De tí esa voz de muerte y de ternura,
Ese que vaga universal suspiro.

De mi existencia oscura, solitaria,
No quedará ni voz, ni sombra leve:
No habrá en mi losa funeral plegaria,
Nadie que un ¡ay! por mi memoria eleve.

A nadie llamaré, ni quien se asombre
Habrá en el mundo á mi nocturno acento;
Ni como el tuyo mi olvidado nombre
Eco será jamás de un pensamiento.



EL AMOR SIN OBJETO.



NOTA.

La composición que sigue, escrita hace mas de diez años, cuando el autor no contaba todavía diez y siete, corre manuserita, impresa y puesta en música con muchas alteraciones, versos y estrofas enteras que no son de su autor. Por eso la publica tal como entonces la escribió, si bien con la misma incorreccion y desorden de aquella edad.

EL AMOR SIN OBJETO.



Vanamente mis ojos inquietos
Por do quiera se tienden y giran,
Vanamente mis labios suspiran
Abrazados de fúnebre ardor.

Soledad espantosa me cerca,
Noche eterna mi pecho ha cubierto:
Para mí todo el mundo es desierto
Pues que nadie responde á mi amor.

Todo es fuego mi pecho exaltado,
Solo amando me place la vida,
Y fijando en otra alma querida
De existir la penosa ilusion.

Ilusion..... ilusion desgraciada,
Que la triste verdad no realiza,
Ilusion que mi pena eterniza
Porque nadie responde á mi amor.

Yo no sé lo que quiere mi pecho,
Yo no sé por qué tiemblo y qué lloro,
No conozco lo mismo que adoro,
No hallo objeto á mi triste pasion.

Solo encuentro un inmenso vacío
Donde el alma se agita sedienta,
Y esta sed de querer se acrecienta
Porque nadie responde á mi amor.

Tal vez amo en mis tristes delirios
A un fantasma que forja mi mente,
Y do quiera le miro presente,
Le da vida mi fúnebre ardor.

Yo le escucho, le estrecho en mis brazos,
Yo su aliento de aroma respiro,
Yo..... infelice..... demente deliro.....
Nadie, nadie responde á mi amor.

Vanamente de nacar y rosas
El Oriente engalana la aurora:
Vanamente su faz brilladora
Lanza el sol con radioso esplendor.

Ni la tarde en los campos me agrada,
Ni de noche la luna brillante;
Luz y sombra buscaba en mi amante,
¡Ay!.... y nadie responde á mi amor.

Con mi amante risueña la aurora
Me inundára de blanda alegría,
Con mi amante gozára yo el día,
Campo y sombras, y grato frescor.

Con mi amante la luna me viera,
De sus rayos bañado y de llanto,
Apurar ese májico encanto
Que á las penas les presta el amor.

Tú tal vez, corazon que yo busco,
Que tal vez solitario palpitas,
Y en fantásticos sueños te agitas,
Y suspiras y lloras cual yo.

Ven á mí, yo te haré venturoso,
Yo te ofrezco esas horas risueñas,
Yo te ofrezco esa dicha que sueñas....
Ven, querida, responde á mi amor.

Ven á mí..... yo no busco hermosura :
 No apetece este pecho vacío
 Sino un pecho de amor como el mio,
 Sino el alma, sino el corazón.

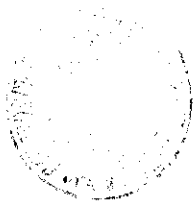
Ven..... abiertos te esperan mis brazos,
 Ya parece que en ellos te estrecho :
 Ya parece que siento tu pecho
 Contra el mio latiendo de amor.

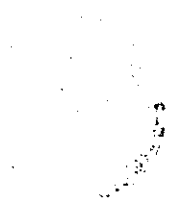
Nadie me oye..... mis voces se apagan,
 Y se apaga con ellas mi vida.
 Donde no halla mi pecho querida,
 Un sepulcro hallará mi dolor.

Un sepulcro es el lecho florido
 Que apetece mi anhelo postrero;
 Un sepulcro la dicha que espero,
 Pues no existe la dicha de amor.



LA MARIPOSA NEGRA.





LA MARIPOSA NEGRA.



Borraba ya del pensamiento mio
De la tristeza el importuno ceño:
Dulce era mi vivir, dulce mi sueño,
Dulce mi despertar.
Ya en mi pecho era lóbrego vacío
El que un tiempo rugió volcan ardiente;
Ya no pasaban negras por mi frente
Nubes que hacen llorar.

Era una noche azul, serena, clara,
Que embebecido en plácido desvelo
Alzé los ojos en tributo al cielo

De tierna gratitud.

Mas ¡ay! que apenas lánguido se alzára
Este mirar de eterna desventura,
Turbarse vi la lívida blancura

De la nocturna luz.

Incierta sombra que mi sien circunda
Cruzar siento en zumbido revolante,
Y con nubloso vértigo incesante

A mi vista girar.

Cubrió la luz incierta, moribunda,
Con alas de vapor informe objeto:
Cubrió mi corazon terror secreto

Que no puedo calmar.

No como un tiempo colosal quimera
Mi atónita atencion amedrentaba,
Mis oídos profundo no aterraba

Acento de pavor;

Que fué la aparicion vaga y ligera,
Leve la sombra aérea y nebulosa,
Que fué solo una negra mariposa

Volando en derredor.

No cual suele fijó su giro errante
La antorcha que alumbraba mi desvelo;
De su siniestro misterioso vuelo

La luz no era el imán.

¡Ay! que solo el fulgor agonizante
En mis lánguidos ojos abatidos
Ser creí de sus giros repetidos
Secreto talismán.

Lo creo, sí.... que á mi agitada suerte
Su estraña aparicion no será en vano.
Desde la noche de ese infausto arcano

¡Ay Dios!... aun no dormí.

¡Anunciaráme próxima la muerte,
O es mas negro su vuelo repentino?....
Ella trae un mensaje del destino.....

Yo.... no le comprendí.

Ya no aparece solo entre las sombras;
Do quier me envuelve su funesto giro;
A cada instante sobre mí la miro

Mil círculos trazar.

Del campo entre las plácidas alfombras,
Del bosque entre el ramage la contemplo,
Y hasta bajo las bóvedas del templo

Y ante el sagrado altar.

Para adormir mi frenesí secreto
Cesa un instante, negra mariposa:
Tus leves alas en mi frente posa:
Tal vez me aquietarás....
Mas redoblando su girar inquieto,
Huye, y parece que á mi voz se aleja,
Y revuelve, y me sigue, y no me deja,
Ni se para jamás.

A veces creo que un sepulcro amado
Lanzó bajo esta larva aterradora
El espíritu errante que aún adora
Mi yerto corazón.
Y una vez ¡ay! estático y helado
La ví, la ví, creciendo de repente,
Mágica desplegar sobre mi frente
Nueva transformación.

Ví tenderse sus alas como un velo
Sobre un cuerpo fantástico colgadas
En rozagante túnica trocadas,
So un manto funeral.
Y el lúgubre zumbido de su vuelo
Trocóse en voz profunda melodiosa,
Y trocóse la negra mariposa
En genio celestial.

Cual sobre estatua de ébano luciente
Un rostro se alza en ademán sublime,
Do en pálido marfil su sello imprime
Sobrehumano dolor,
Y de sus ojos el brillar ardiente,
Fósforo de vision, fuego del cielo,
Hiere en el alma como hiere el vuelo
Del rayo vengador.



Un momento ¡gran Dios! mis brazos yertos
Desesperado la tendí gritando.
Ven de una vez, la dije sollozando,
Ven y me matarás.
Mas ¡ay! que cual las sombras de los muertos
Sus formas vanas á mi voz retira,
Y de nuevo circula, y zumba, y gira,
Y no para jamás.....

¿Qué potencia infernal mi mente altera?
¿De dónde viene esta vision pasmosa?
Ese genio..... esa negra mariposa,
¿Qué es?... ¿Qué quiere de mí?.....
En vano llamo á mi ilusion quimera;
No hay mas verdad que la ilusion del alma:
Verdad fué mi quietud, mi paz, mi calma;
Verdad que la perdí.

Por ocultos resortes agitado
Vuelvo al llanto otra vez hondo y doliente,
Y mi canto otra vez vuela y mi mente

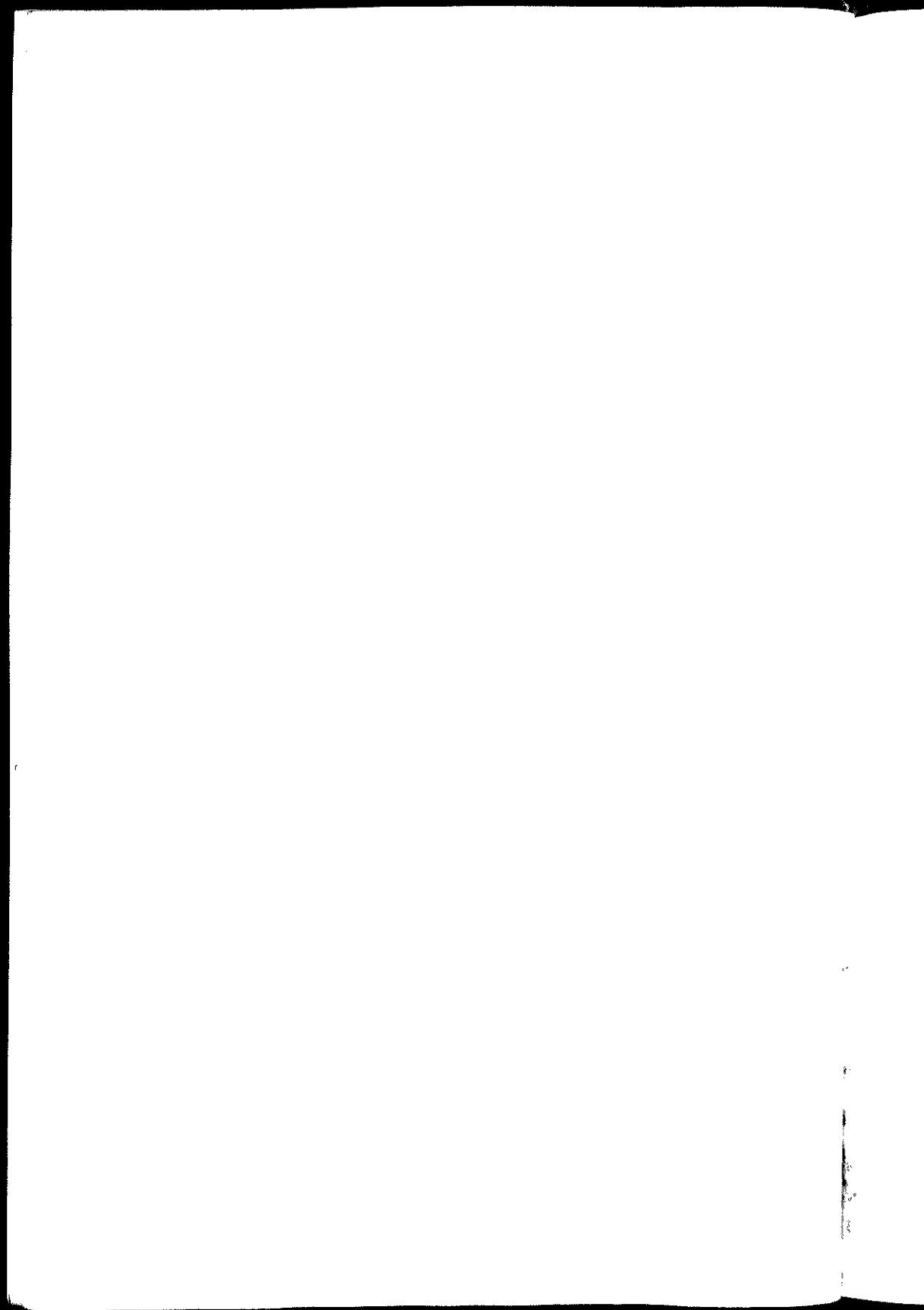
A esa estraña region,
Do sobre el crater de un abismo helado
Las nieves del volcán se derritieron
Al fuego que ligeras encendieron
Dos alas de crespón.

1834.



A LA MUERTE.





A LA MUERTE.



Te iuvenam moriens.

Tib. Eleg. 1, lib. 1.

Ven á mis manos de la tumba oscura,
Ven, laúd lastimero,
Do Tibulo cantaba su ternura
Dando á Delia su acento postrimero.

Y tráeme los ayes encantados
Con que dulce gemía,
Cuando ya con los párpados cerrados
En brazos de su amor desfallecía.

Ven, y el son de tu armónico suspiro
Sobre mi arpa vibrando,
Al viento dé las ansias que respiro
El fin de mi existencia preludiando.

Yo lloraré de un alma solitaria
El insaciable anhelo,
Invocando en mi lúgubre plegaria
El solo bien que me reserva el cielo.

Yo ensalzaré tu celestial dulzura,
Muerte consoladora.
Yo cantaré en tus brazos tu hermosura;
Nadie en el mundo como yo te adora.

Parece ya que en el dintel sombrío
De la tumba dichosa
Siento exhalarse un delicioso frío
Que el ardor templará de mi sed fogosa,

Y que un ángel mas bello que mi Lina,
Con semblante risueño,
En féretro de rosas me reclina,
Y el himno entona de mi eterno sueño.

“Venid, esclama, á los sepulcros yertos
A terminar los males.
No es ilusion la dicha de los muertos;
La nada es el vivir de los mortales....”

Lo sé, lo sé; mas de otro modo un día
Brillante á mis ardores
El campo de la vida se ofrecia
Vertiendo aromas y brotando flores.

“Do mas placer divise, dije ufano,
Allí está mi ventura.
El ser que me formó no es un tirano,
Y el bien en el gozar puso natura.”

“Destiérrese de mí la razon lenta
Y su impotente brillo:
Será mi uorte lo que el pecho sienta,
Será feliz mi corazon sencillo.”

Dije, y cual ave del materno nido
Lancéme en vuelo osado;
La senda del placer hollé atrevido,
Siempre de sed inmensa arrebatado.

Corrí á las fuentes do mi lábio ardiente
Beber el bien quería,
Y á su hidrópico afán desobediente
El néctar del deleite no corría....

Y corrió por mi mal.... y era veneno:
Bebieronle conmigo:
Crimen en vez de amor ardió en mi seno,
Fui amante inútil y funesto amigo.

Deuso vapor al fin anubló el alma,
Y en letargo profundo
De quietud falsa, de horrorosa calma,
Dejé los hombres, y maldije al mundo....

¡O natura faláz! tú me engañaste
Con pérfida mentira
Cuando en mi débil corazon grabaste
Esa imagen ideal por que suspira.

Pasó de mis fantásticas visiones
La magia encantadora.
Destino atroz, no tengo ya pasiones,
Y un solo bien mi corazon implora.

Envía solo un rayo de contento
Sobre mi hora postrera:
Dame un solo placer, solo un momento.
El momento no mas en que me muera.

Ya que entoldaste siempre mi ventura
Con tan nublado velo,
Rasga en mi ocaso su cortina oscura,
Déjame, cuando espire, ver el cielo.

¡Ay! y al sentir ese éxtasis profundo
Que dá la patria eterna,
A la que fué mi patria en este mundo
Volver me deja una mirada tierna.

Llévame de mi Landro á los vergeles,
Y allí, muerte piadosa,
Bajo los mismos sauces y laureles
Do mi cuna rodó, mi tumba posa.....

Apura, ó muerte, mi deseo apura,
Y á mis votos te presta.
Lleva á su colmo mi postrer ventura:
Premia un instante una pasión funesta.

Propicia á la ilusion que me alucina
Llévame á la que adoro:
Tremola entre los brazos de mi Lina
Tu crespon, para mí bordado de oro.

En ellos ¡ay! exánime posando,
Mi rostro al suyo uniendo,
Al compás de su lloro agonizando,
Y sus tardías lágrimas bebiendo,

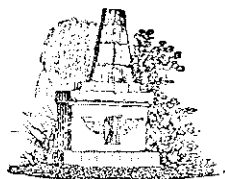
Mis brazos se enlazarán á su cuello,
Que apoyo me prestara
Para esforzar el último resuello
Que en sus labios mi espíritu exhalara.....

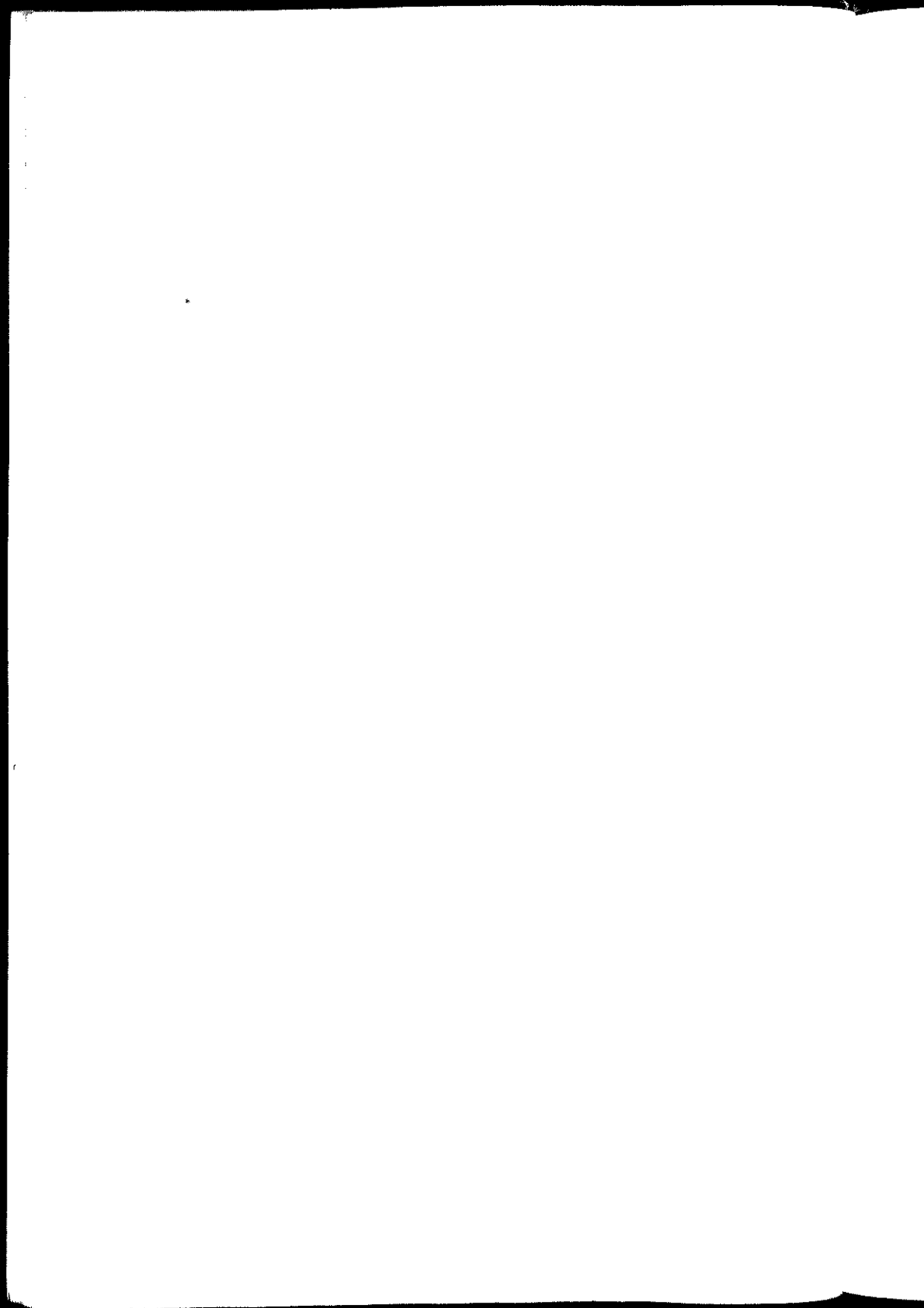
¡Ay! accede al ansiar de un alma triste,
Muerte que anhelé tanto,
Y en vez de esa corona que no existe
Cubra una flor no mas tu negro manto.....

Mas nó..... no cederás tu poderío,
O destino inclemente,
Y contra el mármol del sepulcro mío
Con furor ciego estrellarás mi frente.

Mi tierna juventud, mis padeceres.
Mi llanto no te apiada.....
Moriré, moriré, mas sin placeres;
¡Ay! moriré sin ver á mi adorada.

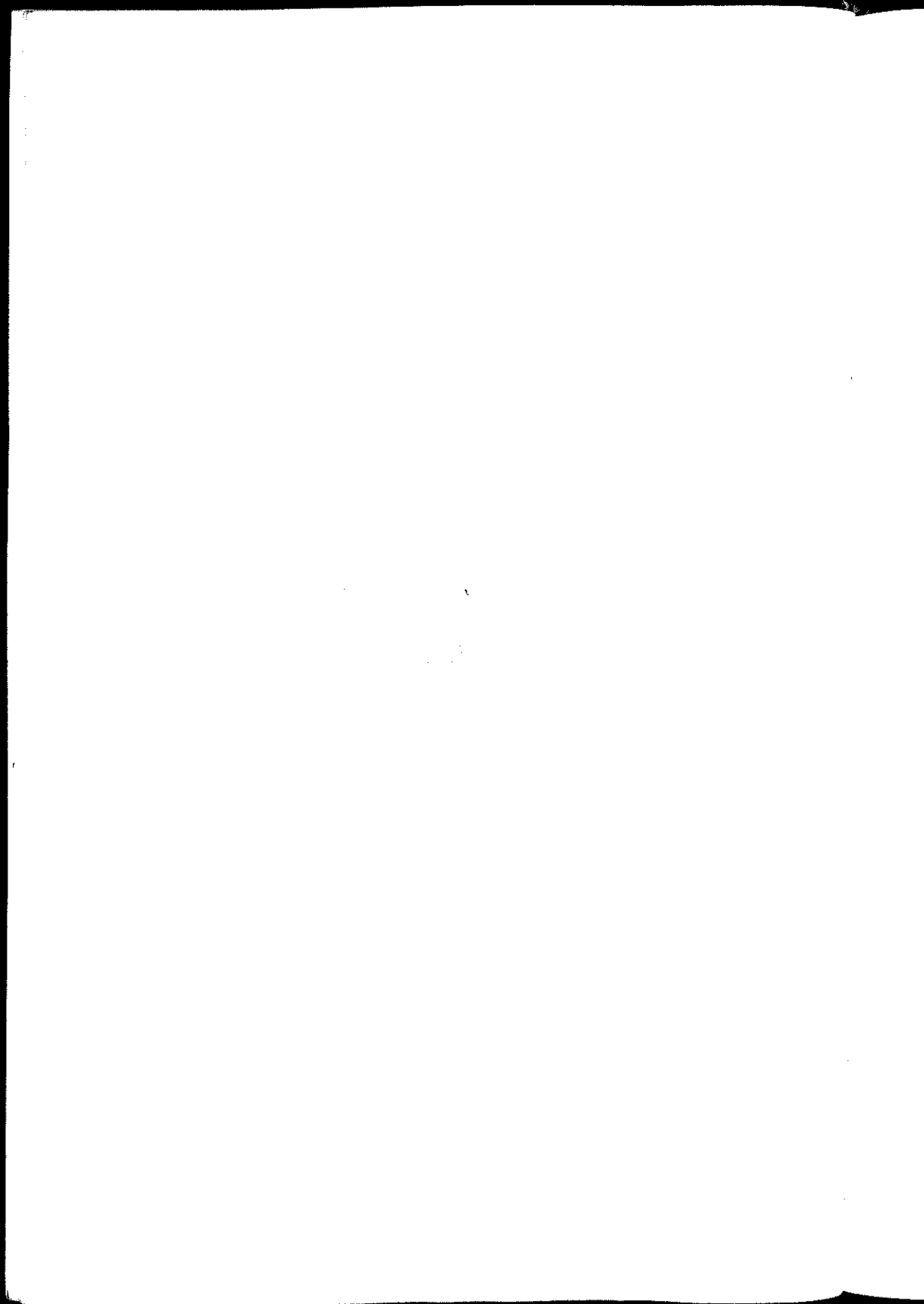
1829.





LA INOCENCIA.

A Amelia,



LA INOCENCIA.

A AMELIA.



Tendió su manto ya de oro y de rosa
La tarde en la pradera.
¡Qué tranquilo está el mar! ¡Qué silenciosa
La ría y la ribera!

¡Y qué en vano á mis ojos tan brillante
Decoracion se pinta,
Si no refleja otra mirada amante
Su inanimada tinta!

Que aletargada el alma, sin placeres,
Sin amor, sin pesares,
Se halla mas sola en medio de los seres
Que un bajel de esos mares.

Mas aún benigno compadece el cielo
Mi espíritu postrado,
Y un ángel me depara de consuelo
De su altura bajado.

Aún hay para mi noche luz de aurora:
Aún mi Amelia me ama.
Bella inocente, ven..... tu amigo llora
Y en su dolor te llama.

No tardes ¡ay! tus ojos virginales,
Tu celeste inocencia,
Me infunden nuevo amor á los mortales
Y a mi triste existencia.

Y cuando de tu angélica ternura
Inspirado me veo,
Yo creo en la virtud, en la hermosura,
Y hasta en la dicha creo.

Ya viene allá..... ¡Cuán cándidas, cuán bellas
Se ostentan sus facciones!
Aún no surcan su rostro cual centellas
Fogosas las pasiones.

Mas sus ojos mirándome se inflaman
De rayos de alegría,
Y con magia del cielo la derraman
Hasta en el alma mía.....

Ven á mi corazon, dulce hermosura:
Ven, ángel, á mis brazos:
Ven, y de tu pureza y mi ternura
Forme el dolor los lazos:

Y ven, que aunque mi pecho los rigores
Del desengaño oprimen,
Aún no trocará al mundo mis dolores
Por sus goces de crimen.....

Santa ilusión que en la desgracia imploro,
A ser vuelve mi anhelo.
No es ilusión una virtud que adoro:
Conservádmela, oh cielo,

Eternizad de este ángel la pureza,
Y esa celeste calma
Que es el supremo bien, esa belleza
Que da la paz del alma.

¡Amelia!... Un corazón desencantado
Nada puede ofrecerte,
Ni tu hallarás donde te ofrezca el hado
Mas venturosa suerte.

Fascinada por mágicas visiones
Creerás en otros seres:
Suspiraras por nuevas sensaciones,
Por extraños placeres.

Abrazaras la nube engañadora
De esa dicha mentida,
Y llorarás como tu amigo llora
La bella edad perdida.

Veras al fin de esa esperada calma
Un letargo sombrío,
Y llegaran los vientos de tu alma
Al caos del vacío.



Así las ondas de este Landro hermoso
Corren al mar vecino,
Apeteciendo el natural reposo
De su rúido camino.

Helas, empero, aquí por los juncales
Tan puras, tan serenas,
Retratando en sus plácidos cristales
Las márgenes amenas.

Y hélas allá cuán bravas y verdosas
Tus ojos amedrentan,
Y en montañas alzándose espumosas
En las rocas revientan.



Quédate, Amelia mía, en la ribera.
Quédate entre las flores;
No agoste tu lozana primavera
Cáncula de amores.

Vive los días de tu alegre mayo
Enlazada a tu amigo,
Que aun tiene rama el árbol que hirió el rayo
Para darte su abrigo.

No serás tú la nube que le encienda
 Leve vapor de aurora,
 Ni será que á tu soplo se desprenda
 Su copa protectora.

No.... ni el cariño avivaré risueño
 Que tu candor me ofrece,
 Ni seré osado á despertar el sueño
 Que feliz te adormece.

Y ¡ojalá que jamás se despertára,
 Y piadosa la suerte
 De ese sueño á los dos nos transportára
 Al dormir de la muerte!....

¿Quién sabe en tanto si pasión traidora
 Su tiro oculto apresta?....
 ¿Si en tu pecho sonar podrá una hora
 De mudanza funesta?

¿Qué?.... ¿Sonó ya tal vez?.... En tu alma bella
 La compasión trocada
 ¿Habrá encendido la primer centella
 Que brota en tu mirada?....

¡Tú tiembles!... tú enmudeces!.... tú suspiras!....

Y reprimiendo el llanto

Mi mano estrechas, y mis ojos miras

Con sonrisa de espanto.

Angel de la inocencia, yo te imploro:

Disipa estas quimeras.

Celestial hermosura, yo te adoro....

Mas ¡ay!.... Tú, no me quieras.

No se fijen tus vagas ilusiones

Sobre mi ardiente seno.

Teme el triste furor de mis pasiones

Y su oculto veneno.

Todos los fuegos que mi pecho inflama

Son rayos matadores.

Quema mi corazón todo lo que ama:

Solo inspira dolores.

Sufra yo solo, y mi feliz querida

Enjague en paz mi llanto.

Su voz arrulle el sueño de mi vida

Como un magico canto.

Y duerma tu ilusion con mis temores
Tan sumida en el pecho,
Que pueda la virtud mullir de flores
Para los dos un lecho.

Alcémosle, mi bien, en la espesura
Que este valle guarece,
Lejos del mundo que con risa impura
La inocencia escarnece.

Y no importa que oscuros é ignorados
Nos rechace su suelo,
Si nos ven á su gloria aproximados
Los ángeles del cielo....

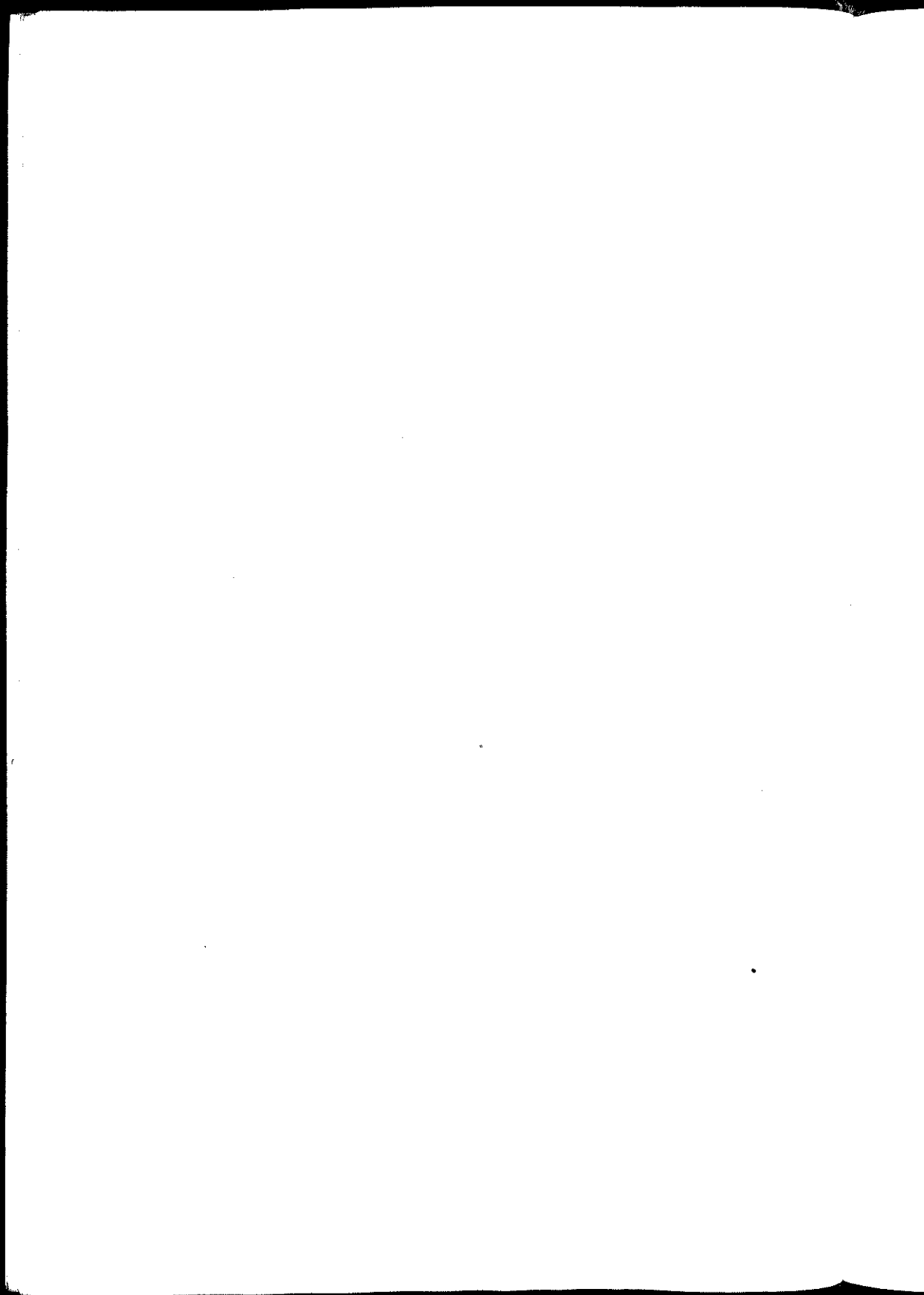
Ven, angel mio, ven.... La union mas santa
En mis brazos te espera....
Mira cómo la luna se levanta
Por la azulada esfera.

Como ella, por el cielo sostenidos,
Nosotros volaremos
Do la oscura region de los sentidos
De lo alto miraremos.

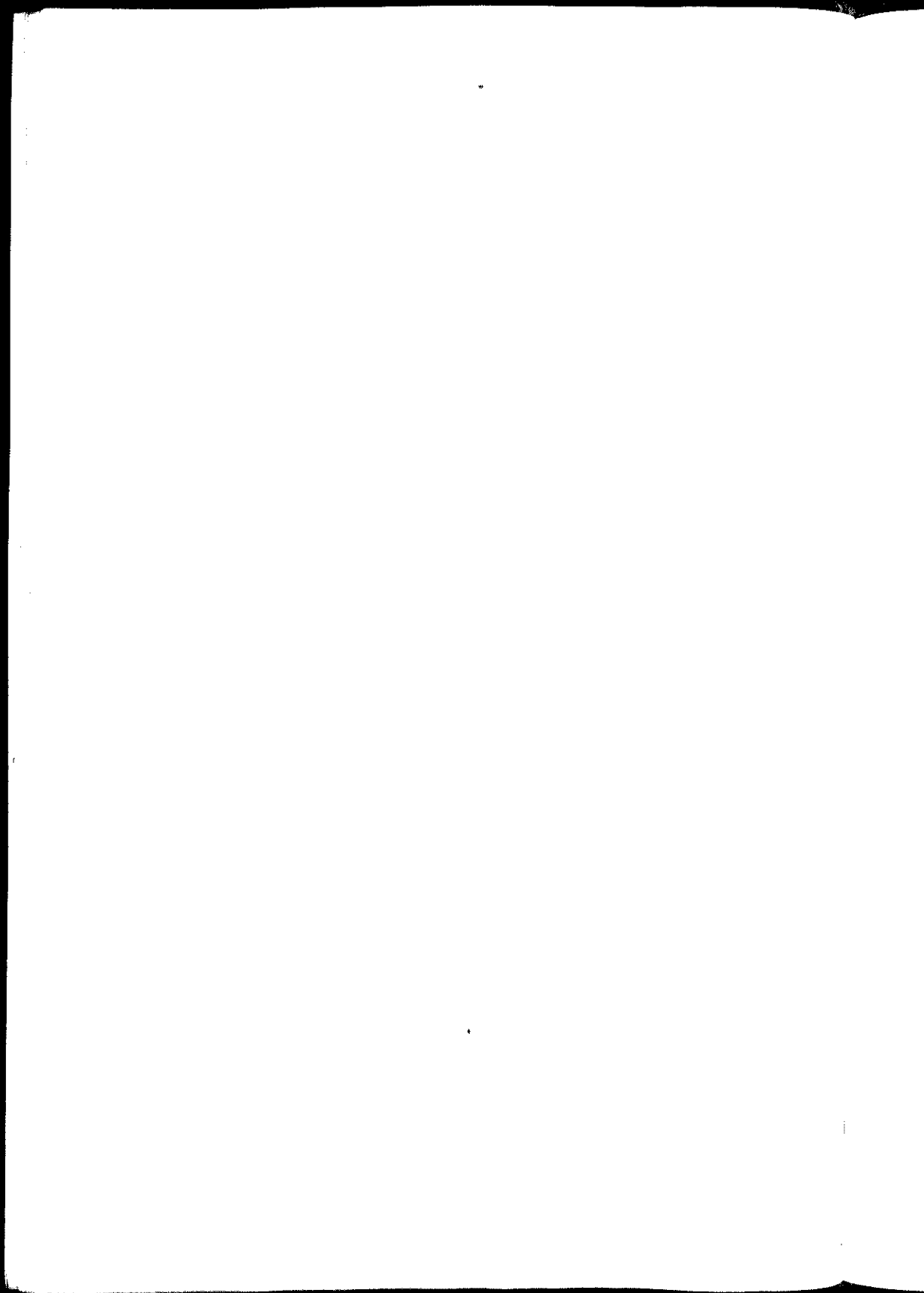
Y pasaran cual sombras las pasiones,
 Y allá, en otros momentos,
 Podré sentir, mi bien, palpitaciones,
 Nunca remordimientos.

Y abarcando, á su fin, de una mirada
 Mi efimera existencia,
 Felicidad, diré, ó no eres nada,
 O fuiste la inocencia.





SU MIRAR.



SU MIRAR.

Pasó..... no era muger..... era mi sueño
Que el áura del crepúsculo mecía:
El ángel era que forjó en su empuño
De amor mi fantasía.

Aérea, alada, leve, trasparente
Volar la ví sobre la verde alfombra,
Como pasa un celage de Occidente,
Como vaga una sombra.

Azul ropage celestial vestía
Y alas de gasa el serafín radiante:
Era la luz, el aire, la armonía,
Y un pálido semblante.

Yo no ví en él lo que otro tiempo viera
En la espléndida faz de la hermosura,
Cuando á mi pecho fulminar sintiera
Su llama ardiente, dura.

No era un mirar sobre la faz del mundo,
No era un mirar de la terrestre vida:
Hundiérase del cielo en lo profundo
Su mirada perdida.

Allá en un punto, en la insondable esfera
Misteriosa lanzábase y lejana,
Que ni alcanzar ni comprender pudiera
Otra mirada humana.

Y desde sus incógnitas regiones
En mágico reflejo á mí volvía,
Y de ella en torno un mundo de ilusiones
Fantástico nacía....

¡Ilusiones! ¡ay! pasaran
Como ráfaga encendida,
Que del árbol de la vida
Hoja y flores abrasaran.

Mi alma las alas plegó
De su vagaroso vuelo,
Y en el abismo de hielo
De la realidad cayó.

Faltó la tierra á mis pies
En aquel seno profundo;
Faltó á mis ojos el mundo
Que solo una ilusión es.

Faltó el misterioso afán
Que me encumbraba á la esfera,
Faltó el norte á mi carrera,
Y á mi brújula el imán.

Llevarle pude quietud
A mi solitaria calma,
Y era la vejez de un alma
Que perdió amor y virtud....

Rayo, aquel mirar divino
A mi abismo descendió
En busca de mi destino,
Y á su fulgor repentino
Mi espíritu despertó.

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir,
Y el paraíso de amar.

Y esa mirada angelical, sublime,
Marcado lleva el sello del dolor:
Es el mirar de un serafín que gime.
Y pide á Dios un rayo de su amor.

Simbólico mirar, que transparenta
So un espíritu puro, virginal
El ánsia vaga de llorar sedienta
De la pasión primera de un mortal.

Mirar que eleva eterna una plegaria
Al que á la dura tierra le arrojó,
Y en su aflicción profunda, solitaria
A los cielos demanda. Y ¿quién soy yo?

“Que de horfandad, misterios y amargura

» Aparicion fatídica me hallé.

» Arrojada en el mundo á la ventura,

» Agena compasion mí madre fué.

» De mi espósa cuna los vagidos

» No arrulló nunca el canto maternal,

» Ni en su ósculo inefable recogidos

» Los sollozos sentí de mi natal.



» Pasó una noche y despertó una aurora:

» Flor arrojada á un arenal me vi.

» ¿Dónde está mi jardín el cielo ignora,

» Y el arbol bello á que arrancada fui?...”

¡Ay! de esa soledad la historia triste

En tu pálida frente adiviné.

La lágrima primera que vertiste

Como esmalte en tus párpados se vé.

Y allí buscan la imagen de consuelo

Que el mundo les negara sin piedad.

Bájalos ¡ay! que no la tiene el cielo

Sobre otro ser de amor y soledad.

Bájalos, héme aquí, triste hermosura,
Que mi destino en su mirar lei.
Yo tambien he bajado de esa altura,
Angel, para adoraros: ¡héme aquí!

Aquí.... del mundo á la puerta,
Y no llameis, que en su encono
No ofrece á vuestro abandono
Ni un lecho en que reposar.

Tomad la ruta desierta
De un corazon que os adora,
Y que os promete, Señora,
Un culto, un templo, un altar.

¡Oh mi deidad!.... que yo hiciera
Un sagrario á tu hermosura
Do alumbrara sola y pura
Tu celeste brillantez.

Ni á esa túnica ligera
Tocára el borde mi mano,
Ni empañára aliento humano
El esmalte de tu tez.

Allí sí que al térreo manto
Rasgára tu vista el velo,
Pura remontando al cielo
Tu mirada virginal.

Mientras en transporte santo
Yo á tus plantas noche y día
Estático besaría
Tu dorado pedestál.

Y si una vez de tu altura
Descendiendo vagamente,
Tu mirar sobre mi frente
Dejaras blando caer,
Ese rayo de ventura
Rayo á mi existencia fuera,
Y al éstasis sucumbiera
De amor, de gloria y placer....

Era sueño..... pasó..... ronca zumbando
La voz del mundo resonó en mi oído,
Y á tu nombre en sus ecos repetido

Con pavor desperté.

—“Hé allí tu aparición, dijo gritando,
» Por mi mano y mi voz desencantada:
» Héla allí: no es tu huérfana, tu fada,
» Ni el ángel de tu fé.

» Que antiguas glorias su blason retrata,
» Lleva en la tierra un nombre de grandeza,
» Y esa frente de luz y de belleza
» Áurea diadema orló.

«Espléndida carroza la arrebató,
«Magnífico palacio la da sombra,
«Y la fortuna su dorada alfombra
«A sus plantas tendió.»

Maldicion sobre tí, mundo celoso,
Que el ángel de mis sueños me robaste,
Que su esplendor diáfano eclipsaste
Con tu brillo infernal.
Maldicion, que á su vuelo vagaroso
Las seráficas alas detuviste,
Y el talisman fantástico rompiste
De mi amor inmortal.

Y tú, vision de luz, ¿á qué del suelo
Por la pompa trocaste y los placeres
El cielo azul de los etéreos seres,
Y el trono de zafir?

Yo siguiera á tu espíritu en su vuelo,
Yo siguiera tu mente hasta las nubes,
Y esa carroza do brillante subes
No la puedo seguir.

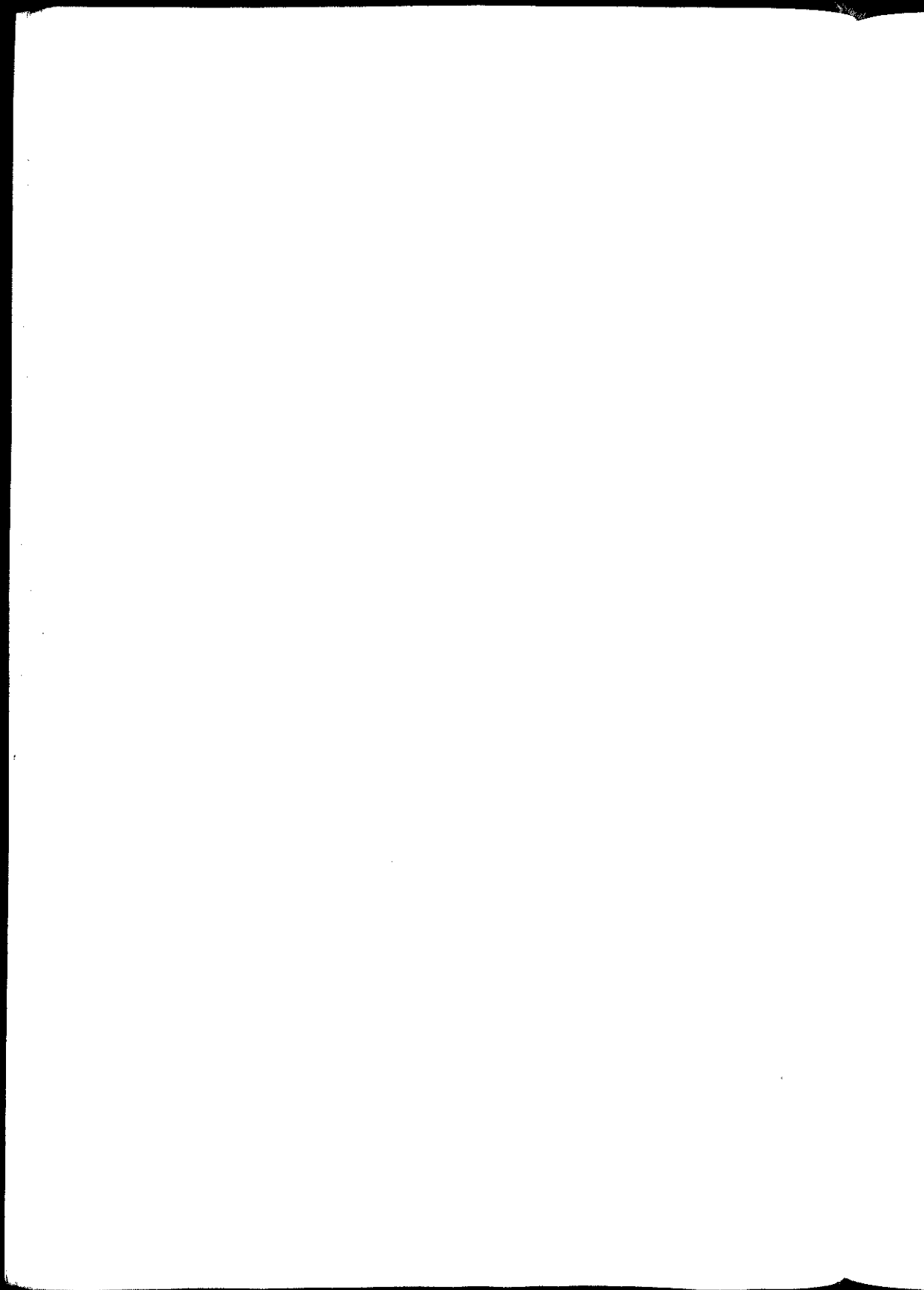
Mas aún cruza relámpago el espacio
Ese mirar, y á lo infinito vuela,
Y aun á mi triste despertar revela
La deidad que soñé.

Ni las bóvedas planas de un palacio
 Ceñir podrán lo que no abarca el mundo,
 Ni el sentimiento comprimir profundo
 Que yo te consagre.

Que en vano esos salones recorriendo
 Buscará esa mirada indagadora
 Do el espíritu vive que os adora,
 Que sentís, que no veís.....
 Sentid, y no veáis..... y bien que ardiendo
 Pase ante vos el soplo que respira,
 No queráis ver los ojos con que os mira.....
 Sentid, y no mireis.

Que negro ante estos ojos hay un velo,
 Y veras sobre mí desde tu altura
 Nube de polvo circundarme oscura,
 Y alzarse entre los dos.
 ¡Ay!.... Mira siempre vagarosa al cielo,
 Y pura allí sin nube y sin grandeza.
 Tú verás mi pasión, yo tu belleza
 En el seno de un Dios.





A. S. N.

LA REINA GOBERNADORA

EN EL AÑO DE JUAN

LA CONSTITUCION DE 1857.



NOTA.

La composicion que sigue fue puesta en manos de S. M. al siguiente dia del acto solemne a que va consagrada, por el Sr. Ministro de la Gobernacion (que era entonces) D. Pio Pita Pizarro.

A S. M. LA REINA GOBERNADORA

EN EL SOLIO

de jurar la Constitución de 1837.

Bendicion sobre vos, Reina adorada;
Bendicion sobre vos, y paz y gloria,
Hoy que al amor de un pueblo consagrada
Juras su ley, proclamas su victoria.

Bendicion sobre el solio do se asienta
El poder, la inocencia y la hermosura.
El pueblo que hoy su pacto te presenta
Tambien del trono la victoria jura.

Solo ante tí, magnánima heroína
Puede elevar tan sacro juramento;
Solo por tí merecerá, Cristina,
Que le acepte propicio el firmamento.

Que en el cerco de nubes que ennegrece
El horizonte de la patria oscuro,
Solo eres tú la luz que resplandece,
Solo es tu trono immaculado y puro.....

En la confusa oscuridad luchando
Su pendon tus guerreros ya no vian,
Y por lanzarse al enemigo bando
Ciegos las armas contra sí volvían.

El contrario aplaudió: su risa impura
Sonó en su campo cual rugir de fiera;
A raya tuvo el libre su bravura
Y gritó en alta voz: "¡Una bandera!"

Y esa bandera que buscaba en vano
Espléndida, radiante, immaculada,
Esa bandera tremoló en tu mano....
¡Bendicion sobre tí, Reina adorada!

Ese estandarte nuevo, refulgente,
En santa union nos lleve á la pelea,
Y cuando al torvo despotismo ahuyente,
Iris de paz y de bonanza sea.

Que en su fondo á tu nombre entrelazadas
Simétricos ostenten sus colores
Divisas en malhora separadas,
Unidas ya como en guirnalda flores.



Si es de un solo matiz lúgubre, oscuro
Del fanatismo el pabellon de muerte,
¿Pensais que el paño de un sepulcro impuro
Sea emblema de union durable y fuerte?

¡Ah! no hace mucho que humillar al Sena
Quiso el blanco pendon de sus señores.
Miradle roto en estrangera arena
Al mágico brillar de tres colores.

Tres colores tambien, y el de tu manto,
Orlan las libertades españolas:
Mas uno es ya su lazo sacrosanto,
Una la enseña que á su faz tremólas.

Alzala, ó Reina, en tu gloriosa mano:
 Vedla, pueblos de Europa: es ella, es ella:
 Esa es la libertad del pueblo hispano,
 ¿Quién de vosotros la miró tan bella?

¡La libertad!.... Horrorizado el mundo
 Creyóla un tiempo del puñal armada,
 Coronada la sien de gorro inmundo
 Sobre régios cadáveres sentada.

O el martillo del Cíclope en su mano,
 A polvo reduciendo las ciudades,
 Alzando el grito de su triunfo insano
 Sobre desamparadas soledades.

En alas de vision mas venturosa
 La ve España bajar sobre su suelo
 Pura, fecunda, celestial, gloriosa
 Como al hombre en su amor la ha dado el cielo.

La ve con la diadema en su cabeza
 Subir contigo al soberano asiento,
 Y las formas tomar de tu belleza,
 Y pronunciar tu sacro juramento.

La ve dorar las alas refulgentes
Del angel régio que á tu lado brilla,
Y al cielo alzar sus manos inocentes
Que tambien piden paz para Castilla.

La ve... y ahoga el llanto de ternura
La voz con que á tu nombre victorea,
Y al nombre augusto que tu labio jura
Con lágrimas responde: "Eterno sea."

Y cuando alzas sublime al firmamento,
Confirmando tu voto, una mirada,
Bendicion, bendicion murmura el viento,
Bendicion sobre tí. Reina adorada.





LA MANO FRIA.



LA MANO FRÍA.

Breve fue y robado instante
A la amarga inquieta vida,
En que el ánima rendida
Rindió los miembros también.

Eran horas de alta noche,
Y en mi solitario lecho
Posaba tranquilo el pecho,
Lenta pulsando la sien.

Cuando súbito en el sueño
Vibró el cuerpo estremecido,
Y taladrando mi oído
Grito de muerte senti.

Desperté, tendí con ansia
Los yertos brazos al viento,
Contuve tardo el aliento,
Miré en torno, y nada vi.

Todo era silencio y sombras,
Todo oscuridad y calma:
Solo el reposo del alma
Despareciera fugáz.

Que ella, que sin lumbre mira,
Percibió, negro y secreto
Mas que la noche, el objeto
Que á ahuyentar vino su paz.

Y en breve sentí arrastrarse
Como en la yerba un gusano,
Áspera y fría una mano
Que por mis miembros trepó.

Una mano férrea, dura,
Una mano sola, helada,
Cual de un muerto despegada,
Que en mi frente se posó.



Posó: cual monte de hielo
 Su enorme peso oprimía,
 Sin dejarle á mi agonía
 Ni un ¡ay! de espanto lanzar.

Porque en mis lábios su dedo
 Sentí cual férrea mordaza
 Que su sello de amenaza
 Imprimió muda al pasar.

Y pasó: pasó la noche,
 Y el sueño, y la helada mano,
 Y á la aurora esperé en vano
 Que disipara mi horror.

Que horrible mas que las sombras
 Su negra faz mostró el día....
 Todo mudado se había
 De mi vista en derredor.

Radiante no brilló el mundo
 Ni iluminado el espácio,
 Ni su disco de topácio
 Trémulo ostentaba el sol.

Ni del pabellon pendían
 De un cielo desmantelado
 Nubes de gasa y brocado
 Recamadas de arrehól.

Trocára en árido polvo
Su esmeralda la pradera,
En negros paños la esfera
Su abrigantado turquí.

Y ante un sol descolorido,
Sobre una tierra desierta
La naturaleza muerta,
Muerta la vida creí.

Tantas voces que armonía
Daban y concierto al mundo
Callaban en lo profundo
De medrosa soledad.

O sueltas á un tiempo, el caos
Lanzaba al mundo aturdido,
Como en ráfagas, el ruido
De su eterna tempestad.

Y via cruzar los hombres
Al azar graves ó inquietos,
Ora errantes esqueletos
Sin espíritu ni voz,

Ora fantasmas siniestros
Derramando en su mirada,
Fuego el alma depravada,
Sangre el corazón feroz.

Busqué entonces con recelo
En la universal negrura
Una forma de hermosura,
Un destello de beldad.

En vano ¡ay Dios! que el conjuro
De aquella noche de espanto
De la belleza el encanto
Rindió también sin piedad.

Y vi inmóviles y mudos
Los semblantes de las bellas,
Apagadas sus centellas,
Sus pupilas sin lucir

Las vi, desecadas mómias
Yertas pasando á mi lado,
Su labio frío y cerrado,
Y mi seno sin latir.

Si, que como centro horrible
De aquel mundo en esqueleto
Sin calor quedára y quieto
Cadaver mi corazón.

Y la mano que en mi frente
Sus dedos selló pasando,
Se fijara en él pesando
Con perenne compresión.

¡Ay!.... ¿qué mano, santo cielo,
 Qué mano fue vengadora
 La que con magia traidora
 Transformó el mundo ó mi ser?.....

¿Era la mano del tiempo,
 Por dedos sus desengaños?.....
 No.... no brillara veinte años
 El sol desde mi nacer.

¿Era la mano de marmol
 De emboscada muerte oscura
 Abriendo la sepultura
 De una existencia veloz,
 Asiéndome con la rabia
 De implacable odio tirano,
 Que al fin fiaba á una mano
 Lo que no pudo una voz?.....

No, que un día en mis dolores
 Vino la Parca á mi lecho,
 Y cruzadas en mi pecho
 Sus leves manos sentí.

Y eran manos perfumadas,
 Suavísimas, deliciosas,
 Que festonaban de rosas
 Una tumba ¡ay! que perdí.

¿Fue acaso del infortunio

Esa mano, ó del destino?

¿Del cielo enojada vino

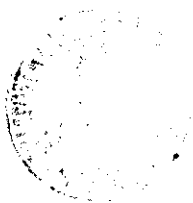
O de la infernal mansion?

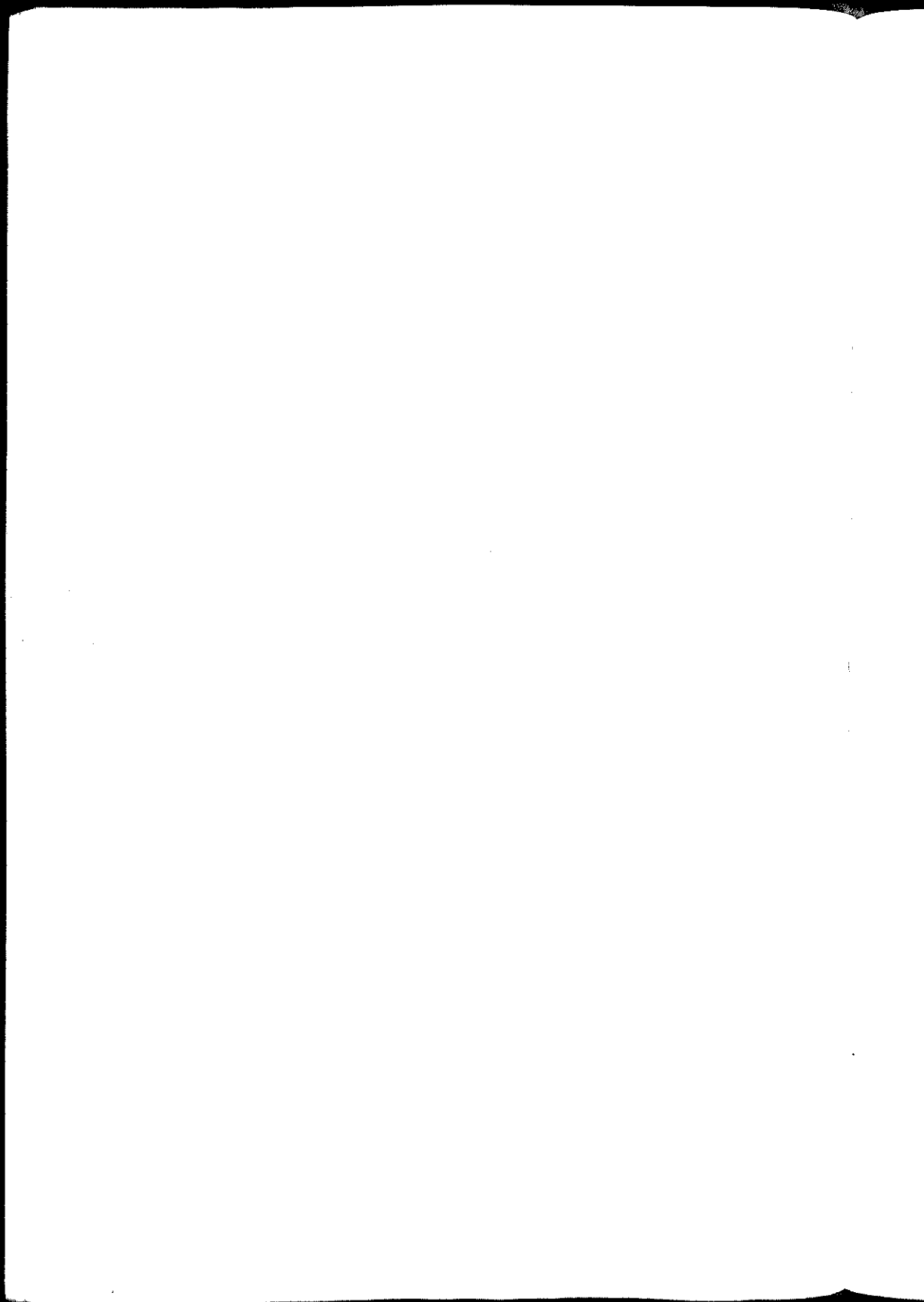
No..... que al orgullo del hombre

Sorprendí el horrible arcano

De que era la helada mano,

La mano de la razón.





A UN ANGEL CAIDO.



A UN ANGEL CAIDO.

Fragments.



Hélos allí postrados por el suelo
Desde el trono esplendente en que brillaron:
Genios de eterna luz los creó el cielo,
Y genios de tinieblas se tornaron.

Hé allí esa frente mas que el sol radiante
Que llevar pudo estrellas por guirnalda,
Cuando entre nubes de oro y de diamante
Desplegaban sus alas de esmeralda.

Su voz sonaba, y al *hosanna* eterno
Se inundaban los cielos de armonía:
Su vuelo alzaudo, hasta el remoto infierno
Luminosa su huella se extendía....

Pero intentó su vanidad demente
El poder igualar que los creára.
Quiso, alzando sus ondas, el torrente
La montaña inundar de do bajara.

Y la montaña le tragó en su seno
So el gran poder que al universo abruma:
Y á sus abismos, convertida en cieno,
Fué su brillante vanidosa espuma.

A los abismos ¡ay! do abrió su planta
Vasto sepulcro á su impotente crimen.
Do en vano su soberbia se levanta
Con los hierros luchando que la oprimen.

Ya es su voz el bramar de la tormenta.
Su resuello feroz los huracanes,
Que alguna vez abrasador revienta
Con espantoso estrépito en volcanes....

Eso y no mas les queda de la gloria
Que deslumbraba en la terrestre esfera,
El despecho infernal de su memoria
Y el resplandor de la infernal hoguera.

Y ellos que para amar fueron nacidos,
Con el amor de un Dios alimentados,
Hélos sin fin de Dios aborrecidos,
A odiar y á maldecirse condenados.

Pero tal vez no todos la sentencia
De no amar y el tormento merecieron:
Pudo mirar la celestial clemencia
Que espíritus de amor no le perdieron.

Pudo ser que en las huestes celestiales
Débiles almas ¡ay! tambien se halláran
Que, sin ceder al crimen, criminales,
Siguiesen á otros ángeles que amáran.

Pudo ser que el rebelde sentimiento
De el yugo sacudir de criatura
Fuese en alguno el generoso intento
De dar vida á otros seres y ventura.

Y pudo ser que la justicia eterna
Al sumergir la turba maldecida,
De una mirada perdonase tierna
A esos tristes espíritus la vida.

«Vivid, les dijo, en la mansion del hombre,

»De su dolor al yugo uncid la frente:

»Llevad su carne mísera y su nombre,

»Prision de un alma de ángel penitente.

»Pasad sobre su valle de dolores

»Largo destierro y siglos de quebranto:

»Pues pecásteis de amor, de sus amores

»Probad tan solo el afanoso llanto.

»Y si del rayo que encendió el infierno

»Solo os hirió al pasar leve centella,

»En amenaza de un suplicio eterno

»Guarde vuestro interior su eterna huella.

»Y guarde á un tiempo el éstasis del cielo,

»Y el arranque inmortal de su grandeza,

»Pero sin alas para alzar el vuelo

»Sobre el nivel de la mortal flaqueza.

»El mundo no comprenda vuestra lucha,

»A vuestro llanto estúpido se ría,

»Y á vuestra voz responda, si la escucha,

»Con gritos de sarcasmo y de alegría.

»Mas apurando el cáliz de los males

»Séaos consuelo en el dolor sumidos

»Que otros serán los genios infernales:

»Vosotros sed..... los ángeles caidos.....”

Y desde entonces se ven
Sobre el suelo peregrinos
Esos seres que la sien
Doblan con triste desden
A los humanos destinos.

Estrañas apariciones
Que, perdidas é ignoradas,
Cruzan las generaciones
Cual cruzan nobles pasiones
Por las almas degradadas.

Que el mundo no las comprende
Porque á su altura no llega
Y su grandeza le ofende:
Que humilla lo que sorprende,
Y lo que deslumbra, ciega.....

Asi les vemos pasar
Solitarios é infelices
De otros seres á la par
Sin huellas y sin raíces
Como barcos por el mar.

Ni para su rumbo hay puerto,
Ni para su noche hay polo,
Y en el Océano incierto
Como fiera del desierto
Por marchar, marchan tan solo.

Para cumplir su destino,
Para ceder á su afán,
Sin curar que en su camino
Los envuelva el torbellino,
O los lleve el huracán.

Y si compasivo el cielo
Con la raza que los vé,
Libre les deja su vuelo
Porque avasallado el suelo
Se postre humilde á su pié,

Y en sus mármóreos anales
Graba entonces la memoria
Esos nombres colosales
Que se alzan como fanales
En la noche de la historia,

Ellos oscuros están
Mientras en torno iluminan,
Como el cráter de un volcan
Cuyo seno ardientes minan
Hondos abismos de afán.

Y en la cumbre en que se admiran
Y en el templo en que se adoran,
Ni aire de placer respiran,
Ni hallan eco si suspiran
Ni lágrimas cuando lloran.

Por eso ráudo el solitario vuelo
De su vivir apuran;
Por eso surcan como un rayo el cielo
Y como un rayo duran.

Por eso eterno torbellino agitan
Con sus formas inquietas,
O el fantástico mundo solo habitan
De amantes y poetas.

Por eso á veces cruza el firmamento
Como un canto sublime
El misterioso lúgubre lamento
De una deidad que gime.

Y por eso tal vez pasa fecundo
De amargura y dolores
Algun ser que portento admira el mundo
De hermosura y de amores....

.....
.....
.....
.....

Hélos allí que aparecen
En la forma aérea y vaga
De una fantástica maga,
De una fada, ó de una huri.

Cree el hombre que amor le traen
En su pupila de estrellas,
Y descende el rayo en ellas,
Y en vez de amor freuesí.

Que entonces nacen ardientes,
Horribles esas pasiones
Que á mortales corazones
Piadoso el cielo negó.

Y á vueltas de esa belleza
Reflejo del sol eterno.
Se oculta el ardor de infierno
Que sus alas abrasó.

Aún queda á su triste noche
Luz de aurora en el semblante,
Y en sus ojos de diamante
Fascina la brillantez.

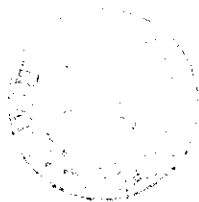
Queda en sus labios perfume
De celestial ambrosía,
Y ese acento de armonía
Que aun llega al cielo tal vez.

Mas si al acento atraídos,
Si de esa luz fascinados,
Mortales desventurados,
Osais su aliento aspirar,

Vereis cuál se torna en llama
Que inextinguible os devora,
Y al sentirlos en mal hora
Arder, creereis que es amar.

¡Ay!... no es amar el suplicio
De ese convulsar inquieto,
De ese anhelar sin objeto,
Sin horizonte ni fin.

De esos deseos sin nombre
Que aborta el alma abrasada
En la órbita arrebatada
Del alma de un serafín.



¡Ay!... no es el amor del mundo,
Flor de la vida del alma,
Con su transporte, su calma,
Su esperanza y galardón,

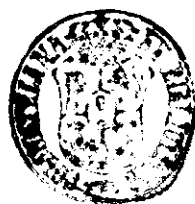
Con sus lánguidos suspiros,
Y su llanto de alegría,
Con sus besos de ambrosía:
Su placer y su ilusión.

No es ese lazo de rosas
De dos almas que se hallaron
Juntas, cuando despertaron
Su juventud al nacer ;

Y antes de seguir el curso
De esta vida de tormento
Sacrifican un momento
Sobre el altar del placer.

No: de esos seres estraños
No hay lazos, placer, ni flores,
Ni caricias, ni favores,
Ni un suspiro, ni un mirar.

Altar sí, do en sacrificio
Se dá al ángel que se adora
El llanto que eterno llora
Quien le vió una vez pasar....



.....

¡Ay! tú cruzaste hermoso ante mis ojos :
Yo ví en tu frente escrita mi pasion ,
Y como un reo me postré de hinojos
Para leer mi sentencia y maldicion.

Hirióme el rayo que esquivé en el suelo
Cuando, presa de ciega vanidad,
Pedí un objeto para amar al cielo,
Pedí para un mortal una deidad.

Yo desdeñé también rebelde, ingrato,
La triste condición en que nací:
Mil corazones rechacé insensato.
Mil plegárias amantes desoí.

Era una sed que no aplacó la fuente:
Buscó el raudal que por el monte va:
Hé allí que pasa indómito el torrente,
Y sin templar mi sed me ahogará.

Hé allí que cruza su mirar de fuego
Bajo un rostro de tibia palidez.
Y al yo mirarla convertirse luego
Mudo mármol sus ojos y su tez....

Ni una voz, ni un acento, ni un suspiro,
Ni un leve pensamiento para mí,
Ni el anhelo mirar con que le miro,
Ni la vida aceptar que le rendí.

¡Ay! si era mi existencia sola, oscura,
¿De qué me sirve tu funesta luz?
Antorcha de una negra sepultura,
Déjala con su noche y con su cruz.

¿A qué viniste á perturbar mi sueño,
Blanco fantasma, y mi profunda paz?
¿A qué arrancaste el tétrico beleño
Que circundaba lívida mi faz?

Era triste, era horrible, era la muerte
En yerta postracion mi juventud:
Tú pasaste á mi lado, y para verte
Débil me levanté del atahud.

Tú venias del cielo..... yo te amaba:
Creí que me mirabas..... te adoré:
Sentí correr mi sangre, y era lava,
Y esto sí que es morir, triste clamé.

Porque al punto ligeras mas que el viento
Tus alas te llevaron mas allá,
Y en vano en convulsivo movimiento
Mi espíritu infeliz te sigue ya.

Porque en vano delicias de otra esfera
Soñé al mirar tu aérea aparición,
Y realizada la fatal quimera
Que en mal hora abortó mi corazón.....

¡No soy mas que un mortal! vano mi acento
Con plegaría de amor te dirigí.
¡No soy mas que un mortal!.... y el firmamento
Otros ángeles tiene para ti.

Y para mí ¿qué guarda? El mundo, el cielo
¿Qué son yá para un ser que odian los dos
Cuando me niega su quietud el suelo
Y ángeles de dolor me envía Dios?

¿Queda tal vez oculto algun abismo
De su destino incógnito cumplir?
¿Seré tal vez espíritu yo mismo
Condenado como ellos á vivir?

¡Ay!.... Si en mi noche esta esperanza fuera
Crepúsculo de bien y de verdad!
¡Si ese ángel su mirada detuviera
Un momento en mis ojos por piedad!....

¡Si cruzando sus manos en mi pecho
Tembláran al pulsar del corazon!
¡Si reposando en mi abrasado lecho
Viera de tanto ardor la abnegacion!

Tal vez entonces, ángel destronado,
Descendiera un recuerdo sobre tí.
Y ¡ay! eres tú, clamaras, desgraciado
El ser de amor que con mi amor perdí.

Eres tú el que yo busco..... y ceñiría
Mi cuello con su abrazo celestial;
Y entonces ¡angel mio!.... moriría....
¡Miserio ser!.... no soy mas que un mortal.

Un mezquino mortal que sufre y llora
Luchando con el mundo en que nació:
Un mortal que á los ángeles adora
Porque en el mundo que adorar no halló.

Un corazon perdido en el desierto,
Do viendo al horizonte una beldad,
Al llegar á sus pies rendido y muerto.
Ya no le pidió amor, sino piedad.

Y ni piedad, ni amor..... ángel caído
Tu destino en el mundo es harto cruel.
Mas te envia el Señor..... dale cumplido:
Vierte entera la copa de su hiel.

Y ni amor, ni piedad..... ahoga en el vuelo
De tus alas el ay de mi sufrir:
Para tí queda en esperanza un cielo;
Para mí..... la esperanza de morir.

Y ni amor, ni piedad..... mas tus oídos
Escucharán mi voto criminal.
Tú eres ¡ay! de los ángeles caídos:
Yo buscaré tal vez uno infernal.

Y en mi despecho me diré violento
Por consuelo á mi ciego frenesí:
¡No soy mas que un mortal!.... ni el firmamento
Otros ángeles tiene para mí.





MARIPOSA Y FLOR.

TRADUCCION DE VICTOR BELLO.

NOTA.

La piececita que sigue, sobre destigurarse como toda composicion traducida, pierde mucha parte de su gracia por sola la circunstancia de que los nombres *mariposa* y *flor* son ambos en castellano del género femenino, al paso que en francés, siendo *fleur* del femenino, y del masculino *papillon*, corresponden á los dos sexos con una analogia mas completa.

MARIPOSA Y FLOR.



—•—
TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

No, decia á la errante mariposa
Triste la flor del tallo suspendida,
No vuelas mas.
¿A qué en la vega giras vagarosa,
Mientras me agito al duro tronco asida?
¿Por qué te vás?

Amémonos, uñamos la existencia
Do aquí lejos del mundo de los hombres
Nos puso Dios:
Do huyendo su maléfica presencia
Nos crean confundiendo nuestros nombres
Flor á las dos.

Mas ¡ay! que el áura leve te arrebatara,
En tanto dura me aprisiona al suelo
Honda raíz.
Y no me es dado en círculos de plata
Girar contigo, y perfumar tu vuelo.
¡Suerte infeliz!....

Y allá lejos te pierdo en la pradera,
O inquieta cruzas la esmaltada alfombra
De flor en flor,
Mientras yo quedo en soledad severa
A ver lenta girar mi propia sombra
En derredor.

Mas tú vuelves, y tornas, y te agitas,
A cada flor mostrando brilladora
Un nuevo encanto.
Así mi ansiosa juventud marchita,
Así me ves volviendo á cada aurora
Bañada en llanto.

¡Oh! coronen mi afan horas felices,
Y fiel amante yá, tu vago vuelo

Reposa en mí.

Toma en la tierra como yo raíces,
O alas me da para cruzar el cielo

Unida á tí.

II.



A *****

Mariposas y flores, dueño mio,
La tumba en breve reunirá, y su suerte
Será comun.

Mas ¿qué esperar á un túmulo tardío
Si antes unirnos puede que la muerte
La vida aún?

Aún hay, sí, do vivamos, do volemós
Si al azul de la esfera vagarosa
Tiendes las alas.

Y campos hay tambien donde brotemos,
Si en el campo pretendes pura rosa
Lucir tus galas.

Adonde quieras, si, donde respires,
O matiz seas, ó aromado aliento,

Brisa ó vapor;
O mariposa rutilante gires,
O ligero boton alhague el viento
Tu ala, ó tu flor.

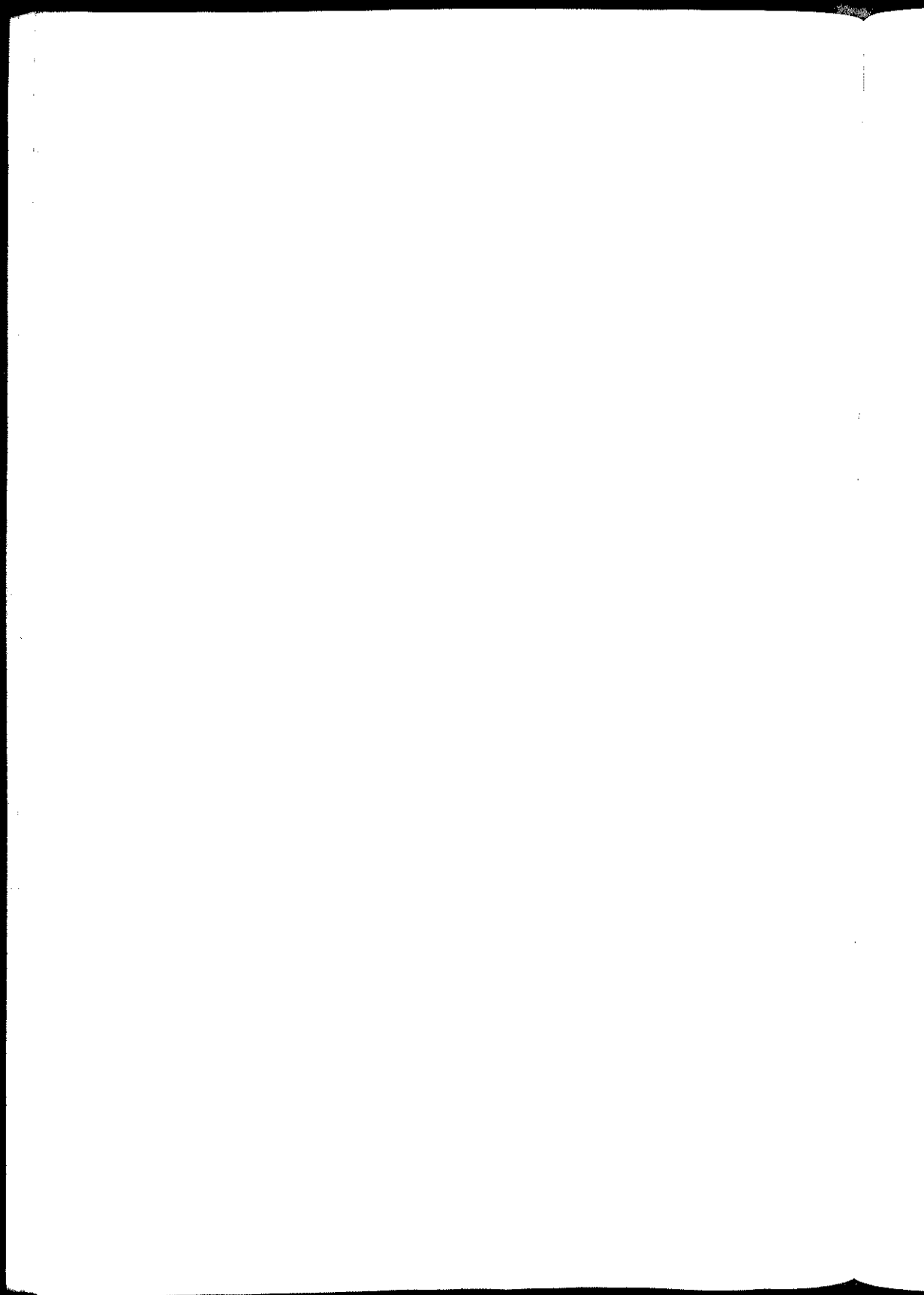
Pero unidos, mi bien..... en tanto dura
La vida es nuestra union mi único anhelo,

Mi bien real:
Que despues ¡oh mi amor! á la ventura
Podremos escojer..... la tierra, el cielo,
Nos será igual.

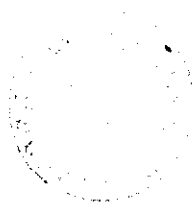


DESVARÍO.





DESVARÍO.



Alto mi juventud remontó el vuelo
Y mas alto mi amor.
Idolo á su pasión buscó en el cielo
Pábulo digno á su immortal ardor.

Era un culto, una fé.... Yo prosternado
Le subí en el altar.
¡Ay! era una deidad.... no le fue dado
Mis sacrílegos votos aceptar.

Los oyó por mi mal..... oyó el acento
 Que impuro blasfemó.....
 Y descendió á mis brazos, y mi aliento.....
 No: mi aliento de amor no le abrasó.

Pero á mis pies el suelo estremecido
 Fuego brotó infernal.
 Vi al ídolo en cenizas convertido,
 Y el ara santa en urua sepulcral.

Aún está allí..... desnudo y solitario
 Como mi corazón,
 Un túmulo do estaba un santuario
 Alza imponente su fatal padron.

¡Ah! pensé que de altar su negra losa
 Me pudiera servir,
 Y en ofrenda de culto religiosa
 Mis lágrimas eternas recibir.

Yo las lloré..... sobre la piedra dura
 Se helaron al caer,
 Nada tuvo la yerta sepultura
 A mi ardiente oracion que responder.

Fuera del mundo, allá lindando al cielo

Se levanta su cruz:

Mas en torno á mis pasos por el suelo

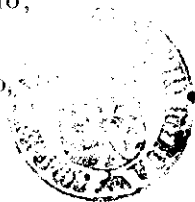
Ni despide fosfórica una luz.

Luz y fuego perdi.... sin movimiento,

Sin camino después,

De la vida el calor faltó á mi aliento,

La claridad del día ante mis piés.



Fáltame ¡ay Dios! la antorcha y el camino,

Y vano es preguntar.

—“¿Cuál puede ser, respóndeme, el destino.

Si atrás queda un sepulcro y un altar?

» ¿Cuál puede ser á quien mas vasto encierra

Que el mundo un corazon?

¿Darle podrá entre el polvo de la tierra

Lo que no le dió un culto, una pasion?

» No hay mas allá.... ni senda ni camino

Que á tus plantas tender.

Si un instante no mas fué tu destino

Un instante del cielo pudo ser.

» ¿Y á qué lento su término á la vida
Y el camino buscar,
Si al vuelo fué de un rayo recorrida
Cruzando entre una tumba y un altar? »

Mas yo dije tronando en mi despecho
A la insultante voz:
«Las puertas abre de mi eterno lecho,
Que este eterno morir, menos atroz.

» Si terminó su efimera carrera
Mi existencia infeliz,
¿Qué de sus restos el destino espera
Que no arranca infecunda su raíz?

» ¿Por qué aún fria como ondas de veneno
Corre sangre veloz?
¿Por qué aún hueco el abismo de mi seno
Al eco se estremece de una voz?

» Un altar..... una tumba..... únicos seres
Fuera del mundo yá.
¿Un altar!..... no comprendo sus placeres:
¿La tumba!.... su quietud segura está.

» ¡Ay!.... yo pedí sus goces á la vida
 Su transporte al amor:
Yo pedí el corazon á una querida,
A la virtud su esfuerzo y al honor.

» ¿Y muerte en esperanza me ofreciste
 Y en vida soledad?....
¿Lecho y corona en tûmulo volviste
Y mi culto en sacrilega impiedad?....

» ¡Ay! ¿Por qué fué entre todos señalado
 Un débil corazon
Inocente del cielo condenado
Al aire respirar de otra region?

» ¿Y á qué sin áire en el abismo hundido
 Sofocarme y morir?....
Yo ser quiero del mundo en que he nacido,
Gozar con los mortales y sufrir.

» Quiero los campos y su blanda alfombra,
 Su perfume y verdor:
Los bosques y su bóveda de sombra
Y la fuente escuchar y el ruisenior.

»Quiero ver los matices de la aurora
Y los visos del mar,
La brisa del vergel consoladora
Sobre el césped mullido respirar.

»Quiero estrechar el seno de una bella,
O llorar á sus piés,
Y en himno al cielo repetir con ella:
El mundo que nos diste hermoso es.

»No, no ambiciono en brazos de una nube
Ascender como Ixion,
Ni volar en las alas de un querube,
Ni descender helado al panteon.

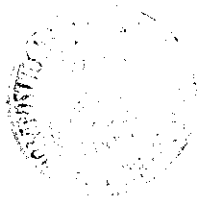
»Dejemos en sus sábanas de hielo
A los muertos yacer.
Dejemos á los ángeles su cielo,
Y en la tierra busquemos el placer.»

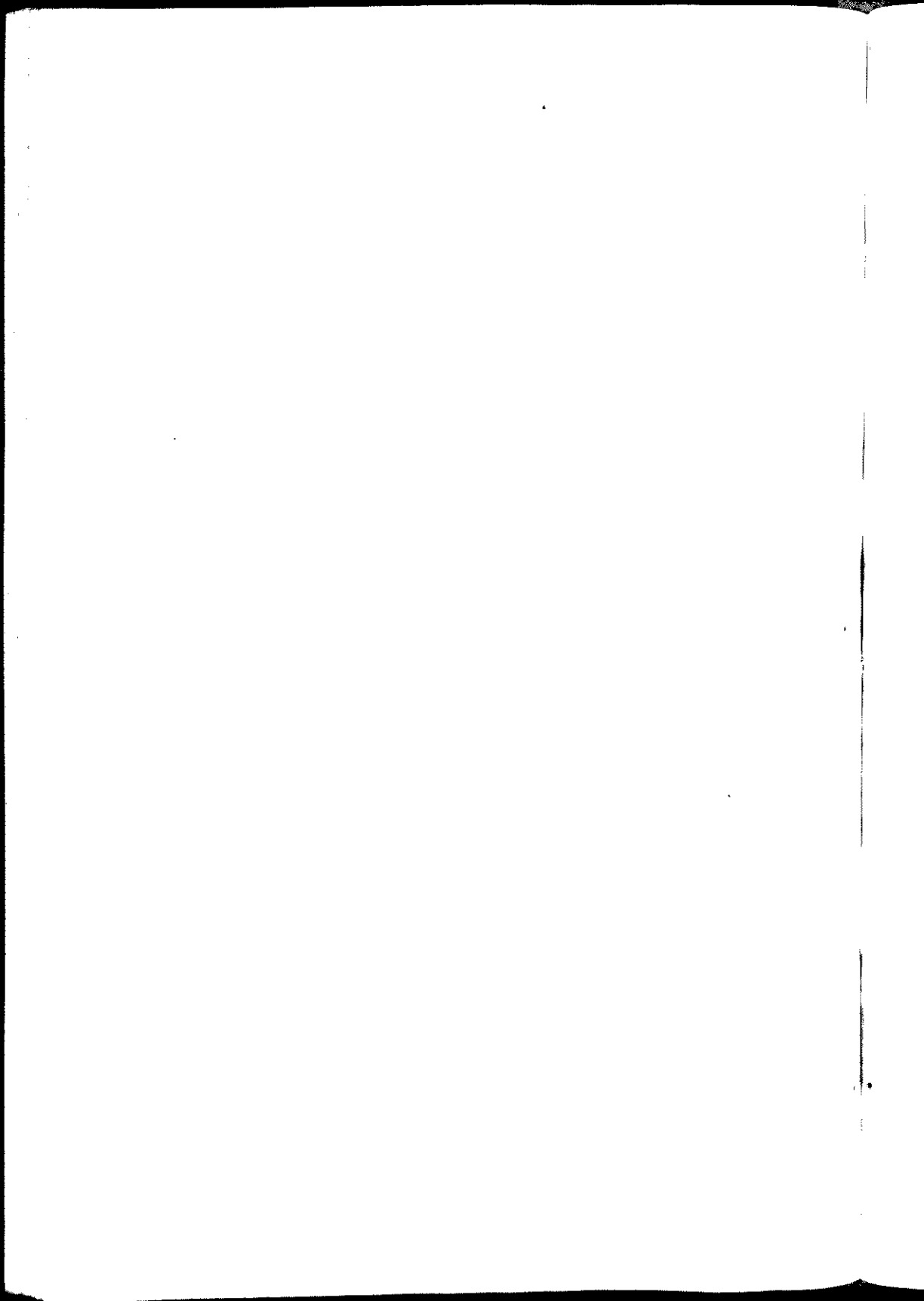
Mas ¡ay!.... como á sacrílego conjuro
A mi acento se ven
Dejar los muertos su atahud oscuro,
Abandonar los ángeles su Eden.

Y en tronador acento sobrehumano

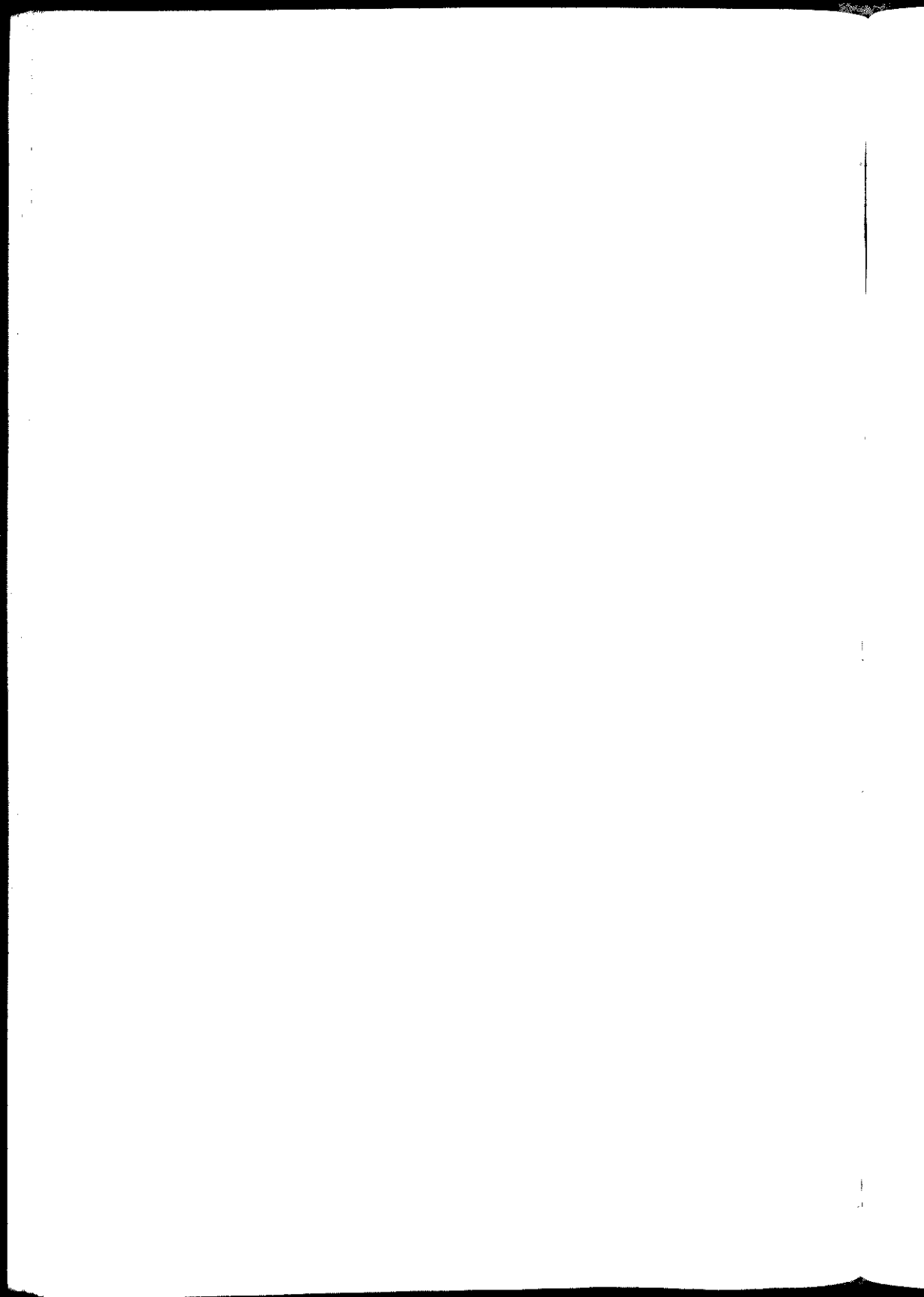
A mi voz contestar:

“No hay para tí ese mundo: llora en vano
Quien en sepulcro convirtió el altar.”





AL ERESMA.



AL ERESMA.

No, no empañarán mis ojos,
Eresma, tu agua fulgente,
Ni detendrán tu corriente
Con su mirada fatal.

No te asustes como el mundo
De mi presencia importuna,
Que no hay ni un rayo de luna
Que me pinte en tu cristal.

De cerrada, oscura noche,
Encubierto y solitario
Como un muerto en el sudario,
Ni la agito ni me vé.

Ni interrumpo tu murmullo,
Ni á tu orilla su reposo,
Y fantasma nebuloso,
Huellas no estampa mi pié.

Mas si al sentir en la brisa
Que sobre tus ondas juega
La ráfaga que les llega
De un aliento abrasador

Me conoces, y espantado
Tu murmullo me interroga,
Eresma, el espanto ahoga;
Responderte ha mi dolor.

Preguntas si la frescura
De tus márgenes me llama,
Y si el ardor que me inflama
Podré en tus ondas templar.

Sed de los labios se templará.—
Mas cuando un alma se abrasa,
Tu agua toda viene escasa,
Río, y toda la del mar.

Ni ofrecer puedes la muerte,
Ni yo buscar en tu centro
La tumba en que ya no encuentro
El término á mi sufrir.

Que hoy son mis males mayores,
Cuanto mezquinos parecen
Que á mi orgullo no merecen
La importancia de morir.

Acaso huyendo mi planta
De un mundo que la aprisiona,
Fuera de él busca su zona
De silencio y soledad.
¿A qué?... en torno á un alma sola
Harto hay silencio profundo,
Harto es cementerio el mundo,
Y yermo la sociedad.....

Ni pienses que es el arcano
De esos monumentos viejos
Lo que vengo en tus reflejos,
Claro río, á sorprender.

Quede para ojos tranquilos
A través de tus cristales
Descifrar esos anales
De un decrepito poder.

Lean sobre ese peñasco,
Por cuyos cimientos corres,
Qué mano elevó las torres
Que coronan tu ciudad.

Y á par el siglo gigante
En que un pueblo omnipotente
Con los arcos de ese Puente
Rubricó su eternidad.

Hallarán lápidas, tumbas,
Letreros, templos y altares,
Y aun bellos los alminares
Con que alza airosa su sien

Tu alcázar que, vieja nave
Encallada en una roca,
Caerá aunque el mar no la toca,
Del viento al primer vaiven.

No: yo no miro esas piedras
Que necio un siglo amontona,
Y otro siglo desmorona
Del hombre en justicia fiel.

Que son hoy lo que antes fueron
Esas mezquinas mansiones,
Mas que ciudades prisiones,
Y tumbas indignas de él.

Ni alzarne puedo del polvo
Do el hombre estampa sus huellas
Hasta ese manto de estrellas,
Tu alfombra y tu pabellon.

Que el mismo brazo de hierro
Que del mundo me repele
Sujeta porque no vuele
Lejos de él al corazon.

Ni estraña al mundo y al cielo,
Y mas que los dos piadosa,
Hay en tu campo una rosa
Que su fragancia me dé.

Ni dichas que cubrir pueda
La noche con su misterio,
Cuando cubre un cementerio
El tálamo de mi fé.



Nada existe.... bellos lazos
Que el alma á la vida unieron,
Al ímpetu se rompieron
De iracunda tempestad.

Una lágrima, un gemido
Fueron sus tristes despojos,
Y no encontraron mis ojos,
¡Ay!.... ni mis labios piedad.

Tambien rechazó con mofa
Esa sociedad mi llanto:
Tal vez creyó que era un canto
La queja en que prorumpí.

Y por eso guardé ¡oh río!
Para tu orilla y tu seno
Todo el dolor y el veneno
Que á derramar vengo en tí.

Que busqué en vano á mi acento
Lábio que le acompañára,
Seno amante en que lograra
Sin rubor lloro verter.

Busqué la amistad iluso
Do hay solo interés y miedo,
Busqué amor que hallar no puedo,
En quien solo ama el placer.

Y de la cumbre de hielo
De esa soledad poblada
Oí abajo en la enramada
Tus puras ondas mugir.

Y á tus solitarias márgenes
Dije, volviendo mis huellas,
Agua y voz me darán ellas
Para llorar y gemir.

Héme aquí.... dulce mi acento
No harás con tu blando arrullo,
Mas cubrirá tu murmullo
Su resuello de huracán;

Y aunque no hay en tus orillas
Eco con que le respondas,
Habrá rocas y habrá ondas
Que en ellas le estrellarán.....

Y de esta lágrima inmensa
Que un mundo entero acibara,
Do se esprime y se alquitara
Toda una vida de hiel;



De esta lágrima pesada
De plomo ardiente fundida,
Siempre á un rostro suspendida
Y siempre cayendo de él;

De esta lágrima vidriosa
Que ojos opacos velando,
Con mentida luz vibrando
Al mundo acaso engañó;

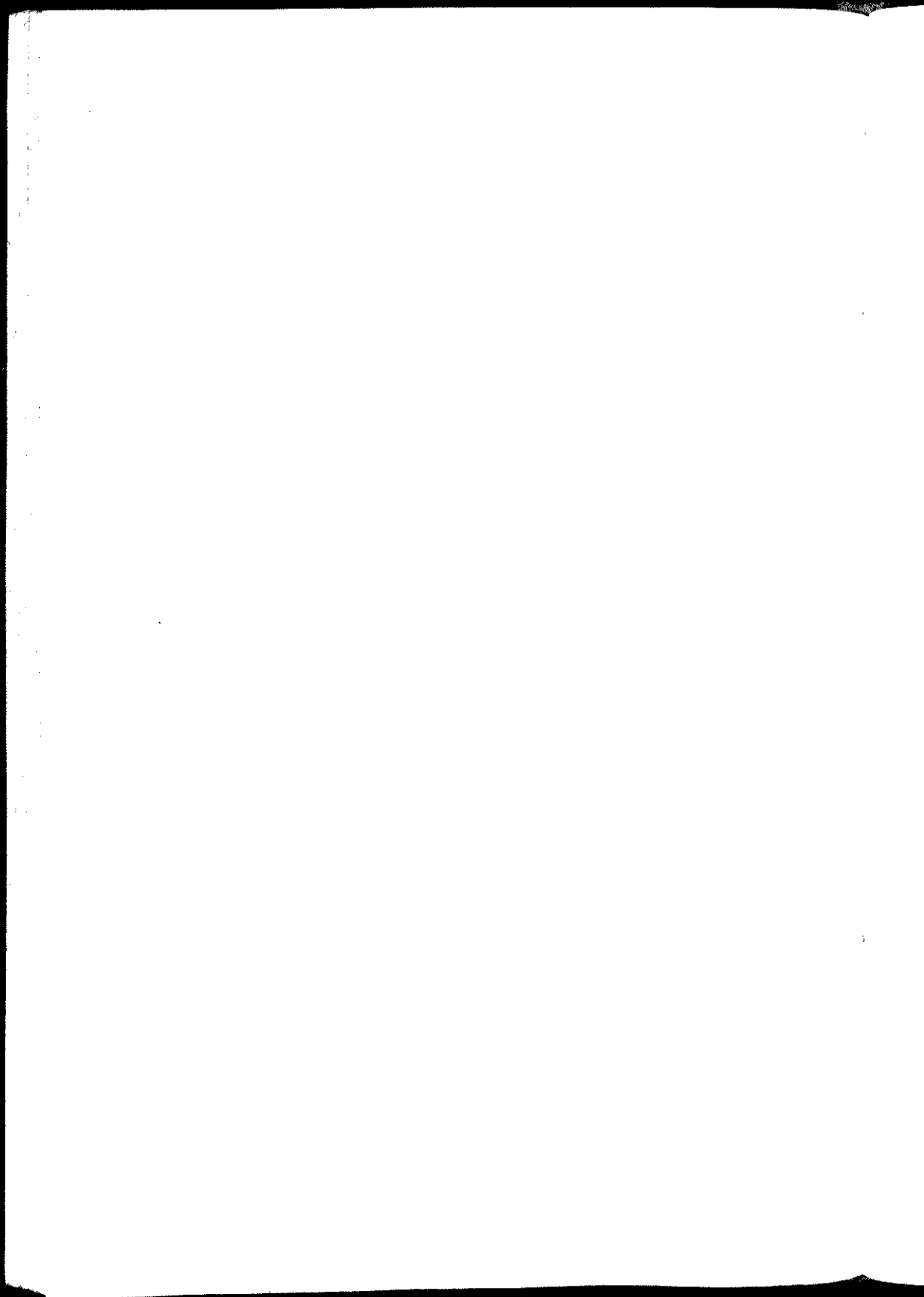
Donde un ojo indiferente
Tras de su prisma de hielo
Cual radiosa luz del cielo
El brillo de un rayo vió;

De esta gota de un abismo
Como mi dolor profundo,
Que ningún lábio en el mundo
Supo amoroso enjugar.

¿Qué harás?... ¿Qué al darla á tus ondas,
Eresma, puestas que espero?...
Que tú la lleves al Duero,
Y el Duero la lleve al mar.



SU MEMORIA.



SU MEMORIA.

Héme aquí, como en medio del desierto,
Sin árboles, sin sombra, sin arrimo.
Hé aquí sobre un Océano sin puerto,
Noche sin astros, faro, ni arrehól.

Pero esta noche eterna tuvo un día,
Y su rastro de luz quedó fulgente
Para cegar la deslumbrada mente
Con la imagen fantástica de un sol.

Hubo un instante de ilusion, de gloria,
Voló un instante el corazon al cielo,
Y guardó el corazon una memoria
Con que á su abismo descendió despues.
¡Ah! que mejor el negro abismo fuera,
Que de esa viva ráfaga surcado
Ver cada instante el cielo iluminado
Y mas hondo el abismo ante los pies.

Fuera mejor del bátratro profundo
Su término mirar la oscura sima,
Que la vision sublime de otro mundo
Aparecerse al mundanal horror;
Y mejor bajo un túmulo de mármol
Encerrarse al nacer muerto viviendo,
Que ver la luz la soledad sufriendo
Con un recuerdo celestial de amor.

Que emponzoña las horas de la vida
Como á un precito la eternal ventura,
Como un recuerdo de virtud perdida
Que despierta en un alma criminal.

Un cielo.... una virtud que yo perdiera.
Donde dejara una ilusion de gloria;
Un mirar.... un amor.... una memoria....
La memoria quedó para mí mal.

Hela en torno de mi, fascinadora,
Reflejo fiel de una fatal mirada;
Hela sobre mis ojos vengadora
De mi antiguo misántropo desdén.

Hela do quier de aureola refulgente
De nubes de éter y de azul ceñida,
Angel en los espacios suspendida,
Angel que guarda mi perdido Edén.

Y asida de mi eterno pensamiento,
Fija siempre sobre él, como el errante,
Si fuerza adquiere, y vida, y movimiento,
Y atmósfera, y perfume de deidad,

Como deidad la miro allá en su altura
Cada vez mas de mi pasión lejana,
Que no es dado tener al alma humana
Con seres de otra esfera sociedad.

Y solo yo en el mundo, ella en el cielo,
Fatiga mi vivir, no le acompaña:
Vela con mis delirios cuando velo;
Ocupa, si medito, mi razón.

Y mi sueño febril acecha, y viene
Solitaria á la orilla de mi lecho
Férrea mano á posar sobre mi pecho,
Que no deja latir mi corazón.

Sobre él entonces un recuerdo pesa,
Como si un mundo entero le abrumára,
Cual si inmensa una lápida de huesa
Desplomára sobre él la eternidad.

Memória de un placer nunca sentido,
Memória de deseos sin objeto,
Memória atroz que el corazon inquieto
No osa creer memoria de verdad.

Que no es entonces la vision radiante
Que cruzó por la esfera de mi vida
Un día que su angélico semblante
De inmortal resplandor la iluminó.



Que no es aquel mirar en que brillaba
El astro al fin de mi tormenta oscura,
La frente en que leyerá mi ventura,
Y un nombre ¡ay Dios! que el cielo no escribió.

Que no es la aérea arrebolada nube
Del áura entre los árboles mecida,
Sífida, que del *Prado* lenta sube
Entre sombras y gas, y aroma y tul.

Que se desliza y pierde ante mis pasos,
Solo un mirar dejándole á mi noche,
Robado á los cristales de su coche
O de los pliegues de su manto azul.

No es genio de esperanza y de consuelo,
No es la vision de un porvenir de gloria,
El éstasis purísimo del cielo,
El amor, la virtud y la beldad.

Todo esto fue su vista: y su memoria
Es la imagen de espanto que me oprime,
El triste acento que incesante gime,
Desengaño, despecho, soledad.

Tal, flotar la miré sobre mi frente,
Crespon de luto funeral colgando,
Lanzarme su mirada indiferente,
Y á su region retroceder veloz.

Y un punto en mi frenética congoja
Fuerza y valor cobrando del despecho,
La mano alzando del helado lecho,
Así su manto, y la llamó mi voz.

— “Deten, clamé, no busques esa altura
Do contigo no vuela el alma mía.
Sé en imagen al menos mi ventura:
Era tu imagen mas que otra verdad.

Y aunque de luto y de terror vestida
Tu fantástica forma viene ahora,
Aun ese luto y esa muerte implora
Como el supremo bien mi soledad.”

“¿Por qué, dime, enojada, á mi deseo
Martirio tornas mi única esperanza?

¿Por qué el solo recuerdo que poseo
En vértigo me agita y convulsion?

¿Por qué á tu paso, antorcha de mi vida,
La sangre de mis venas siento helada?

¿Por qué al clavarne esa fatal mirada
Sangre destila herido el corazon?” —

Vila á este acento estremecer el suelo,
Y severa plantarse y silenciosa,
Ví al viento de la noche alzar su velo,
Y su aureola fosfórica apagar.

Dura sentí su túnica ondulante,
Fria mi mano que su borde asiera,
Cual si mi voz maléfica pudiera
Su vaporoso ser petrificar.

Si, la misma vision, pero de roca:
El mismo su semblante, mas de hielo:
Los ojos sin cristal, muda la boca,
Yerto, clavado, su macizo pié.

Mas bajo el mármol retumbó un gemido
Cual si rompiera de una tumba el seno,
Y esta sentencia al pavoroso trueno
De sus inmóviles labios escuche.

—“Si un recuerdo es esperanza
El recuerdo es el placer,
Que á mas la ilusion alcanza
De la ventura que el ser.

»Si empero el dedo divino
Cuando el bien te hizo mirar,
Sobre el libro del destino
Quiso tu dicha borrar,

»Memória te cupo en suerte
Como eterna maldicion,
Mas horrible que la muerte,
Que es la desesperacion.

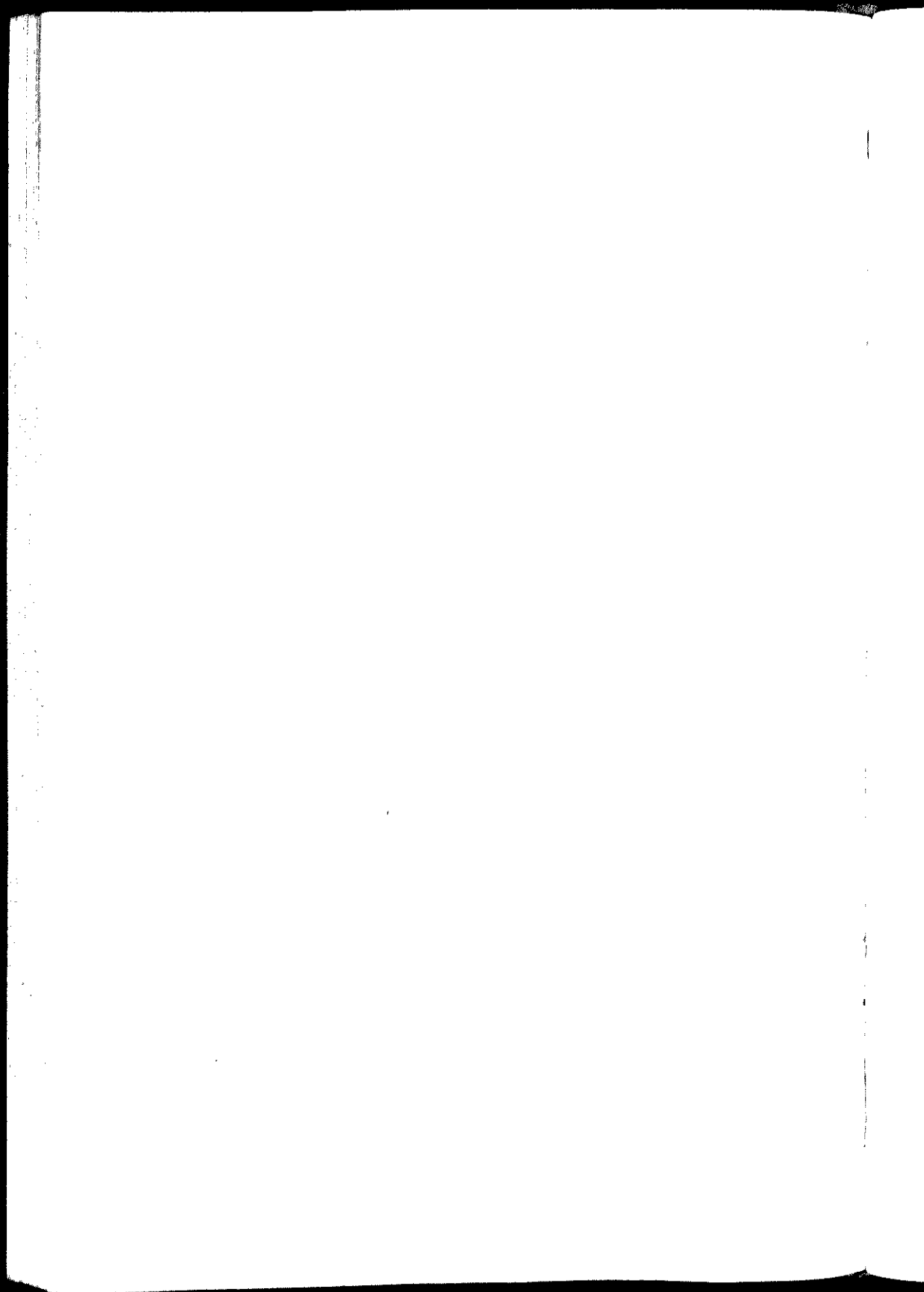
»Y si sueño de tu gloria,
Fue mi realidad alli,
Será siempre mi memoria
Aire ó piedra para tí.

»Que solo puede ofrecerte
Un destino tu pasion
Mas horrible que la muerte,
Que es la desesperacion.”





EN UNA DESPEDIDA.



EN UNA DESPEDIDA.

Llegó el instante ansiado, instante al par temido,
Que un misterioso enigma funesto hace á los dos;
Y en breve entre nosotros las aguas del olvido
Cegarán ese abismo que hoy abre un triste adios.

¡Así cerráran ellas la herida envenenada
Que un día y otro día ahondó traidor puñal!
¡Así al mugir lejano de tempestad pasada
Respondiera en silencio tranquilo su raudal!

Mas hoy sobre nosotros la tempestad aún brama,
Y al último estampido de su infernal fragor
La nube que nos cerca con rafagas de llama
Alumbra el túbido ocaso de nuestro triste amor.

Amor que al fin se apaga, llama que se oscurece
Violenta despidiendo su resuello final:
Y en vano es mi propósito que el cielo no agradece,
Y en vano se renueva tu lucha desigual.

En vano de tu labio la tímida protesta
Rechaza á mi ternura el nombre que te di.
En vano bajo el velo de una amistad funesta
Aun hoy retractar quieres el amoroso sí.

Brilla, brilla en tus ojos, y ese postrer instante
Revela comprimida so un yugo tu pasión.
Estrechando las mías tu mano palpitante,
Pidiéndome un recuerdo, imploras un perdón.

Y en mis ojos leyendo la lúgubre fiera
Que brota en mi despecho ceñuda su altivez,
Mas que mi horrible calma, temiendo tu flaqueza,
Huyes luchando trémula por la postrera vez.

Y buscas de otro abrigo la sombra protectora,
Que sin piedad nos niega volcánica pasión.
Para templar la llama que oculta nos devora
Tu boca en vez de un ósculo me ofrece una oración.

«Parte infeliz, me dices, y endulce la amargura
Del acibar que tragas la hiel que yo bebí.
No á tu consuelo niegues saber mi desventura,
Y si otras te llorasen..... yo..... rogaré por tí.

»Mañana, cuando el cielo propicio á tu destino
Tienda bajo tus pasos la alfombra de su luz,
Contaré las pisadas de ese ráudo camino
Al son de mis plegárias, postrada ante una cruz.

»Yo invocaré á la Virgen que cubra con su manto
Los hombros del viagero que acaso me odiará,
Que acaso, en duda incrédula de un voto tierno y santo,
Ignore el alto precio que mi pasión le dá.

»Yo pediré llorosa, yo clamaré ferviente
Que un ángel te conduzca donde es fuerza partir,
De donde á pesar tuyo rogaré eternamente,
Y acaso, á pesar mío, te vuelva á conducir.

•

»Sí, vuelve; en los momentos de mi rogar tardío
Mi tierna y pura súplica oiga tu corazón.
Temple el airado enojo de tu furor sombrío
La voz que á un tiempo elevau mi pecho y mi oración.

»Vuelve, y mi voz disipe si trémula, sincera,
La voz mentida, aleve que nunca pronuncié,
Y que de un alma crédula, mas que amante altanera,
Me arrebató en un día la mal segura fé.

»Y vuelve ¡ay! vuelve en breve, do ansiosa los rigores
Que fingió en odio ingrato tu ciego frenesí,
Mas tiernos te reclaman que hipócritas amores....
¡Oh! llórente en buen hora.... Yo rogaré por ti.”—

Como el remiso aliento del triste que agoniza
Tu tímida plegaría estúpido escuché.
De ese momento lúgubre que el dolor solemniza
La emoción reprimida confuso respeté.

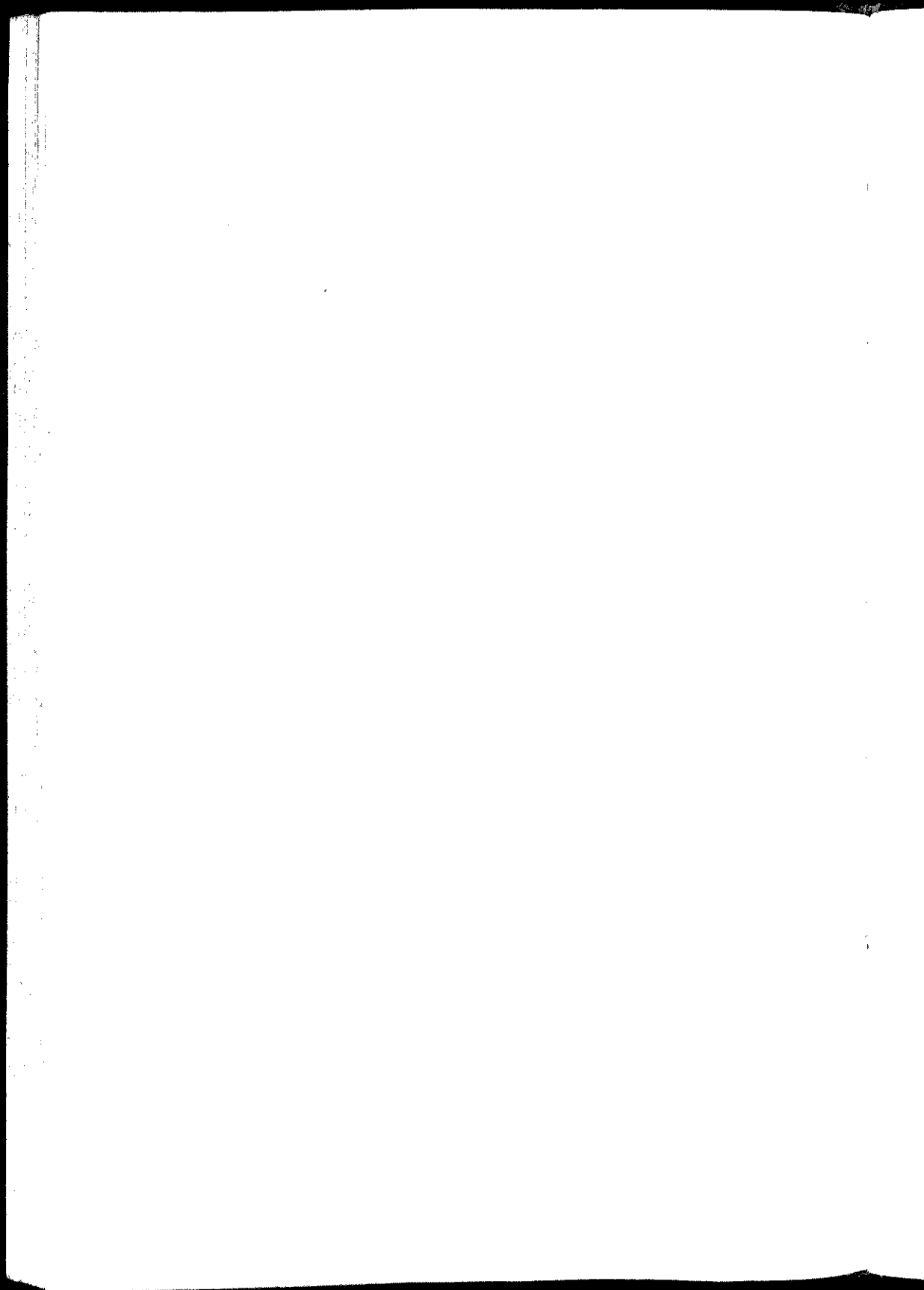
Sobre el oscuro fondo de mi penosa duda
Sentí en raudó relámpago plácida luz cruzar.
Creí oír como el eco de tu espresion ya muda
Mi nombre murmurando al pie del santo altar.

Creí desde el los ángeles con tu oracion subiendo
 Esparcir su perfume hasta do fuera yo,
 Con sus doradas alas de mi pasion cubriendo
 La nube que en mal hora tu espíritu aterró.

Creí verte llorosa bajo el tupido velo,
 Solo al oscuro templo tus lágrimas fiar,
 De amarme y ser ingrata perdon pidiendo al cielo,
 Y amarme y ser ingrata llorando confesar.

Y era el postrer instante de mi postrero día:
 Tu mano entre mis manos, tu lábio requerí.....
 Tu lábio quedó inmovil..... tu mano no era mía.....
 ¡Oh! bórrese del tiempo la hora en que te ví.





ENVIANDO ME RETRATO.



NOTA.

La presente composicion se escribió, y la leyeron algunas personas tres o cuatro meses antes que mi amigo el Sr. Zorrilla escribiese la que lleva por título *Hojas secas a mi madre*. Es muy natural, era casi forzoso que los dos tratásemos a veces un mismo asunto, y sin embargo es imposible que hayamos sido nunca plagiarios uno del otro. Pero esta advertencia se escribe para los que no nos conocen.

ENVIANDO MI RETRATO.



Aún hay sobre el desierto de la vida
Lejana y solitaria una palmera:
Aún hay un puerto do salvarse espera
De su hórrida tormenta el corazon.

Aún hay como en su norte un pensamiento
Clavado en mi memoria eternamente:
Hay de mi vida otro vivir pendiente
Con inefable eterna adoracion.

Lejos, empero, sí.... los bellos ojos
Que el vértigo de amor desvanecía,
El seno que mi acento estremecía
Hélos allí abatidos de esperar.

Allí su abrazo, que se tiende al viento
Como el ¡ay! de su idólatra ternura....
Sal á su encuentro tú, feliz pintura:
Ese abrazo y suspiro vé á buscar.

Vé mas que yo dichosa.... vé y respira
La atmósfera de amor que ya no aliento,
Y que ese llanto de que estoy sediento
Destiñan y sus besos tu color.



Vé y mírala.... mas ¡ay! baja tu frente,
Llega á sus plantas y tu planta humilla:
Y dobla prosternado la rodilla
Ante el altar de su celeste amor.

Sí, como ante el altar: mas que ante el solio
Refrena el paso, y el mirar inquieto,
Y tus párpados velen de respeto
La juvenil fogosa brillantez.

Conoce al fin á la muger que miras:
Es mas que reina, sí, besa su planta;
Mas que amante y deidad querida y santa:
Es una madre.... humíllate otra vez.

¿A quién sino á una madre? ¿A qué otros ojos
Presente hiciera de esa faz mi mano?
¿Qué amor sufriera de ese mundo vano
Tal testigo á su fria veleidad?

¿Qué fueras tú al amor?... la mas ardiente
Con un crespon de olvido te velára,
Y ó con la planta del desden te hollára,
O fueras su padron de vanidad.

Pero una madre.... te alzará en sus brazos
Con el delirio que me alzaban niño;
Y mas que entonces ébria en su cariño
Querrá dar vida á tu color con él.

Y en ese rapto brillará radiosa....
Estrecharáte estática, anhelante....
¡Ay! no empero una voz para ese instante
Te ha dado, ni una lágrima el pincel.

Mudo lienzo, ilusion.... para tí nada,
Para ella un universo, un paraíso;
Si en tí fijar mis años fue preciso,
Por tí á los mios torne su vivir.

Y prodigiosa página esa tela
De una vida de afán será la historia,
Do guarde lo pasado su memoria,
Do busque su esperanza el porvenir.

Que tú serás á un tiempo el bello infante
Que en su regazo juvenil reía,
El niño que lloraba y padecía
Como entrando en la vida á su pesar.

Y el jóven triste, que en el llanto solo
Del seno maternal halló consuelo
A esas angústias de amargura y duelo
Do lucha el corazon antes de amar.

Ella las vió nacer: su flor temprana
Cubrirse vió de espinas de pasiones,
Y hoy verá mas profundo en tus facciones
Tan demudadas ¡ay! nuevo dolor.

Y al lienzo en vano pedirá que pinte
De ese oscuro penar el triste objeto,
Buscando ansiosa el fúnebre secreto
Que mas que yo tal vez halle su amor.

¡Ay! no: que de ese gesto comprimido
Del ceño adusto en que tus ojos giran,
De esos labios que riéndose suspiran
Ni ella el confuso enigma acertará.

Ni en los raros mudables caracteres
Que como nubes de verano ardiente
Surcan informes tu abrasada frente,
La misteriosa cifra leer podrá.

Y á su seno estrechándote afligida,
O en sus besos intente arrebatada
Lo que no pudo ardiente la mirada
Adivinar sintiendo el corazon.

Ora con llanto y trémulas plegárias
Cuenta demande de tu vida al cielo,
Ora reclame acentos de consuelo
De tí, triste semblante, en su afliccion.....

Y tú, callada pintura.....
¿No habrá en la inmoble actitud
De esa olvidada lectura
Una espresion de ternura
Con que calmar su inquietud?

¿Nada podrás responder
A una infeliz que te implora?
¿Podrás tu seno esconder
A una muger que te adora,
Si es ¡ay! la que te dió el ser?.....

Cuando de noche, abrigada
Del doméstico reposo,
Como una amante citada,
Ufana y sobresaltada
Llegue á tí con pie medroso:

Y tu lienzo descolgando
 Por mas verte á su sabor,
 Cuerpo á sus tintas prestando
 Le interroque sollozando
 Por el hijo de su amor.....

Dí, ¿qué habrás de responder?
 ¿Qué la darás por consuelo
 Ya que no la des placer?
 ¿Qué amor habrás de ofrecer
 A esos amores del cielo?

¿Con qué el llanto enjugarás
 Que destiñe tu barniz?
 ¿Qué á sus ojos contarás?.....
 ¡Ah!.... no te miren jamás
 Si no has de hacerla feliz.....

Mas no..... de tu faz sombría
 El velo oscuro levanta,
 Y al seno materno fia
 Lo que de ti no sabria
 Ese mundo que te espanta.

Díla por qué, aunque lozana,
 Brilla así tu juventud
 De precoz favor ufana,
 No es mas esa pompa vana
 Que el oro de un atahud.

Dila por qué, aunque allagado
De ruidosa sociedad,
Yace en lágrimas bañado
Tu corazon sepultado
En eterna soledad.

Dila que brazo enemigo
Estorba en su derredor
Que al menos sombra, no abrigo,
No un compañero, un testigo
La amistad dé á su dolor.

Dila por qué aunque se apura
En darme un mundo aparente
Triunfos de amor y hermosura,
No halla un seno mi ternura
En que reposar la frente.

Dila.... mas hasta á tu duelo
Su precioso llanto ver....
Fide ya una voz al cielo
En que la ofrezcas consuelo
Ya que no la des placer....

.....
.....
.....
.....

Dila que si la vida turbulenta
Rauda al pasar mi faz desfiguró,
Piense que el alma que en el seno alienta
Ese mundo de horror no corrompió.

Dila que en una atmósfera infestada
Con el soplo mefítico, mortal,
De una nacion entera condenada
A ser por todo un siglo criminal.

Que en el negro sangriento torbellino
Que en torno vemos de esta edad rugir
Los que en mal hora sentenció el destino
En ella desgraciados á vivir.

Que en la borrasca universal do boga
Ebria una raza que su fin no vé,
Y que el grito mortal del que se ahoga
Canto de vida y de esperanza crée.

Que en la nueva Babel, do erguido el hombre
En castigo á su necia presuncion,
De Dios ni de virtud entiende el nombre,
Ni de amor, heroismo y religion.

Do el cielo de esta raza corrompida
Es la tierra que huella con sus pies,
Su destino el placer, su fin la vida,
Y su moral sublime el *¡interés!*

Dila á una madre tú, que del profundo
Del alma de su mano la plantó,
Aun resguardada al huracán del mundo
Una flor de virtud no se arrancó.

Que en vano polvo, escombros y maleza
Amontonó sobre ella el vendavál;
Que aún conserva un esmalte de pureza
Como rosa guardada en un fanál.

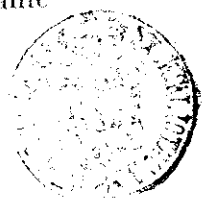
Que marchita tal vez, descolorida
Porque á la luz del cielo no creció,
Su perfume balsámico en mi vida
Mas de una vez fragante derramó.

Y el aquilon sañudo entre sus hojas
Como el áura en las cuerdas de un laúd,
Al son hizo mezclar de mis congojas
Acentos ¡ay! de amor y de virtud.

Dila, sí, que estos nombres sacrosantos
Donde ella los grabó fijos están,
Y que siempre al gemido de mis cantos
En armónico acorde se unirán.

Que todo es de ella, cuanto el alma encierra
De puro y grande, y noble y celestial;
Y también de ella si quedó á la tierra
Centella alguna de calor vital.

Que arrebatado en vértigo inconstante
De borrasca en borrasca el corazón,
Si abrigó solo efímera un instante
Cada quimera de fugaz pasión,



Hubo siempre un afecto intenso, fijo,
Y un eterno suspiro de pesar
Del joven no, del corazón del hijo
Que á nadie supo así constante amar.

Y ese celeste amor como un sagrario
Puro el recinto conservó tal vez,
Tutelar alejando del santuario
De bastarda pasión la embriaguez.

Siempre radiante, y luminosa, y pura
Presidió allí subida en el altar,
Y nunca aun adorada la hermosura
Al ara en que ella está pudo llegar.

Nunca humana belleza su memoria
En mi mente frenética eclipsó:
Nunca la mas querida en su victoria
La copia de ese rostro recibió.

Y si á pasión funesta no fue escudo
Pena del cielo á un corazón infiel,
Del despecho mortal librarme pudo
Y al tósigo endulzar la amarga hiel...

Que cuando triste al contemplar do quiera
Reyes del mundo al crimen y al dolor,
A la eterna bondad llamé quimera,
Y blasfemé del mundo y su hacedor,

Su imagen entre nubes refulgente
Salía como el iris oriental
A sostener el corazón doliente,
Y contra el genio á protestar del mal.

Ella rasgaba ante mi vista el velo
De esa horrible verdad que nada vé,
Y por ella volví piadoso al cielo
Mirada ansiosa de esperanza y fé.

Que ella me la inspiró..... recuerdo ahora
Que una plegaría al murmurar los dos,
Aprendí á amar al Dios á quien adora,
Porque madre también tuvo ese Dios.



Y hoy al mezclar en mi oración su nombre
Creo al Señor gritando en mi impiedad:
—«Si tiene madre sobre el mundo el hombre,
»Madre tendrá la triste humanidad.....»—

¡Ay! dila, en fin, que unida al fondo mismo
Del corazón que un mundo devoró,
Pegado á las paredes de un abismo
Do ni cenizas hay de cuanto ardió,

Escrito un nombre brilla venerando
Y una llama á par de él arde inmortal,
Do eterno y solo quedará brillando
El nombre suyo y el amor filial!.....

Háblale así.... tu comprimido labio
Repita el voto que mi voz te presta:
Ella creará á tu boca la protesta
Que con ósculo ardiente sellará.

Y llorosa postrándose á tus plantas
No á tí te mirará, mirará al cielo,
Y en respuesta á tu acento de consuelo
A la Madre de Dios por mí orará.

¡Oh!.... ¡Quién la viera en su actitud sublime,
En las alas tendiéndose del alma,
Por llevar hasta mí la dulce calma
Que el cielo preste en premio á su oracion!

¡Y quién besára su adorable mano
Cuando por fin de su plegaría ardiente,
Derrame con fervor sobre tu frente
Su solemne sagrada bendicion!

¡Oh!.... llegará hasta mí: madre querida,
Tu esperanza y tu fé no será en vano,
Y el signo santo de tu augusta mano
Propicio sobre mí pueda caer.

Y misterioso lábaro, descienda
Del enemigo mundo en la batalla,
Mi corazon como invisible malla
De la traidora suerte á guarecer.

Y apure el mal su copa de amargura,
Y remache sus hierros el destino,
Y en borrascoso eterno torbellino
Despedácese el orbe en derredor.

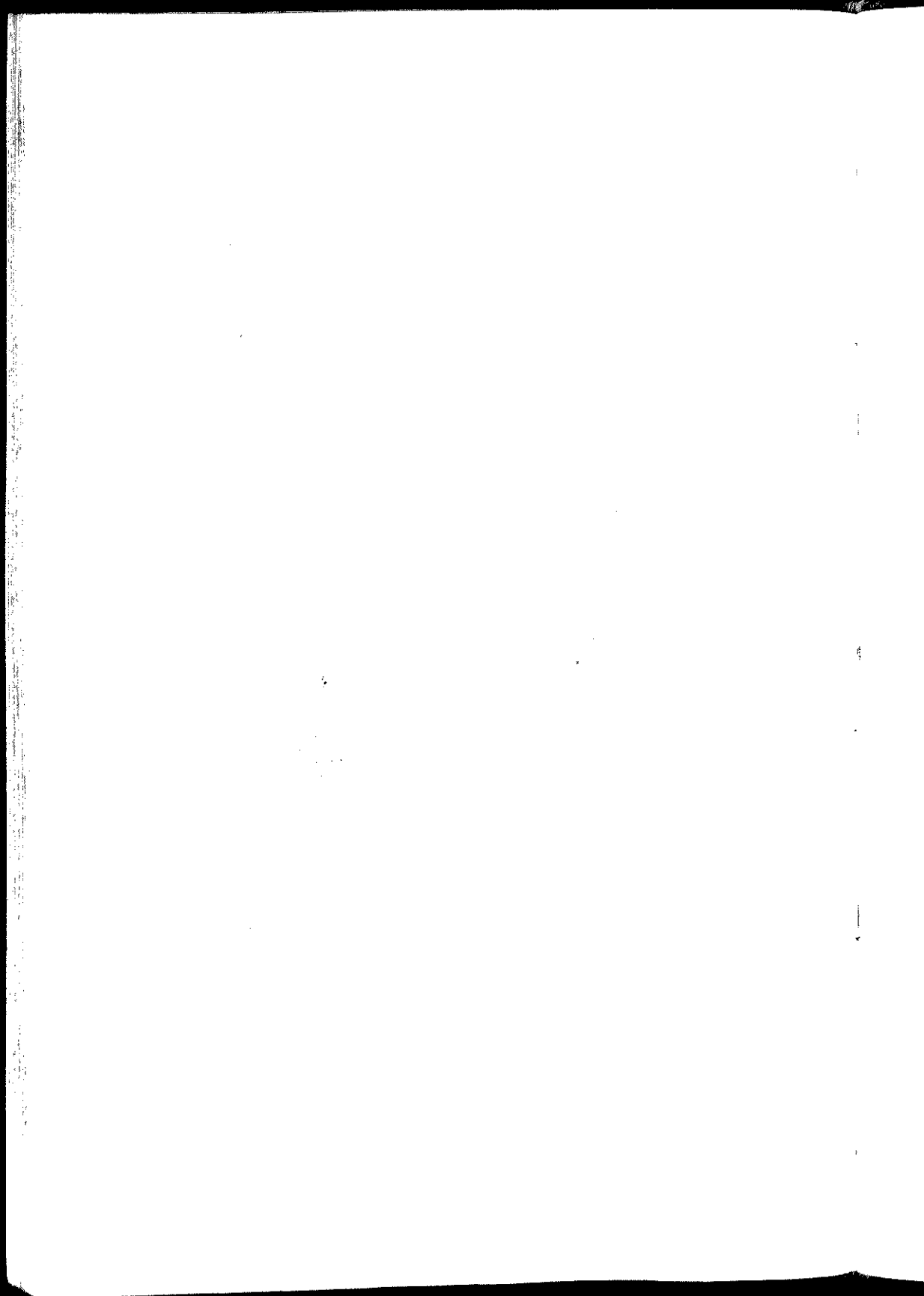
Que en tanto pueda iluminar fulgente
Tu astro de paz mi soledad sombría,
En tanto me bendigas, madre mía,
Cielo habrá para mí, mundo y amor.



A LA G... DE S...

—
EPÍSTOLA.





A LA C.... DE S....

Epístola.



Envuelta ¡ay Dios! en enlutado manto.
Bajo tocas de duelo oscurecida,
¿Qué fuiste, dime, aparición de llanto
Al asomar tu faz sobre mi vida?

¿Qué fuiste en esa playa tormentosa,
 Ancora por el mar de algas cubierta?
 ¿Qué fuiste entre las zarzas, blanca rosa,
 Sobre la cima del peñon desierta?

¿Fuiste algo para mí cuando tu velo
 Transparentó la aureola de tu frente,
 Y entre las nubes de esa noche un cielo
 Dejó á mi vista adivinar fulgente?

¿Fuiste un humano ser, fuiste una hermosa
 Por el mundo ante mí ránda pasando,
 O fosfórica estrella vagarosa
 De mi ilusion la atmósfera cruzando?.....

Yo no lo sé: de esta memoria incierta
 Como en sueño fugaz la imagen pierdo,
 Y vacilando el corazon no acierta
 Al origen subir de este recuerdo.

Solo sé que la orilla de esos mares
 Recorriendo mi planta solitaria
 Sin que ni Dios, ni el mundo á mis pesares
 Oyesen su blasfemia ó su plegaria,

Vació el corazon, la sangre yerta,
Ciega la vista de mirar al cielo,
Causada el alma de esperar incierta,
Pidiendo el cuerpo su sepulcro al suelo,

Alzarse ví entre el alga de esas rocas,
Como sirena que del mar brotára,
Cándida imágen entre negras tocas,
De ébano el cuerpo y de marfil la cara....

Yo estaba triste: en derredor el cielo
Vasto desierto ante mis pies tendiera:
Vos visteis mi dolor bajo ese velo,
Mas ni un suspiro demandé siquiera.

Si vuestro seno le exhaló, lo ignoro,
Y en mi dolor acaso desdeñada,
Os ví llorar, os respondió mi lloro,
Y cayó sobre mí vuestra mirada.

Ni el mirar ni la lágrima era mía,
Ni fué de vos mi vago pensamiento:
Ni yo el dolor de vuestra faz leía,
Ni vos sobre mi faz mi desaliento.

Y veáis mi semblante en vos clavado
Como en lisa pared fija pintura,
Acaso extraño en su mirar, pasmado
De ver sin adorar tanta hermosura.

Érais hermosa, sí: recuerdo ahora
De ese rostro de nácar la belleza,
La blanca frente de arreból de aurora,
La lánguida sonrisa de tristeza.

Recuerdo en esos ojos decaídos
Brotando el fuego en ráfagas radiosas,
Y á los labios volver descoloridos
Blando el reír sus naturales rosas.

¡Ah! sí, érais bella: en la mitad del cielo
La luna sobre el mar da menos brillo
Que vos alzando el enlutado velo
Dando á la luz un rostro de Murillo.

¡Oh! sí, yo le admiré, pero en mi arrobo
Fantasma de mis sueños le creía
Que entre los rayos de la luna al globo
Sobre un grupo de nubes descendía....

Seguí cual si fantástica cruzárais
Las huellas de esos ojos en el viento,
Mas ni aun acaso en mi ilusión lograréis
Que alzara á vos apasionado acento.

Jamás tal vez de esta mirada incierta
Visteis brillando la anublada lumbré,
Y al ver hundida su pupila, y muerta,
Juzgásteis su mirar fría costumbre.

Ni á unos ojos creísteis abismados
En la honda sima ante mis pies pendiente,
Que pudieran posar embelesados
Su vago vuelo en tu argentada frente.

Ni yo de vos creyera que á mi anhelo
Prestárais mas que la apacible calma
De aquel reflejo de la paz del cielo
Que la ideal belleza infunde al alma.

Vos visteis mi quietud: blanda sonrisa,
De compasión acaso y de extrañeza.
Leve agitó como nocturna brisa
De vuestra faz doliente la belleza.

Y belleza y pasión dando al olvido,
Lejos mirando el surco de su rayo,
Por vuestra voz armónica mecido,
Reposé en mi letárgico desmayo.....

Y desperté..... con ráudo movimiento
Buscó las vuestras trémula mi mano;
Busqué tu voz..... y oí rugir el viento,
Y á lo lejos bramar el Océano.

El huracán mi sueño sorprendiera,
Y en su ráfaga audaz me arrebatára;
Y ya no os ví jamás..... de esa ribera
La tempestad por siempre me arrojára.

No: ya no os ví jamás, y en el momento
Que no veros jamás fué mi destino,
Sentí trocarse en paso de tormento
Cada paso mortal de mi camino.

Entonces tarde conocí en mal hora
Que aquel mirar indiferente y vago
El rayo fué de una pasión traidora
Que á espaldas solo fulminó su estrago.

Y entonces ¡ay de mí! desapiadada,
Mas alta y fría que esa inmensa sierra,
Desplomó sobre mi alma abandonada
Su yerta soledad toda la tierra.

Me encontré solo..... en mi dolor profundo
Busqué en vano una sombra de consuelo;
Solo tu sombra ví mayor que el mundo,
Seguir y huir mis pasos sobre el suelo.

Solo esa imagen enlutada y triste
Miro do quier como un mortuorio manto
Que el campo inmenso de la vida viste
Con su color de soledad y llanto.

Y llanto, y soledad, hermosa mía,
Y llanto y soledad eternamente:
Soledad, cuando amaros no creía,
Y soledad cuando os adoro ausente.

Soledad cuando á par de tu hermosura,
En letargo de amor absorto y quieto,
No osaba revelar á tu ternura
De mí mismo ignorado mi secreto.

Y llanto entonces que surcaba en vano
La amoratada tez de mis megillas.
Como inunda sin causa el Océano
Con periódico flujo sus orillas.

Y llanto y soledad mas triste ahora,
Y llanto y soledad eternamente:
Llanto porque os dejé, dulce señora,
Y llanto ¡ay Dios! porque os adoro ausente.

Llanto porque estas lágrimas perdidas
Corren acaso oscuras al Leteo,
Sin esperanza de encontrarse unidas
Con las lágrimas ¡ay! de otro deseo.

Y soledad sin fin porque la suerte
Solo en mi extraño corazón trocada,
De amor la ausencia en desamor convierte,
Y la memoria de mi amor en nada....

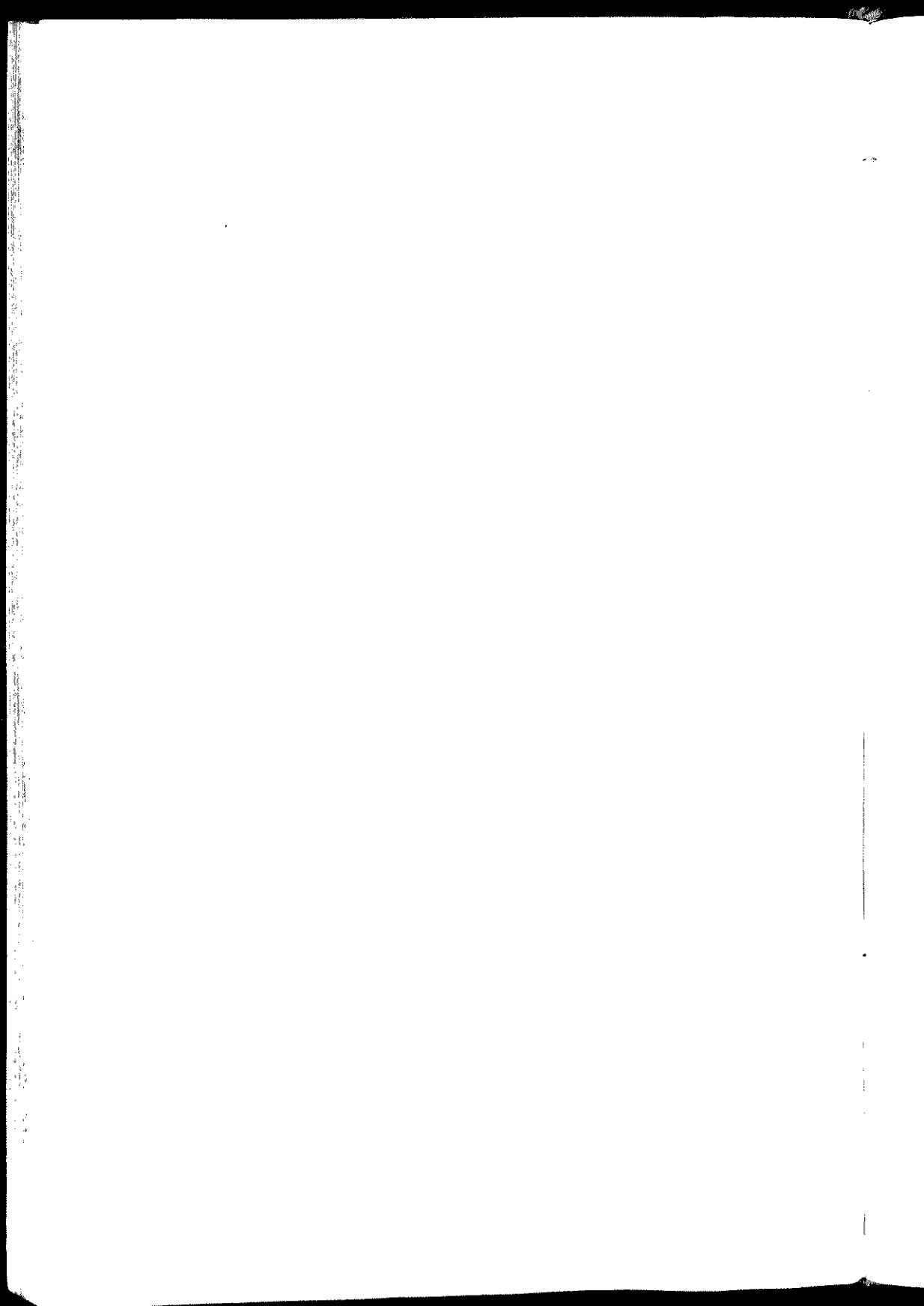
Que nada os quedará: nube ligera
Que á la vista no más cruzando el cielo,
Ni dió sombra á tu frente en la ribera
Ni dió una gota de su lluvia al suelo.

Allá se fué lejana al horizonte
A derramar sus líquidos torrentes,
Y á fulminar sobre el escueto monte
Lejos de tu mirar rayos ardientes.....

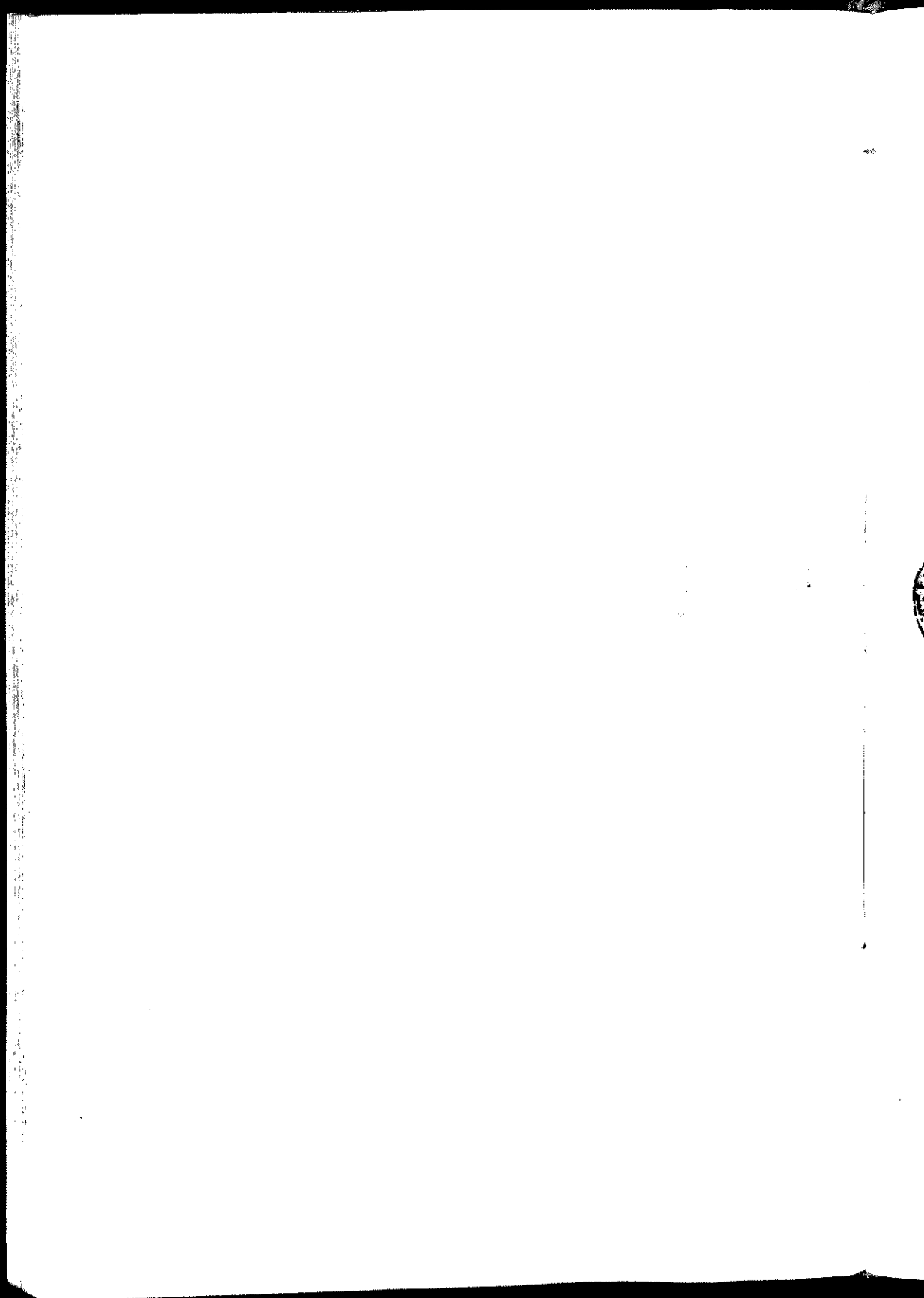
No..... nada os quedará: nunca esos mares
Repetirán al son de su bramido
La voz que endulzó un día mis pesares
Con un nombre también dado al olvido.

Y para mí ¿qué quedará?..... Señora,
Quedaréis vos en mi memoria y canto,
Y quedaráme un alma que os adora,
Y quedarán mi soledad y llanto.





LA SIRENA DEL NORTE.



LA SIRENA DEL NORTE.



Un tiempo fué que la falaz Sirena
Del mar de mediodía
Sobre las rocas de la costa helena
Las naves en el piélago sumía.

Que ya entonces el hado le enseñaba
Al hombre sin ventura
Que también el placer la muerte daba,
Que también es un monstruo la hermosura.

Ya el Egéo tan pérfidos cantares
No escucha, ni el Euxíno.
Cuando la muerte corre aquellos mares,
Truena como el cañon de Navarino.....

Mas felices del Norte las regiones
Aún tienen su cantora,
Que no siempre de crudos aquilones
Domina allí la fúria bramadora.

De aquel mar la Sirena melodiosa
Es nuncio de consuelo:
Cuando ella canta, el pescador reposa,
Las nubes huyen y se calma el cielo.

Vésela entonces parecer ligera
Cual niebla de verano,
O en los bosques vagar de la ribera,
O surcando la espuma de Océano.

Luce á veces cual ráudo meteoro
Sobre el oscuro monte:
O allá, cayendo el sol, cual nube de oro
Asoma sobre el líquido horizonte.

Ora se asienta en el escollo alzado
Que el huracán azota ;
Ora, sobre un vagel abandonado,
A la merced de las tormentas flota.

Busca la vista alguna vez en vano
Do resuena su acento :
Otras tambien la voz del Océano
Su voz asorda, ó se la lleva el viento.

Yo la ví un tiempo en mi natal ribera
De la noche á deshora ,
Tender fulgente en la estrellada esfera
Ráfaga hermosa de boreál aurora.

De allí sus alas cándida agitaba
Cual cisne en su laguna,
Y en el arpa de nácar que pulsaba
Vibrar me pareció rayos de Luna.

Lejano empero á mí sentir huía
Su remontado acento.
Tal vez allá lograban su armonía
Los globos percibir del firmamento....

Y tendió al fin su pavonado manto
La noche del destino
Que me fue dado interpretar su canto,
Y su concierto comprender divino.

Pasado había el áspero bramido
De equinoccial tormenta.
Era ya el tiempo en que el flotante nido
Sobre las ondas el alción sustenta.

La atmósfera brillaba trasparente,
Melancólica y pura,
Cual siempre brilla en la estación doliente
En que su tierno adiós dice natura.

Chispas brotaba de argentada lumbre
Fosfórica la playa,
Y allá se vía en la enriscada cumbre
La hoguera relucir de la atalaya.

Sobre la mar las barcas vagarosas
Del pescador se meren,
Que ora cruzan cual sombras silenciosas,
Ora con mil antorchas resplandecen.

Y el fruto de su afán de cuando en cuando
Cual ufano guerrero,
Sobre el marino caracol soplando,
A las playas anuncia el marinero.

Al pié solloza de la vieja ermita
El buho sus congojas:
La ráfaga de otoño el bosque agita,
Y arrancadas volar se oyen las hojas....

Entonces fué cuando elevó su acento
La escondida Sirena,
Yo no la ví: no revoló en el viento:
No apareció en las ondas, ni en la arena

Allí sonó do escombran la ribera
Religiosas ruínas:
Allí rústico templo un día fuera:
Allí oró el pueblo fiel de las marinas.

Minó la mar sus frágiles cimientos
Al altar de la aldea:
Las ondas derribáronle y los vientos,
Y cubrirá en breve la marea.

Allí se oyó su voz: allí el sonido
De su arpa soberana,
Dulce cual melancólico gemido,
Solemne como el son de la campana.

Eran solo infelices pescadores
Los que su canto oían:
Del puerto los tranquilos moradores
Del primer sueño en la quietud yacían.

Y en tanto yo, cabe una cruz sentado,
Absorto y vigilante,
En vez oí de oráculo inspirado
Que así cantó sencilla al navegante.

«Incierto surcador del Océano,
Que ante su yerma inmensidad perdido
Rumbo buscas al término lejano
Del hemisfério antípoda escondido,
Sigue, sigue atrevido
Tu audáz seguro vuelo,
Y allá en los altos mares te abalanza:
Su inmensa soledad es tu esperanza:
Tu guía está en el cielo.

»Un tiempo fué que el misero marino
Senda en esos desiertos no tuviera,
Y en la noche del mar fué su camino
La cercana estension de la ribera.

Indefensa y ligera
Jamás la débil quilla
De los rudos escollos se alejaba,
Y el primer soplo de aquilon sembraba
De fragmentos la orilla.

»Mil Caribdis entonces abisimosas
De móstruos y terror el mar sembraron,
Y las columnas de Hércules famosas
Las puertas del Océano cerraron.

En vano se lanzaron
Aquellos hombres fieros
A recorrer del orbe los caminos,
Que la tierra en sus ámbitos mezquinos
Los cerró prisioneros.

»La tradición guardó de los mortales
Fama de un universo allá escondido:
Y al recordarle el hombre en sus anales,
Tristemente escribió: *mundo perdido*.

Mas breve fué que henchido
De ignorancia altanera.

Llamar osó quiméricas visiones
A las vastas incógnitas regiones
Do llegar no pudiera.

» Y al fin brilló una noche de ventura
En que, en la erguida popa reclinado
El náuta audaz, interrogó á natura
Sobre el rumbo á los hombres ignorado.
*No, no, clamó inspirado;
Su inmensurable vía,
No en tan estrechos límites se encierra;
No brillará jamás desde la tierra
El fanal de mi guía.*

» De ese desierto inmenso los destinos
Solo otra eterna inmensidad iguala.
De ese Ponto ignorado los caminos
Solo el celeste Océano señala.
*Su bóveda es mi escala;
Allí tiene mi vuelo
Marcadas yá sus rutilantes huellas:
Yo surcare la esfera y las estrellas....
Mi camino es el cielo.*

» Mas ¡ay! que alguna vez negros crespones
Ante su inmóvil faro se tendieron,

Y entre olas de aplomados nubarrones
También los astros náufragos se hundieron.

¿Dó entonces se acogieron
Las pavoridas naos?

¿Quién rasgó de natura el manto denso?
¿Qué antorcha pudo iluminar lo inmenso
De aquel profundo caos?

» ¿Quién sino un Dios entre un oculto cielo
Mediador puede ser y un Océano?

A descorrer su impenetrable velo,
¿Cómo llegára de un mortal la mano?

Preciso fué un arcano:
Pudo en la tierra solo

Un misterio recóndito, profundo,
Marcar el cielo, y revelar al mundo
La brújula y el polo.

» ¿Dó vás? ¿Dó vás, huyendo la ribera?
La ignorancia gritó. ¿Por qué ese cielo,
Por qué ese norte buscas do te espera
La eterna noche y el eterno hielo?....

Y á su imbécil recelo
Impávido el marino
Mostrando alegre el polo refulgente,
He allí, clamó, en la bóveda esplendente
Una estrella, un destino.

*» Hé allí brillar la inmóvil atulaya
De donde vela Dios sobre mi suerte,
Mientras luce estrellándose en la playa
Siniestra espuma de naufragio y muerte.*

*Sus.—Y á su voz mas fuerte
Que el piélago iracundo
El ondulante pavellon alzóse
Y al fin siervo el Océano postróse
Ante el señor del mundo.*

*» Viéronle allá las tierras de Occidente,
Y mas allá le vieron nuevos mares,
Y mas allá volver por el Oriente
Le vieron con asombro en sus hogares.*

*De tormentas y azares
Triunfador en su vuelo,
Sin faules, sin ruta, sin ribera,
Do le plugo llegar, llegó do quiera
Guiado por el cielo....*

*» Deja, deja los riscos espumosos
Marinero, á los fieros huracanes;
Ni esos faros te guien engañosos
Tal vez incendios y tal vez volcanes.*

*La luz de tus afanes
No alumbra en ese suelo,*

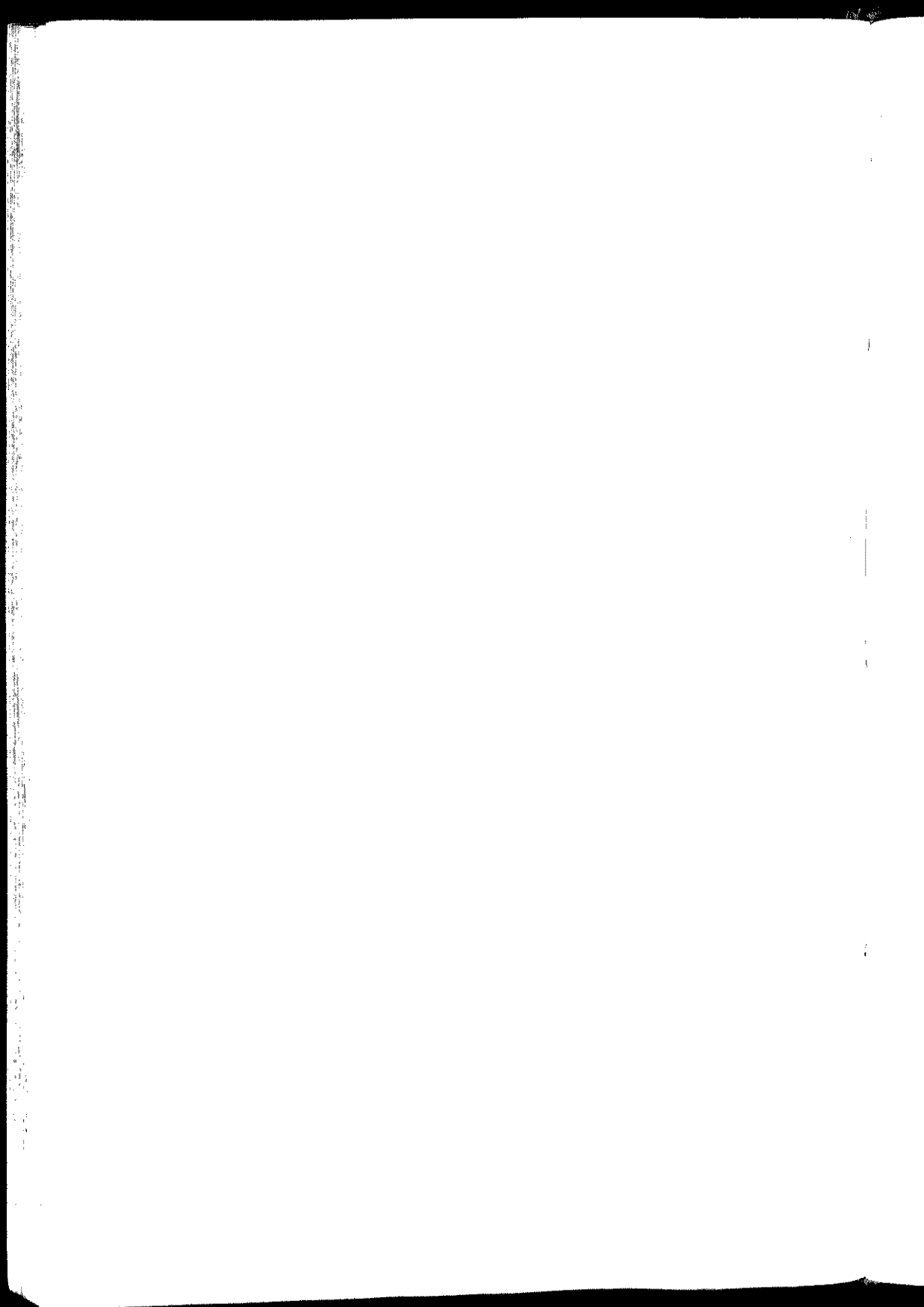
Y allá la busca en mares sin orilla,
Do encendida por Dios eterna brilla
La inmóvil luz del cielo.

» Y tú, infeliz habitador del mundo,
Que en procelosa vida navegante
Tambien ignoras de ese mar profundo
El misterioso término distante.....

.....
.....

Súbita en esto ráfaga del monte
Sopló sobre los mares,
Y arrebató perdido al horizonte
El postrimero son de sus cantares.

No mas oí de la gentil Sirena
El concierto divino,
Sino el tumbo del mar sobre la arena,
Y el bronco son del caracol marino.



À LA LUNA.



A LA LUNA.



Desde el primer latido de mi pecho,
Condenado al amor y á la tristeza,
Ni un eco en mi gemir, ni á la belleza
Un suspiro alcancé.

Halló por fin mi fúnebre despecho
Inmenso objeto á mi ilusión amante
Y de la luna el cónico semblante
Y el triste mar amé.

El mar quedóse allá por su ribera.
 Sus olas no treparon las montañas:
 Nunca llega á estas márgenes extrañas
 Su solemne mugir.

Tú empero que mi amor sigues do quiera,
 Cándida luna, en tu amoroso vuelo:
 Tú eres la misma que miré en el cielo
 De mi pátria lucir.

Tú sola mi beldad, sola mi amante,
 Única antorcha que mis pasos guía,
 Tú sola enciendes en un alma fría
 Una sombra de amor.

Solo el blando lucir de tu semblante
 Mis ya cansados párpados resisten:
 Solo tus formas inconstantes visten
 Bello, grato color.

Ora cubra cargada, rubicunda
 Nube de fuego tu ardorosa frente,
 Ora cándida, pura, refulgente
 Deslumbre tu brillar.

Ora sumida en palidez profunda
 Te mire el cielo desmayada y yerta.
 Como el semblante de una virgen muerta
 ¡Ah!... que yo vi espirar.

La he visto ¡ay Dios!... Al sueño en que reposa
Yo le cerré los anublados ojos:
Yo tendí sus angélicos despojos
Sobre el negro atahud.

Yo solo oré sobre la yerta losa
Donde no corre ya lágrima alguna....
Báñala al menos tú, pálida luna,
Báñala con tu luz.

Tú lo harás, que á los tristes acompañas,
Y al pensador y al infeliz visitas:
Con la inocencia ó con la muerte habitas:
El mundo huye de ti.

Antorcha de alegría en las cabañas,
Lámpara solitaria en las ruínas,
El salón del magnate no iluminas,
Pero su tumba sí....

Cargado á veces de aplomadas nubes
Amaga el cielo con tormenta oscura,
Mas ríe al horizonte tu hermosura,
Y huyó la tempestad.

Y allá del trono do esplendente subes
Riges el curso al férvido Océano,
Cual pecho amante que al mirar lejano
Hierve, de su beldad.

Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantas,
Ese hechizo falaz no es de alegría,
Y huyen tu luz y triste compañía

Los astros con temor.

Sola por el vacío te adelantas,
Y en vano en derredor tus rayos tiendes,
Que solo al mundo en tu dolor descienes

Cual sube á tí mi amor.

Y en esta tierra, de aflicción guarida,
¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?
Del nocturno reposo de los seres

No turbas la quietud.

No cantarán las aves tu venida,
Ni abren su cáliz las dormidas flores:
Solo un ser de desvelos y dolores

Ama tu yerta luz....

Sí, tú mi amor, mi admiración, mi encanto:
La noche anhelo por vivir contigo,
Y hácia el ocaso lentamente sigo

Tu curso al fin veloz.

Paraste á veces á escuchar mi llanto,
Y descende en tus rayos amoroso
Un espíritu vago, misterioso,

Que responde á mi voz....

¡Ay! Calló ya.... Mi celestial querida
Sufrió también mi inexorable suerte....
Era un sueño de amor.... Desvanecerte
Pudo una realidad.

Es ceno ya la esqueletada vida:
No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura
La muerte reyna ya sobre natura,
Y la llaman..... *verdad*.

¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante
El hombre de otros tiempos viviría
Cuando en el mundo, de los Dioses vía
Do quiera la mansion!

Cada eco fuera un suspirar amante,
Una inmortal belleza cada fuente:
Cada pastor ¡ó luna! en sueño ardiente
Ser pudo un Endimion.

Ora trocada en un *planeta oscuro*,
Girando en los abismos del vacío,
Do fuerza oculta y ciega en su extravío
Cual piedra te arrojó.

Es luz de agena luz tu brillo puro.
Es ilusión tu mágica influencia,
Y mi celeste amor ciega demencia
¡Ay!.... que se disipó.

Astro de paz, belleza de consuelo,
 Antorcha celestial de los amores,
 Lámpara sepulcral de los dolores,
 Tierna y casta deidad.
 ¿Qué eres de hoy mas sobre ese helado cielo?
 Un peñasco que rueda en el olvido,
 O el cadáver de un sol que endurecido,
 Yace en la eternidad.....

1830. (1)



AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.



AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.



Cuando sumido en tinieblas
Sus párpados cierra el mundo,
Y en paz los pueblos remedan
La calma de los sepulcros;
Cuando en mi frente clavados
No están ojos importunos,
Y puede elevarse al cielo
Sin apariencias de orgullo;
Cuando no sigue mis pasos
Mirada necia del vulgo,
Que acechar pretende en ellos
Un fin á mí mismo oculto:

Cuando me es dado dar suelta
 Desde el seno en que los hundo
 A los suspiros que ahogo
 Con las lágrimas que enjugo:
 Cuando túrbias las estrellas
 Prestan su brillo confuso,
 Y por parecer mas solos
 No da sombra cuerpo alguno:
 O la luna en el ocaso
 Su disco menguado y mustio
 Esconde, y blanquea el cielo
 Un reflejo del crepúsculo,
 Place á mi dolor entonces
 Abrigarse taciturno
 De la colosal arcada
 De ese gigante acueducto:
 Pláceme inciertos los pasos
 Al pie de su inmenso muro
 Deslizar eucapotado
 Como un fantástico bulto:
 O allá á su extremo sentado
 Mirar sobre el fondo oscuro
 De una poblacion dormida
 Y de un horizonte turbio,
 Cómo en las nubes descuellan
 En festonado dibujo,

Ligeros los mismos arcos
 Que sobre el suelo robustos
 Con veinte siglos de peso
 Quieren aplastar al mundo.....
 Entonces sobre su mole
 Y sobre su edad me subo.
 Y de la tierra elevado
 Cual leve vapor nocturno,
 De otros tiempos y otros hombres
 Razas y pueblos descubro.
 Acalla entonces mi pecho
 Sus suspiros importunos,
 O sorda el agua mugiendo
 Los confunde en su murmullo:
 Que el rumor que por las bóvedas
 Hace el raudal en tumulto,
 Sobresaliendo á compás
 En el silencio profundo,
 Parece el resuello eterno
 De un pueblo entero difunto,
 De una raza de gigantes
 Dormida en aquel sepulcro.....
 Y cercado de tinieblas
 Como el monumento augusto.
 Alzando bronceo mi acento
 Sobre su acento confuso.

Estrellando entre sus arcos
Mi voz, creyendo en mi orgullo
Que de su sueño de piedra
La inmóvil paz interrumpo,
A solas con el coloso
Le interrogo y le conjuro.

Obra gigante de gigante raza,
Portento de la tierra y de los hombres,
Que por más noble inmemorial los nombres
De tu artífice ignoras y tu edad.

Rúbrica colosal que un pueblo eterno
Estampó con su planta soberana,
Arco del triunfo que en su audacia insana
Sobre el tiempo alcanzó la humanidad.

Puros en vano en tu horadada cumbre
Los raudales benéficos deslizas,
Que en la antigua ciudad que immortalizas
Vierten vida á torrentes y frescor.

De ese raudal, los hombres al nombrarte,
Cual si por él no fueras, se olvidaron
Y *Puente* un siglo y otro te llamaron
Puente no más tu pueblo admirador.

Que un puente fué la colosal empresa
Del que asentó robusto tu cimiento,
Puente so el cual pasara turbulento
De mil generaciones ancho el mar.

Puente sobre el abismo de los tiempos
Por la mano del hombre suspendido,
Que á un porvenir podrá desconocido
Un pasado recóndito enlazar.

Viera la tierra ya los anchos ríos,
Aún de inmenso diluvio rebramando,
En cáuce estrecho á su pesar entrando,
Del hombre al yugo su torrente uncir.

Y á esos seres de un día, triunfadores
Viera ya de las olas y los vientos,
Al Océano mismo en sus cimientos
Con cadenas de diques reprimir.

Ya el Eufrates y el Tigris domeñados
Sufrieran de Babel torres y puentes;
So altas moles doblaban reverentes
Eajo y Danubio la vencida sien.

«Raudos empero mas, un pueblo dijo.
«Y en su ciego rodar devastadores,
«Del hombre mismo corren los furores.
«Yo sobre ellos un puente haré tambien.

» Y sobre las oleadas de otros pueblos,
 » Y sobre sus tormentas y avenidas,
 » Probemos en cien arcos esculpidas
 » Las huellas á estampar de nuestros pies.
 » Y que pasen las razas venideras
 » Bajo el trofeo que su frente abruma,
 » Sin dejar ni las manchas de la espuma
 » Que salpiquen en él dando al través.

» Y por diadema de su sien altiva
 » Que perenne y fugaz orle su frente,
 » Raudal fecundo que sus siglos cuente,
 » Cual péndola inmortal de ese reló.
 » Y que al compás de su mudanza eterna
 » Su duracion robusta se acrisole.”
 Dijo, y alzando tu soberbía mole,
 A un tiempo río y puente construyó.

Y tus gigantes arcos se estendieron.
 Y en su cima las aguas resbalaron,
 Y los siglos vivieron, y estrellaron
 En tus pilares su rugir feroz.

Y tú en silencio inmoble los miraste
 Bajo tus plantas humillar su orgullo.
 Pasar, y de tus aguas el murmullo
 Ahogar solemnue su soberbía voz

¿Quién sabe lo que viste de esa altura?
¿Quién leerá los anales de tu historia?
¿Quién pudiera á su frente la memoria
De esa frente maciza trasladar?

¿Quién sabe si á los hijos del Oriente,
Poblando estas incógnitas orillas,
De Ninive y Babel las maravillas
Plugo en imágen noble reflejar?

¿Quién si de ilustre sociedad perdida
Allá en la noche de los siglos densa,
Tus grandes restos, y de ciencia inmensa,
Y de un arte magnífico serán?

¿O si en bárbara edad animó el cielo,
Con poderosa inspiracion altiva,
El brazo de esa raza primitiva
Que solo el nombre nos dejó de Hispán?

¿Quién nos dira si el aguilá de Roma
Humilló á tu grandeza su arrogancia?
¿Si acaso asoladoras de Numancia
Acampó sus legiones á tus piés?

¿O si Viriato y su indomable hueste
Cayendo de los cerros carpentanos,
En tu bóveda osó de sus tiranos
Colgar en triunfo el arrancado arnés?



Si te hallaron ya en pie, ¿qué te dijeron
De la ciudad eterna los señores?....
Que envidiosos de ser tus fundadores,
Cual hijo te adoptaban imperial.

Y dejaron dudando á las edades
Si ellos sellaron con tu planta el suelo,
O si fuiste mas noble, alto modelo
A su familia de obras colosal....

Y mas tarde de pueblos la marea,
Que á renovar la humanidad esclava
Al áustro el Norte vengador lanzaba,
Desbordado en inmensa inundacion

Paró á tus pies, y el génio de sus triunfos
Señaló á su furor otro camino,
Porque instrumento del furor divino
No leyó sobre tí su maldicion.

En reflujo espantoso el Mediodia
Revolvió sus falanges y escuadrones,
Y viste desplegar sus pabellones
A tu sombra a los hijos de Ismaél.

Mas al probar su alfange en tus pilares
De la sed del desierto se acordaron,
Y ese raudal benéfico adoraron
A quien sirves de altar y de dosel.

¡Cuántos despues sangrientos y feroces,
Cuántos pueblos cobardes ó livianos,
Cuántos gigantes á tus pies enanos
Estrelló imbécil una y otra edad!

¡Cuánto acento y rumor, gritos é idiomas
Asordaron la voz de tu murmullo!.....
¡Hoy sobre los sepuleros de su orgullo
Solo anima tu voz la soledad!.....

Sola tu voz quedó de tantas voces,
Y solo tú de tantos monumentos
Que el humano furor con sus cimientos
O el brazo del Eterno niveló.

Y al terremoto que aplastó los montes
Sobre las huellas de Babel borradas,
Sobre Tiro y Tadmur desamparadas
Tu pedestal sencillo no tembló.

Sopló la ira de Dios, y torres, muros,
Plazas y circos, pórticos y altares,
Alcázares, castillos y alminares
Dobláronse cual cañas, de un vaivén.

Ni defendió sus santos mausoléos
La muerte misma en su recinto helado.
Ni quiso Dios del surco del arado
Libertar su santuario de Salém

Pero á tí sí, que el agua de los cielos
Viertes fecunda en la mansión del hombre,
E igualas, sin curar de raza y nombre,
Al rico y pobre en tu precioso don.

A tí plugo al Señor en su venganza
Olyidar cual recóndito tesoro....
Eterna providencia, yo te adoro :
Tú eres, obra gigante, su padron.

Tú estás ahí para ensalzar su nombre,
Tú estas ahí para cantar su gloria,
Tú estás ahí para vengar la historia
Y proclamar severa una verdad.

Tú ahí quedaste á revelar al mundo
Lo que los hombres de otros tiempos eran,
Y á confundir los hombres que quisieran
Ostentar hoy su estéril vanidad.

Que decirles te es dado:— "Raza imbécil,
»Gárrula eleva efímeros escombros,
»Nunca mas que á la altura de tus hombros,
»Nunca mas que á tu rápido vivir.

»Y sin fé el corazon, sin cielo el alma,
»Tímido y bajo de tu mente el vuelo,
»Solo á arrastrarte ráudo por el suelo
»El humo de tu ciencia haces servir.

«Do es nada el corazon, muerte se crea,
 «Y polvo cuando es polvo el pensamiento.
 «Quien elevó á las nubes mi portento,
 «Su espíritu elevaba mas allá.
 «Y era mas que un mortal el sér gigante
 «Que en el mundo tan grandes y tan bellas
 «Pudo estampar las portentosas huellas
 «Que pie de otro mortal no borraré.” —

No, no las borraré: podrá insultante
 A esos siglos llamar bárbaros, fieros,
 Y esos siglos en pie verán severos
 Mas que tu agua su acento huir veloz.
 Y de lo alto verán de esos pilares
 Disiparse á sus pies su vano orgullo,
 Pasar, y de tus aguas el murmullo
 Ahogar solemne su blasfema voz.

¡Ay!..... pasaremos, sí: de nuestra nada,
 ¿Qué podremos dejar á nuestros nietos?
 Escombros, cementérios, esqueletos,
 Padron de esta sangrienta bacanal,
 Do en breve sobre un suelo de cenizas
 Podrá, vagando atónito el viagero,
 Romanas piedras encontrar primero
 Que el polvo de esta raza criminal.

Hémos aquí del cielo maldecidos,
Que á acelerar el triunfo de su saña
Nos da el tiempo y la muerte su guadaña
En vértigo infernal de destruccion.
Y ruinas, sangre y mortandad cruzando
Al ébrio profanar de un sacro nombre.
La ley del cielo y la razon del hombre
Arrastramos á un mismo panteon.

Hémos aquí. Posteridad tremenda,
Tú te alzarás, y en tu robusta mano
La fuerza imbécil de este siglo enano
En tu balanza pesarás fatal
Con los gigantes que en jugar grandioso
Con piedras al descuido y sin cimiento,
Al agua á devorar dieron, y al viento
Y á nosotros tambien su obra inmortal.

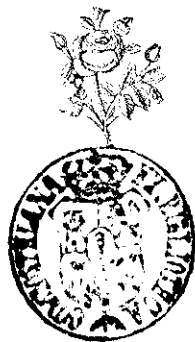
Ellos fundaban en el aire rios:
Ellos colgaban de las nubes puentes
Que eternos las hicieran sus torrentes
Sobre los hombres pródigas verter.
Y nosotros tambien montes alzamos....
De ruinas y de piedras sepulcrales,
Y sobre ellos despues anchos raudales
De sangre hacemos bárbaros correr....

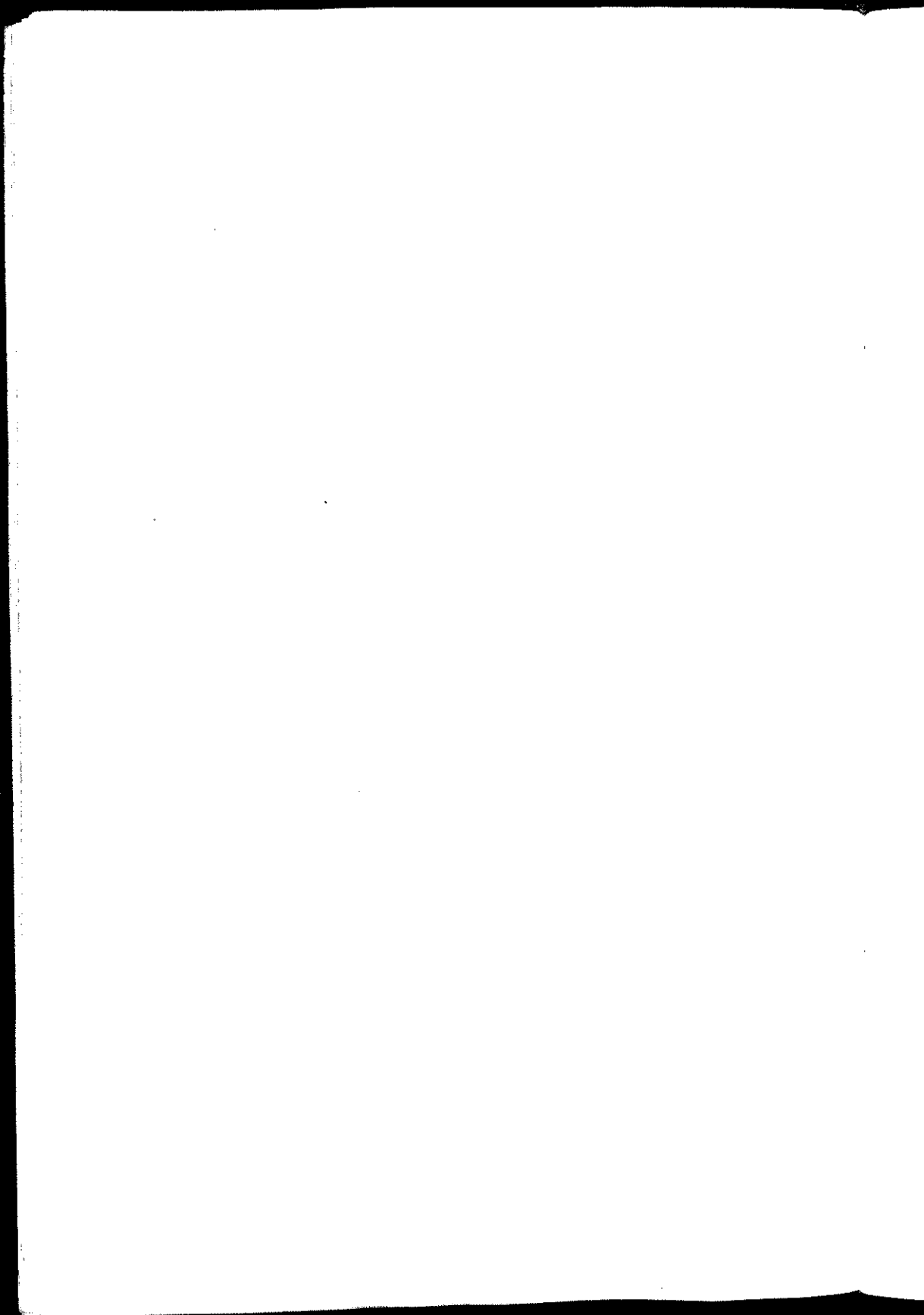
Y en tanto tu, sagrado monumento
Sordo á nuestros estúpidos clamores,
Nuestra impotente rabiá y sus furores
Como agua de turbion oirás crugir.

Y cuando el mundo ya no sepa el nombre
De este siglo decrepito é infecundo,
Acaso puedas abrumar al mundo
Con un nombre que aguarde el porvenir.

Díselo, sí: los pueblos venideros
En tí lean el nombre soberano
Del pueblo que te alzó, y en humo vano
El nombre nuestro espárzase veloz.

Rie, si hoy á tus pies brama cual trueno
Entre montañas: su impotente orgullo
Pasará, y de tus aguas el murmullo
Ahogará al fin su tormentosa voz.





VIE ET MORT.

NOTA.

La composicion que sigue no se publica para leerse en Francia. El autor está bien persuadido de que sus versos no lo serán para oídos franceses, y de que sus compatriotas comprenden toda la dificultad de hacerlos en un idioma extranjero, sobre todo cuando no se ha escrito en el ni una carta de cuatro líneas.

Escritos para una persona amante de la literatura de aquella nación, el autor solo los publica para ella, como un homenaje debido á un bello talento, y como la única ofrenda que le es dado consagrar á una eterna e indelible memoria.

VIE ET MORT.

~~~~~  
Yo no halló placer en la vida,  
y tengo miedo á la muerte.

*(Valdés de la persona a quien fuere,  
del cap. 1.º a 125.º.)*  
~~~~~

Oh! le mot est horrible, c'est un cri d'agonie:
C'est l'arrêt du destin, c'est l'oracle du sort.
C'est l'abyme sans fond; le néant de la vie.
Et l'horreur de la mort.

Oui; j'ai cru quelquefois ce funeste anathème
L'entendre murmurer dans les échos du soir:
Mon cœur le rejeta comme le cri blasphème
Du sombre désespoir.

Mon cœur le répéta, mais honteux de son crime,
Avec son doute amer il enferma ce mot:
Mon cœur ne croyait pas tout être une victime,
Tout accent un sanglot.

Il osait espérer!.... La beauté, l'innocence....
Elles furent pour lui et l'espoir, et la foi:
Oh mabelle, il comprit le vrai de l'existence
En passant près de toi.

Et fut là ton regard sa céleste lumière.
Le doux teint de ton front fut l'aube de son jour.
Ta pensée fut sa vie, ton bonheur sa prière,
Ton âme son amour.

Et je voulus aussi de céleste harmonie
Ménivrer dans la voix de ton tremblant soupir.
Tu parlas,—je frémis.—Depuis lors (je t'en prie)
Faut-il vivre ou mourir?....

Ni la vie, ni la mort.—Voilà donc le mystère....
 Mais tu n'as plus toi-même si désolante foi;
 Tu parlas en Pythie au fond du sanctuaire;
 Mais l'oracle est pour moi.

Non, ce n'est pas pour toi cette nuit si profonde,
 Elle n'est pas pour toi cette coupe de fiel;
 Pour toi, brillant esprit, qui planes sur le monde
 T'envolant dans le ciel.

Non, ce n'est toi, mon ange, brillante de jeunesse,
 Parfumée d'innocence, rayonnante d'amour:
 Ce n'est toi qui pourrait plonger dans la tristesse
 Du terrestre séjour.

La vie coule pour toi en longs flots de lumière,
 Et sur ce front où luit le sourire des cieux,
 Rien que l'ombre d'azur de ta longue paupière
 Nombragera tes yeux.

D'un éternel printems brillera sur ton âme
 Le ciel toujours serein, et l'émail de ses fleurs,
 Sans qu'y roule l'été son tonnerre de flamme,
 Ses nuages de pleurs.

Non, il n'est que pour moi le jour sombre d'orage,
Elle fut pour moi seul l'aveugle nuit d'horreur,
Qui poussa dans les flots d'une mer sans rivage
Le bateau de mon cœur.

Dès lors je n'ai pas vu ni le ciel, ni la terre;
Ni le jour m'éclaira, ni le phare du port,
Et je demande en vain dans ma nuit solitaire
Ou la vie, ou la mort.

Ni la mort, ni la vie..... ah! Qu'est-ce-que de vivre
Oh mon ange adoré, si ma vie c'était toi?
La mort.... eh bien.... la mort qui de toi me délivre,
Me glace aussi d'effroi.

Ni la vie, ni la mort..... sur ce désert de sable,
Vide ou rempli de cendre, mon être est un tombeau:
L'épithaphe y manquait, et le mot qui m'accable,
Tu l'y gravas.—C'est beau.

.....
Mais on dit que souvent l'on voit au cimetière
Un ange dans la nuit assis sur un cercueil,
Y pleurant quelquefois ses larmes de lumière
Sur un marbre de deuil.

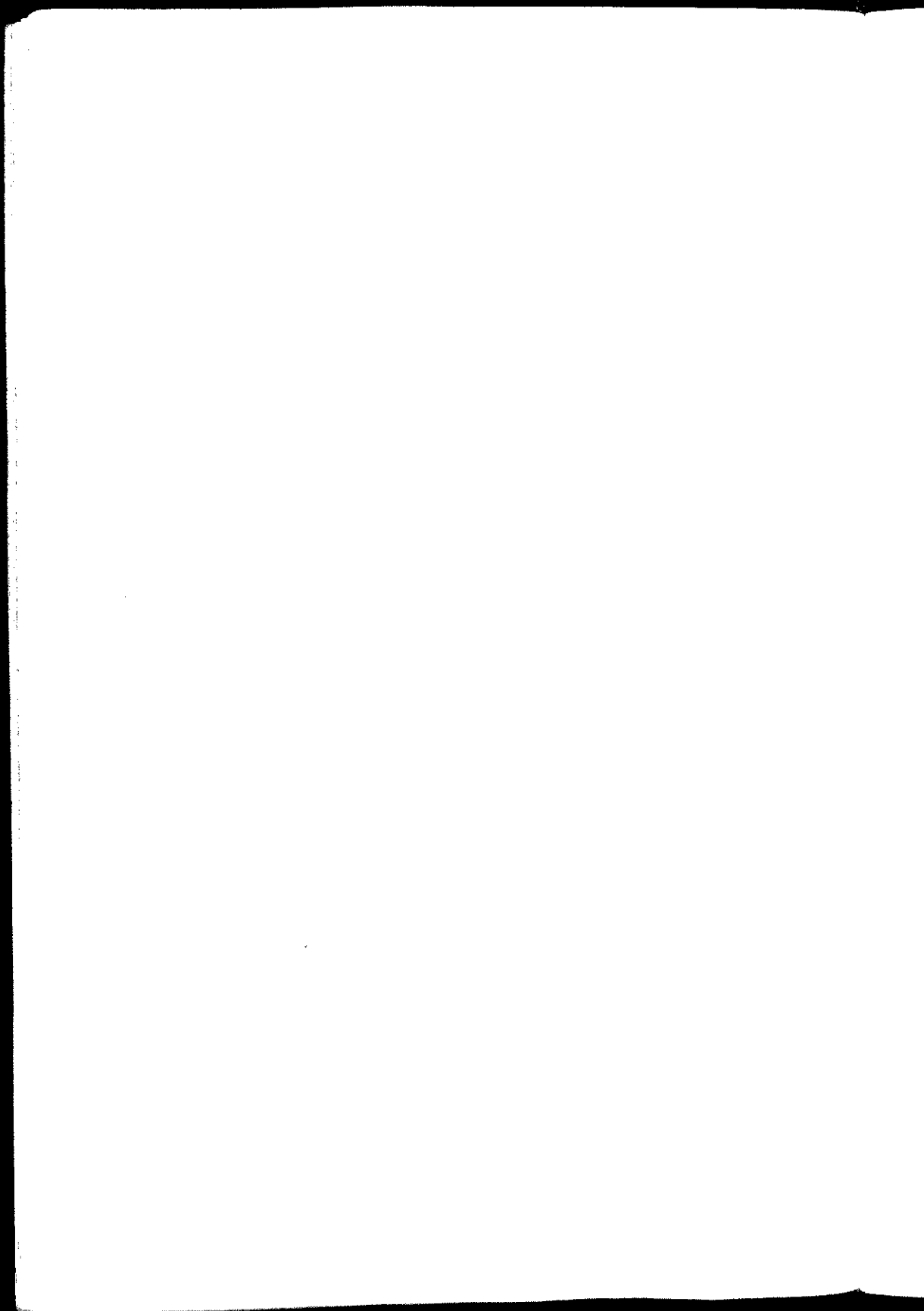
Hélas! si dans l'essor de ta pure jeunesse
 Fatiguée dans ton vol, de calme et de bonheur.
 Aussi veux-tu goûter une heure de tristesse
 Pour soulager ton cœur:

Belle apparition, viens, descend dans mon âme:
 Viens, voici le tombeau où tu pourras t'asseoir:
 Répands dans l'ombre au moins les clartés de ta flamme
 Sur un marbre aussi noir.

Brille au moins sur l'horreur de ma nuit éternelle
 Un moment de ton front l'auréole étoilée,
 Couvre de la poussière de l'émail de ton aile
 Ma carcasse brûlée.

Oh! viens..... du crépuscule en rayon, ou d'aurore
 De ce tombeau vivant visiter le séjour:
 Arrose, je t'en prie, le feu qui y brûle encore
 D'une larme d'amour.

Et puis.... je n'en veux rien.... pur et charmant génie,
 Je n'ose rien de plus demander à mon sort,
 Mais du moins rends-moi le désir de la vie,
 Ou l'amour de la mort.



A D. JOSE ZORRILLA.



A D. JOSÉ ZORRILLA.

Poeta, ven, y cantemos
A una voz nuestros amores
En un arpa los lloremos,
Que bien cobijarse vemos
A un árbol dos cuñados.

(D. José Zorrilla al autor.)

No, poeta, no mas en arpa triste
Cante de amores lánguido un acento.
Que á commover la tierra recibiste
Y su eco á trasladar al firmamento.
Quebranta el voto que á mi duelo hiciste:
Dale cual yo con nuestro amor al viento:
Desdeña un árbol, y á tus trovas bellas
La copa busca de un pensil de estrellas.

No, poeta, no mas cantar amores
 Leve flor de una aurora de la vida
 Que ni del sol resiste a los ardores.
 Ni del cierzo á la ráfaga aterida.
 Brota sobre este tróncico de dolores.
 Y aunque fragante á veces y encendida
 Al primer soplo del mundano aliento
 Secas sus hojas desparrama el viento.

No ¡ay de mí! ruiñeñor en los rosales
 Ni entre los mirtos amoroso anido.
 Hijo del mar, sus rocas y arenales
 Me dieron su tristeza y su gemido.
 El cierzo y los contrarios vendavales
 Fué el céfiro en mi cítara mecido.
 Mi césped blando y mi musgoso lecho
 Verdosas algas y marino helecho.

Dejemos ¡ay! en su inocente sombra
 Los pájaros dormir, y en sus arrullos
 Dejemoslos gozar sobre esa alfombra
 Entre aromas, y brisas, y murmullos.
 Que esa senda que el cielo les escombra
 De musgo, y grama, y flores, y capullos.
 La cumbre no es do al hombre peregrino
 Sobre el mundo a trepar lanzó el destino

Y dejemos tambien esos volcanes
Allá en las nubes disipar su hoguera:
A esas almas batidas de huracanes,
Dentro fuego voraz, témpanos fuera.
Esa zona de horrores y de afanes
Do nunca claro el sol se reverbera,
Sino á través de impuros nubarrones
Que alzan negras del alma sus pasiones.

Y arrojemos por fin sobre la arena
Ese laúd de estériles dolores
Do, rotas yá las cuerdas, ronco suena
Sordo el bordon no mas llanto y furores:
Y en vez del arrastrar de esa cadena
Levantemos la voz, libres cantores,
Alta y robusta que la escuche el suelo,
El mundo sin rubor, sin ira el cielo....



Ese mundo.... héle allí que se levanta
Con su millon de bocas de gemidos,
Lanzando de blasfemias y alaridos

Un rugido feroz.

Héle allí con sus pompas y miserias,
Sus guerras, sus cadalsos y sus leyes,
Su libertad, sus pueblos y sus reyes....

¿Quién oirá nuestra voz?....

Que ¡ay! no la edad vivimos venturosa,
Que soberano del desierto el hombre
Con sus cantos poblaba y con un nombre
Su virgen soledad.

O cuando á un pueblo ante un altar fue dado
Con una sola inspiracion y acento,
Unísono elevar al firmamento
El himno á su deidad.

Ya no existen ni templos, ni desiertos:
Naturaleza y religion pasaron:
Solo los hombres míseros quedaron,
Su mundo y su razon:

Pues contra el mundo y su razon tronemos,
Aunque á sus ojos de esa edad pasada
Podamos parecer desenterrada
Tremenda aparicion.

No importa, no, que en la Babel erguida
Que hacina con volúmenes su ciencia,
De lo alto nuestra voz su inteligencia
Ostente desdeñar.

No así en la escelsa socavada roca
Desdeña sorda el águila marina
El gemir del alcion que vaticina
Los furores del mar.

Mas no gemir: la humanidad no muere:
Bajel que Dios construye no naufraga:
La noche cierra y la tormenta amaga.

Pero el norte allí está.

Un esfuerzo; una voz, y el marinero
Podrá vogando saludar la aurora
Del que en su afán desesperado implora
Día que al fin vendrá.

Y reanime su luz al que esqueleto
Quedó de un pueblo helado en su camino:
El ardor de esa fé brille divino

Que apagó duda infiel.

Pueda Judá los esparcidos huesos
Entre el polvo evocar de sus difuntos,
Y alzarlos vivos del sepulcro, y juntos
Al soplo de Ezequiel.

Sí: muerta está en el campo y corrompida
La sociedad de Dios abandonada:
Sobre el polvo cayó desesperada
Sin vida y sin calor.

Su vida y su calor eran del cielo.
Virtud y religion eran sus lazos,
Y los osó romper, y hecha pedazos.
Ved sus restos de horror.

Miradla ahí arrastrando entre ruínas
Fria serpiente que el Señor condena,
Ú, hozando en los cadáveres cual biena,
Muerte y polvo pastar.

Miradla yá, que en su postrer congoja
De un templo sin techumbre hace su nido,
O vá á enroscarse al pedestal hendido
Del apagado altar.

Templos, altares, tronos y ciudades
En escombros los vándalos hundieron.....
Y ¿dó está la mansion que construyeron
Con su ariete infernal?

¿Dó se levanta la ciudad atea?
¿Dó está tu trono, pueblo soberano?
¿A qué frente rodó de tu tirano
La diadema imperial?.....

Esclavo siempre, la cadena al cuello,
Rompes el seno á la fecunda tierra
Sin que el tesoro que madrastra encierra
Sea premio á tu sufrir.

¡Oh! esa tierra que cavas no te dieron,
El cielo en que creías te robaron,
Y las puertas del templo te cerraron
En que orar y gemir!.....

Hambre y sed tiene el hombre en el desierto:
Corra un raudal por sus arenas de oro,
Y á su murmullo mezclara sonoro
Su eco nuestro laúd.

Y á nueva y santa prometida tierra
De amor y paz y libertad le lleve,
Do ley de eterna religion renueve
Su vida y juventud.

Verás entonces cuál bañada en lloro
Su vista al cielo con fervor levanta,
Y en pos su vista remontar su planta
Al éter inmortal.

Verás si el trono que en la tierra en vano
Reclamó altivo á sus antiguos dueños
Trocar quisiera por los ricos sueños
De ese trono ideal.

Veras cómo, las nieblas disipando
Y el hielo de su noche el pensamiento,
Se abre á la luz del claro firmamento
Sobre su ancha raíz.

Y ansioso girasol, sigue los rayos
De ese astro eterno que en su empírea cumbre
A las terrenas plantas dá su lumbré,
Su perfume y matiz.

Y al fin verás la estúpida mirada
 Que en un sepulcro pretendió vacío
 Todo abarcar el porvenir sombrío
 De su honda eternidad,
 Ardiente alzarse y reflejar radiosa
 Ese sol de vivir, que en su occidente
 Opuesto el iris deja ver fulgente
 De la inmortalidad,....

Mas si rico el tesoro de esperanzas
 Guardar nos place al postrimer momento:
 Si aun de ese soplo que arrebató el viento.
 Y la vida con él,
 En aromosa brisa de ventura
 Nos place detener el torbellino,
 Descuelga el arpa, trovador divino,
 Yo avivaré el pincél.

Y sobre el negro fondo de dolores
 Que aún en su infancia al hombre cubre ahora,
 Leve el trasluz de su cercana aurora
 El mortal pueda ver.
 Pueda en su cuna de dolor postrada
 La triste humanidad alzar la frente,
 Rayar mirando en el purpúreo oriente
 Dorado amanecer.

Es el carro de Dios.... amor le guía:
 Vuelve glorioso á redimir al mundo,
 El caos antiguo á disipar profundo
 De mal y esclavitud.

Viene á ceñir su túnica á la Esposa,
 A orlar su sien de perlas y de flores,
 Con soplo ardiente á fecundar de amores
 Su eterna juventud....

¡Oh!.... Cantemos el himno á ese himeneo:
 Repita el mundo su eco melodioso,
 Y en paz espere el porvenir glorioso
 Del terrenal Edén.

É infúndaos la fé de nuestras almas
 Con tonos de tan mágica armonía,
 Que circunde una aureola de ese día
 Nuestra inspirada sién.

Y vendrá.... vendrá el Tártaro y sus penas,
 Y la horrisona Gehenna de gemidos,
 Como á un conjuro á nuestra voz reunidos,
 Su grito á enmudecer.

Y en sus cavernas lóbregas el eco
 Repita en breve acorde á nuestro canto:
 «Miseria humanidad, enjuga el llanto:
 »Tu ley será el placer....»

Mas mi canto ¡ay de mí! que en mi esperanza
Vibrar ya oía en sonos allagüeños
Dichosa acelerando la mudanza
Que vió mi mente en dias mas risueños,
Hoy, dulce amigo, á reflejar no alcanza
El esplendor de mis brillantes sueños,
Y en esfuerzo precoz desfallecido
Antes de oirse pasará perdido.

Tambien cubrió con su capaz mi frente
La nube de dolor que envuelve al mundo:
Sopló tambien sobre mi fé luciente
La duda de Satán su hálito inmundo:
Nada quedó de mi entusiasmo ardiente
Mas que el recuerdo por mi mal profundo
De esa vision de gloria y de poesía
Que ¡ay!..... me arrancó un suspiro de armonía.....



Mi voz se agotó ya: tardo el aliento
En murmullo apagado se evapora:
Sopló una noche abrasador el viento,
Y yermo el campo se encontró á la aurora.
Radiará en vano puro el firmamento
Luz á torrentes dando brilladora,
Que mudo y ciego el ruiseñor sin nido
Lanzará en breve su final gemido.

Oh tú, que inagotables de armonía
 Abrigas en tu pecho manantiales
 Que el mismo Dios como las fuentes cria,
 Y suelta al mundo atónito en raudales:
 Tú á quien en su concierto envidiaría
 El coro de los genios celestiales,
 Tu hosanna alzando de uno al otro polo.
 No conmigo ¡ay de mí!.... canta tú solo.

Mas que el mundo tal vez desencantado,
 Mas que él sin fé, mi corazón se ahoga,
 Mas que el siglo del bien desesperado,
 Puerto no vé sobre la mar do voga,
 Y la tormenta de arrostrar causado
 Soltara acaso la amarrada sogá,
 Si entre el rugir del huracán no oyera
 Ráfagas de tu voz cruzar la esfera....

¡Oh! mas que al mundo para mí nacido,
 A mí esa voz de salvacion se tienda,
 No él acaso en su caos confundido
 Al vano esfuerzo de tu canto atienda.
 Para siempre en su error adormecido
 No despierte á su son, ni le comprenda,
 O en desacorde horrible á su armonía
 Llore á tus risas y á tu llanto ría.

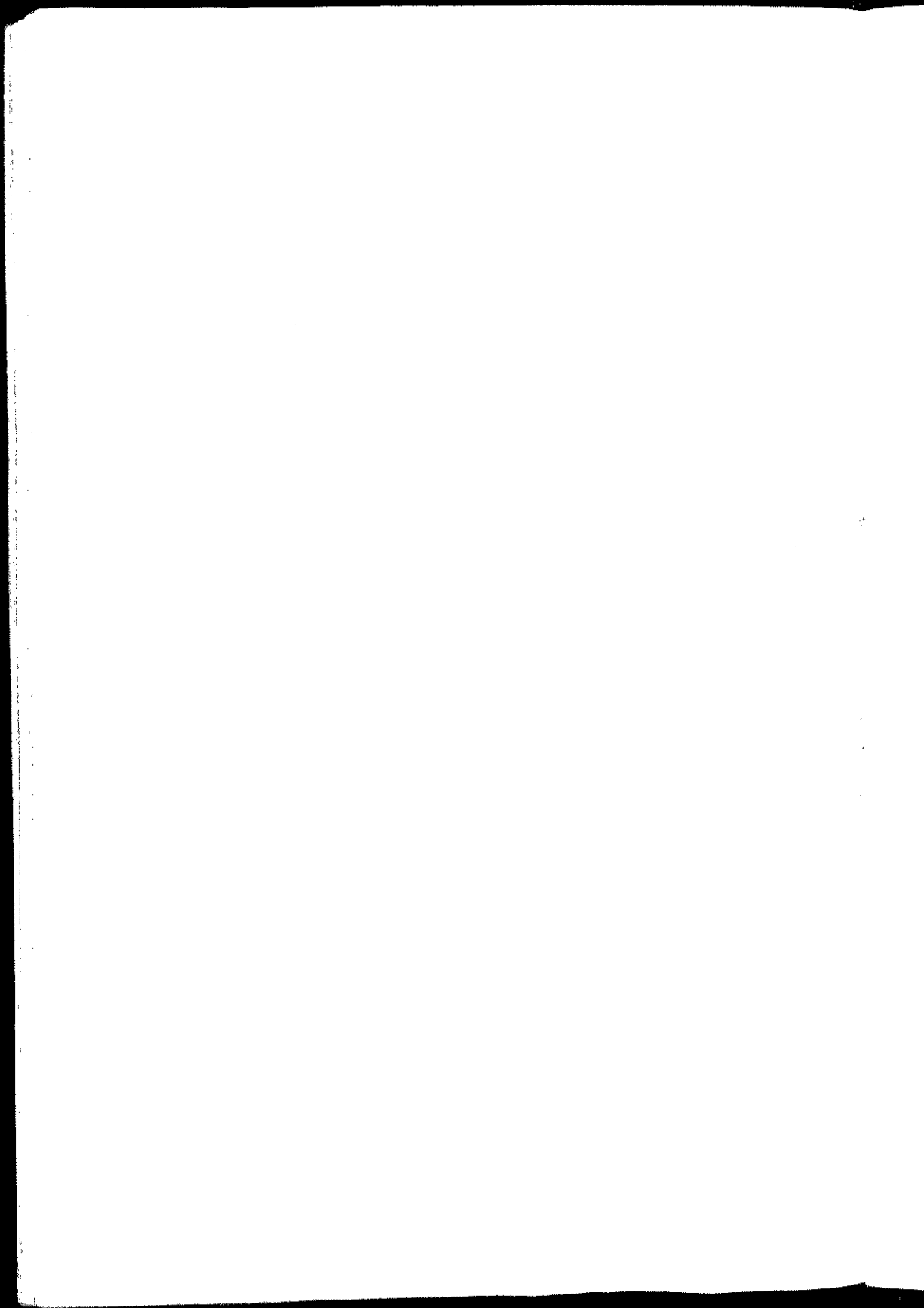
A mí aun me deja de esa edad que lloro
 Un eco el corazon, que ya no es mio:
 Viejo instrumento que vibró sonoro
 Yace sin cuerdas sobre el polvo frío.
 Solo aún repite de tu alambre de oro
 Sordo unísono el tono en su vacío....
 Mas cuando mayo con sus flores vuelva
 Ya te oirá solo, ruisenñor, la selva.



UNA CITA.



ANÉCDOTA.



ADVERTENCIA.

Por lo tanto, estamos en condiciones de afirmar que el comportamiento de las especies en las praderas de El Estero de la Virgen de los Andes está influenciado por los cambios de temperatura y humedad de este pequeño cuerpo de agua durante el año. Siendo así, el período de mayor actividad de las especies se determinó en el verano, es decir, en los meses de mayo, junio y julio, cuando la luz solar es la más fuerte y la temperatura ambiente es la más alta.

[illegible]

A pesar de un continente tan vivo y tan poderoso, el amor de estos versos no tan guiso ha podido conseguir es las vientes a tan tierna memoria, y sin embargo los había hecho. Asiente muy pocas cosas de aquel delicioso momento, y agotado de los puros y otros, vive una agitación y felicidad que le hace volver los ojos con melancolía a una pupila de la que causa por forma la suspensión, mil veces por un grupo de flores, y reflejado otras tantas de metros en las tormentas de su corazón las horras con de aquí, mirando a grandes arrastraron al sueño de su infancia. No pudo de que cantar alguna vez estos recuerdos, y de consolar con estos melancólicos suspiros sus solitarias penas; pero acaso la vehemencia del afecto le hizo creer siempre, tras sus expresiones, y apagadas y polvosa los ojos, como la luz continuada aquel mundo tan vivo y brillante. Por eso rompió y hirió su pecho con la seguridad severidad; por eso arrojó el velo versos que le parecían melancólicos del objeto a que los con guardó, y a un haz de miseria con los que a un medio del día, es porque una madre es una persona, y un pueblo es un pueblo.

Suplico de alguna manera su silencio por con aquellos lugares a que debe el alma, todos sus aspiraciones, y donde es donde la mayor parte de estos preludios...

el objeto de esta publicación. Son un homenaje que les tributa, estas páginas que ellos también inspiraron, y en las que no ha hecho más que agrupar en tortas de una anécdota vulgar en aquel país, algunas descripciones de su aspecto, y algunas indelebles memorias de venturosos días.

Verdad es que cuando en 1833 escribí en Madrid este cuento que en 1837 publico en un periódico literario, no se había vulgarizado este género. Escribíronse y se tradujeron muchos después y si bien pueden describirse en este otras tendencias y hasta otras formas, también parecen hoy imitación y contigios, lo que bueno o malo fue entonces un pensamiento propio. Así también, mucha parte de los versos que preceden, escritos y como todos algunos años hacia, parecen sin embargo ahora imitaciones de otros que notoriamente se han escrito después. El carro de la literatura como el de la política, pasa por cima de los mismos que le llevan, cuando vienen otros que con mas estruendo, y mas energía y ardiente inspiración avanzan.

Como quiera que sea, el autor se cree demasiado favorecido, si sus lectores han leído los versos que preceden. Las siguientes páginas son el único don poético que puede ofrecer a su país natal, y solo a que en él se lean aspira.



UNA CITA.

PÁRRAFO I.



El Anteojo.

Rayaba una hermosa aurora de agosto. El mar se distinguía ya del cielo, y las estrellas se habían apagado. Era ya aquella hora en que hay luz en el mundo, vida en la naturaleza, agitacion en los campos, ruido y cánticos en las arboledas, y en la mansion de los hombres sueño y silencio aún. Pero aquella mañana los hombres habian despertado primero que las aves, el pueblo de las aldeas vagaba por las campiñas antes que los ganados, y las hermosuras del campo y las damas lindas de la villa, se habian engalanado antes que las rosas sacudiesen el rocío, y abriesen sus lozanos pimpollos. Salen antes que el

sol las tueste: antes que el calor sofocante de agosto las fatigue. La religion las llama, el placer las espera..... van á una *romería*.

En un delicioso valle de nuestras costas septentrionales, donde el ignorado Landro desemboca en el Océano, se eleva un alto cerro que domina el valle, el río, la villa y el mar. No puede llamársele colina: es mas alta, es una pirámide inmensa, terrible, gigantesca, que arrancando perpendicularmente de la fértil ribera, y sus amuebles vergeles, termina allá en una region donde no hay árboles ni flores, ni otros objetos que aliagas, brezos y rocas. La última roca es una ermita, y la rodea una plazuela plana y escueta que corona el monte. Allí suele á veces sentarse el génio de la tempestad, y parar su carro de negras nubes: allí ruge el trueno, y de allí se precipita el huracán. Pero aquella mañana la ermita brillaba como la veleta de una torre: las bellezas trepaban por donde descendien los torrentes, los trajes de la multitud que subia por todas las sendas parecian flores que tapizasen aquella gran roca, y el pico de las tormentas se habia trocado en un vasto salon de fiesta.

Cubriánle por todas partes tiendas y pabellones donde se ofrecian agradables manjares, y mesillas con tiestos de flores. Sembraban el suelo mil canastillos de frutas. Sonaban tamboriles, dulzainas é instrumentos rústicos. Habia bellas damas, hermosas aldeanas, agraciados jóvenes, y alegría, y amor, y un aire puro, y un cielo claro, y un sol que nacia tan despejado, tan brillante, tan alegre, que parecia palpitar de placer, y acudir tambien á la fiesta. Pronto se inflamaron estos combustibles, y el

entusiasmo de la alegría hace de ellos una sola hoguera. El toseco violin rechina, la gaita suena, la pandereta zumba, los ciegos cantan, los chicos gritan, los aldeanos dan alaridos, y se forman corros, y comienzan los bailes. Los mancebos de la aldea se mezclan con un inocente orgullo con las damas; los jóvenes de la villa toman sus parejas entre las aldeanas; y en aquellas rústicas saturnales todos se confunden, rien, danzan, juegan, retozan y brindan. Pero el encanto de esta escena es inesplicable. Aquella multitud regocijada al rededor de un santuario, sobre la plataforma de un pico altísimo, teniendo á sus pies los campos, y los mares; aquella isla aérea de placeres; aquellos corazones puros para quien la religion es un festejo, parecian no pertenecer á la tierra. Los espíritus tenían allí cierta actividad sobrenatural, la alegría cierta dulzura celeste, la belleza un aire angélico que embotaba el ardor de las pasiones; y del fondo del valle aquella reunion, cuyos movimientos se veian distintamente, pero cuyas voces no podian oirse, parecia un cuadro ideal, una vision milagrosa.

Entre los jóvenes de la villa, á quienes hacia salir de su esfera el placer de aquel espectáculo, ninguno mas entusiasmado, ninguno mas ebrio que el gallardo Luciano. Su alta estatura descollaba por todas partes; sus pies ligeros bullian en todas las danzas; su voz sonaba con placer en los oidos de todas las hermosas; y todos los ojos se fijaban en él con el cariño que siempre inspiraba, y con cierta estrañeza que infundia aquella mañana. Veíase en efecto casi enloquecido á un joven naturalmente serio y pensador. Sus ojos, siempre decaídos y melancólicos,

chispeaban con una vivacidad extraordinaria; sus lábios, comunmente silenciosos, brotaban un torrente de expresiones; y las tiernas doncellas, que suspiraban en vano por atraer su cariño, se veían requiebradas de repente, y alucinadas por la impetuosa elocuencia de su entusiasmo. Él mismo extrañaba su transformación, y no podía contenerse en aquel torbellino. Su carácter fijo é intenso se había hecho por un momento la inconstancia misma. Corría á todas partes; revoloteaba por entre las bellas como el céfiro por entre las flores; bailaba con unas, abrazaba á otras; pero las dejaba á todas. En medio de su alegría ninguna le fijaba ni le complacía. Su contento brotaba de su corazón mismo, no de los corazones que le rodeaban. Alguno había allí que le adoraba, y él lo sabía. Procuraba entretener á su amante; pugnaba por hacer de la gratitud correspondencia; pero al fin se disgustaba y huía: el amor es una tristeza continua, y aquella mañana su pecho no quería mas que movimiento, estruendo, alborozo.

Se fatiga un instante, y se sienta para reposar cerca de un corro de aldeanas. La roja esclavina que cubre el seno de aquellas jóvenes, fija un momento sus ojos, y en aquel momento una memoria pasa por su fantasía: su corazón da un latido violento, sus ojos lanzan en derredor una mirada penetrante é indagadora, y exhálase de su pecho un involuntario suspiro, un suspiro de amor, de aquel amor que tenía, de aquel amor que entonces mismo esquivaba.

¿De dónde viene este impensado golpe? ¿Por qué aquel estremecimiento repentino? ¿Donde está el norte de aque-

lla oscilacion magnetica? ¿Está ausente su adorada?..... ¿Alguna hermosa quedó rezagada en la poblacion?..... No: todas estan allí. ¿Suspira en vano por alguna que venga su sexo, siendo ingrata á su cariño? No..... La pasion de su amante es aún mas intensa que la suya. ¿No puede hablarla, no puede estar á su lado? ¿Le separa de su querida algun obstáculo insuperable? No..... Para aquella noche le ha dado una cita..... ¡Ah! esta sola idea basta para turbarle. La mas terrible de todas las inquietudes es la esperanza de un placer que se cree seguro. Luciano siente en aquel momento esta palpitacion, á la vez tan cruel y tan deliciosa. La vista de su amada le hubiera tranquilizado, pero convencido de que no se halla en aquel recinto, aparta de él sus ojos para tenderlos por la campiña, y descubrir á lo menos la choza donde se alberga.

Sí: una hija de las cabañas, una jóven del campo, una aldeanita del valle era objeto de un amor que bellezas finas y *civilizadas* no habian podido conseguir; y el amable y ardiente Luciano suspiraba por la rústica Eulalia. Y no porque fuesen groseras sus inclinaciones ni bajos sus pensamientos como decian nuestros nobles; pero Luciano, llevado del idealismo de su imaginacion, despreció demasiado á las mugeres, y queriendo tomar un rumbo opuesto, cayó en el abismo que pensaba evitar. Desesperanzado de hallar el amor, no buscaba sino el placer. Le pareció que las rosas del campo eran mas fáciles de coger que las de los jardines, y como tantos otros en el mundo, empezando por ser seductor acabó por ser amante. Eulalia no era una muger comun: era una doncella her-

mosa, cándida y tierna, si no comparable á una mañana brillante de primavera, sí á lo menos á un dia puro y diáfano del invierno. Su tez era esmaltada como la hoja de rosa; sus ojos claros, radiosos y serenos como la inocencia; su acento algo tosco, cortado y tembloroso, imitaba el murmullo de una fuente que se desprende entre el musgo de las rocas; su talle, su seno, sus formas no eran tal vez delicadas y ligeras como en las aéreas bellezas del mediodia; pero no es solo esbelto y hermoso el tronco de la palma y su ondulante abanico, tienen tambien su atractivo y magestuosa belleza el copudo negal, el frondoso plátano y el recto pino de las arboledas del norte, y tambien hay en las playas de aquel bello pais ojos árabes y formas griegas. Eulalia las tenia, y su corazon habia recibido del cielo una sensibilidad al parecer tranquila, pero concentrada é interna: una ternura dulce, apacible, modesta, pero vivísima y profunda como el amor de una inglesa. Capaz de resistir á todas las ofertas del interés, y á las gracias mas brillantes de la juventud, una voz suave, un suspiro involuntario, y mas que todo una atencion delicada, una muestra de respeto, le podian inspirar la mas tierna pasion. Un amante la hubiera hecho derretirse en lágrimas sin alcanzar de ella una caricia, y un pesar le hubiera quitado la vida sin hacerle derramar una lágrima. Habia escuchado con desconfianza pero con placer las melosas palabras del hijo de las ciudades, y conoció que eran irresistibles. Se previno contra sus tiros, defendió su inocencia, pero no su corazon, y le amaba. Le amaba con timidez, con humildad, con recelo; pero le adoraba. Se ponía palida al verle, se envejecia de

sus obsequios, y si en una solemnidad campestre la sacaba á bailar, era un vértigo, un delirio lo que sentia la infeliz. Cuando le veía al lado de una dama, se sonreía, pero si hablaba á otra aldeana lloraba. Luciano, atraído al principio solo por la hermosura exterior, se halló súbitamente con un alma extraordinaria, y esta sorpresa acaloró su fantasía. La resistencia inesperada de su virtud le inspiró interés, y la ternura del amor que se mostraba á través de esta firmeza, convirtió el interés en pasión. Tal vez el amor de Luciano no era muy tierno, pero la imaginación exaltada suple con frecuencia por el sentimiento.

Pasaban muchos días sin verse. Las romerías del campo ó los mercados de la villa eran sus citas, y algunas noches muy oscuras solia Eulalia recibir á su amante en su misma casa, por una ventana que el intrépido joven escalaba....—¿Qué! ¿Y eran puros estos amores?—Sí....—Y Eulalia, introduciendo al alta noche en su alcoba á su apasionado galán, ¿habia conservado la inocencia?—Seguramente. En vano se ríe el mundo de las quimeras platónicas: estas quimeras, estos imposibles á los ojos de una sociedad degradada, están en nuestra naturaleza, y el toseco amor en los campos de mi patria eleva aquellas almas sencillas al entusiasmo de la virtud. Para esto en otras partes se necesitaria heroismo; allí basta que haya ternura. Despues de un día de continuas y penosas fatigas, el enamorado mancebo no corre á su lecho de paja para dormir tranquilo, ó para desvelarse pensando en su amada. Asiendo su ferrado baston, arrojando el frío de la noche ó la rapacidad de los lobos, vadeando profundos torrentes, ó trepando peligrosos derrumbaderos, camina solo y á pie

dos horas, á la luz de la luna ó de las estrellas, y escala arriesgado la habitacion de su querida..... Preguntadle cómo pasó la noche, reclinado tal vez en su mismo lecho; no de otra suerte, os dirá, que la hora del día festivo que puede hablarla en el atrio del templo. Hablan, se cuentan sus trabajos, sus asuntos domésticos; velan juntos ó tal vez duermen, y al tercer canto del gallo se despiden, acaso sin haberse abrazado, acaso sin haberse dicho una palabra de amor.—Ficcion, ficcion, esclamarán todos; pero todo es ficciones y paradojas para los que piensan conocer el corazon humano por lo que observan en las ciudades. El mismo Luciano dudaba de esta virtud hasta que la experiencia propia vino á convencerle.

La noche de aquel día era noche de cita. Luciano extrañó en la romería la ausencia de Eulalia; pero su imaginacion se asía de esta falta para prometerse á la noche mayor ventura; que entre dos amantes un motivo de queja lo suele ser de favores. No se habian visto en ocho días; y creía él que esta ausencia habria avivado su pasion. La veía perdida, extasiada, arrojarse entre sus brazos. Esta imágen no podia causarle tristeza, pero sí agitacion, y su sangre, en extremo acalorada con el júbilo, mezclaba el ardor mas vivo con aquella memoria que le perseguia, que le fatigaba.

Levántase para distraerla, y empieza á recorrer los bordes de la esplanada, creyendo que las sensaciones de aquella magnífica perspectiva serian mas poderosas que un recuerdo importuno. Tenia delante sus ojos el mar terso, inmenso, surcado de variados visos como la superficie de una gasa dibujada. Los lejanos navíos blanqueaban en

el horizonte como aves acuáticas, y las rocas de aquellos terribles promontorios, avanzándose en las olas, parecían enormes gigantes en actitud de defender la costa. Elevábase á su derecha una inmensa cadena de montañas, de que aquella eminencia no parecía ser mas que el primer eslabon, y á su izquierda descubria todo el valle, mostrando de un golpe el conjunto de sus bellezas, su rio, su villa, su puente, sus frondosos verjeles, sus campos floridos y las casas rústicas que se alcanzan por todas partes, formando un pueblo continuo de aquel inmenso tiesto de flores. Este cuadro arrebató su atencion, y los techos de pizarra fijaron mas su vista que los mares, las rocas y las montañas. Su primera ojeada, rápida como la del buitre que atisva su presa, percibió allí lejos, muy lejos, casi en el horizonte, la mausion de Eulalia. Mas bien la adivinaba su imaginacion que la veían su ojos, y como si para descubrirla claramente le bastase dar un paso, se adelanta hácia una peña donde hay una cruz. Pero se adelanta en vano; la casilla blanca con su techo aplomado y piramidal no parecía entre la arboleda mas que un pequeño túmulo de un cementerio rodeado de arbustos, y esta vista estaba muy lejos de satisfacer su momentáneo capricho. De repente recuerda haber visto un anteojo en manos de un amigo. Corre, le busca, se le arranca, y está ya otra vez bajo la peña de la cruz. Ufano y trémulo como un soldado que apunta el cañon mortífero, parecía que sus ojos á través de aquel instrumento iban á hacer una conquista. Cree sorprender á su querida, verla en su feliz ventana, registrar su aposento..... ¿Quién sabe?..... Dirige el tubo..... allí está..... pero

¡ó fatalidad!..... El anteojo no es un telescopio perfecto, los objetos parecen todos azules, nebulosos y vagos; las ramas de los árboles ocultan las estrechas ventanas, y las personas no hubieran podido conocerse. Solo se distingue como un espacio negro la puerta de la casa, y en medio de esta negrura se mueve un objeto blanco. Los rayos del sol hicieron de lleno aquella nevada figura que parece un fantasma. Luciano se fija en ella con anhelante curiosidad, y en el instante mismo aparta la vista deslumbrado: un temblor involuntario le sobrecoge, parase la sangre en sus heladas venas, apoya con una mano su frente como si fuera á despeñarse, y deja caer maquinalmente el anteojo, que rueda y se hace pedazos entre las rocas.

¿Qué rayo le ha herido así? ¿Quién llenó su pecho de aquel profundo estupor? ¿Qué vieron sus codiciosos ojos? ¿Quién era el blanco fantasma?..... No le vió. Su vista solo percibió en el aire un extraño y deslumbrante reflejo, un objeto luminoso, una columna brillante que vibraba y centelleaba como un sable esgrimido al sol; una figura de plata que desapareció como un relámpago, internándose allá en el albergue de su querida. Esta vision singular es la que le aterró: aquella sorpresa le comunicó un pavor extraordinario que no había sentido jamás. Quedó absorto, embargado, como si empezara á petrificarse; no podía pensar, no podía meditar en lo que fuese aquella plateada figura. Era incapaz de discurrir, como si fuera incapaz de dudar. Parecía haber visto claramente que aquel objeto era un objeto terrible, y no sabía lo que era. Aquel centelleo había llegado á su corazón an-

tes que á sus ojos, como si un ser sobrenatural le hubiese producido; y Luciano pálido, cruzados los brazos, des-pavorido como el que ha visto una vision del otro mundo, é inmóvil como la roca que se alzaba sobre su cabeza, hubiera permanecido allí muchas horas, si ningún ser viviente hubiese turbado su éstasis de terror. Pero en el momento mismo que, siguiendo maquinalmente con la vista los fragmentos del antejo que iban despeñándose de roca en roca, asomaba á sus labios una sonrisa mas amarga que todas las lágrimas, una voz dulcísima suena á su espalda, y llega á sus oídos un acento de tierna compasion que esclama: ¡Pobre Luciano!...

Entonces todo era prodigios para él. Aquella voz le sonó tambien á celestial, y volvió la cabeza aguardando otra vision. No se engañó. Era la voz de un angel; la criatura mas hermosa le llamaba: era una joven mas pura y brillante que el azul de los cielos, una linda señorita de las que sin duda habian seguido con ojos de celosa solicitud sus pasos y movimientos; la compasion habia vencido en ella al despecho de no verse atendida, y corrió á él, y le asió de la mano. El poder de la belleza es tan mágico como el del cielo, y Luciano cedió á él como quien cede al destino. Arrastrado de una fuerza superior dejó la peña de la cruz, y siguió á la hermosa: pero no contestaba á su acento ni á sus amorosas miradas. Ella le examinaba sorprendida, y al ver su palidez, sus ojos clavados y sus labios entreabiertos, al sentir fria aquella mano que tenia asida, sus ojos desprendieron una lágrima, y esta lágrima tambien era sobrenatural, porque era de amor. Esta lágrima llegó al corazon de Luciano como

el rocío á una planta agostada. Su sangre volvió á circular con mas libertad; las rosas volvieron á colorear sus mejillas; las ideas tomaron de nuevo en su cabeza el curso de la reflexion natural, y estrechando con placer la mano de su bella conductora, la miró, si no con el fuego de la pasion, sí á lo menos con la ternura de la gratitud. Sintió un placer de reposo al lado de aquella amante no correspondida, y el brillo de sus ojos inocentes eclipsó un momento en su fantasia la misteriosa impresion de la figura de plata.

El pensamiento á su vez se apoderó de ella para adivinarla, pero inutilmente. Le era imposible imaginar lo que fuese aquella columna centellante, aquel relámpago sólido, aquel objeto resplandeciente sobre la puerta de una casa rústica. Desechaba todas las esplicaciones naturales de aquel brillante enigma, y su razon se apartaba de él, deslumbrada y ciega como su vista. En vano recordaba el efecto de un soldado llevando un bruñido fusil, un jarron de azófar sobre la cabeza de una aldeana, ó un segador empuñando la afilada guadaña: su mente despavorida no podia comprender cómo objetos comunes causasen una impresion tan mágica y durable. Lo fué sin duda. Su entusiasmo, su regocijo, su sed de placeres desapareció. Se esforzaba por recobrar á lo menos su serenidad natural, y esta violencia le daba un aire mas extraño. Las danzas continuaban, y aquellas figuras hermosas le parecian fantásticas larvas. Los cantos de alegría no cesaban, y aquellas voces las oía él como en una region remota. Hablaba á su hermosa compañera, á veces con fuego como si tuviese al lado á su querida, y otros

momentos, cuando la terrible figura obraba sobre su fantasía, sus espresiones eran ideales, místicas, vaporosas, como si hablase á un ser de otro mundo, ó á la sombra de una persona muerta.

En tanto habia pasado la mañana. La brisa del Océano cesó de soplar, y el sol ejercía toda su fuerza sobre aquella desnuda cumbre. Los sotos que ciñen la falda del monte como una zona de verdura, convidaban á la alegre multitud con su amenidad y sombras, y la cima quedó desierta. Aquella multitud descendió con mas estruendo y algazara que si rodasen torrentes y rocas. Corrian todos y gritaban, y daban alaridos como si fuesen á despeñarse. Los jóvenes se daban la mano para sostenerse en la carrera, y se precipitaban mas á prisa como acontece en la vida. Luciano habia anhelado salir de aquel recinto, y al bajar sintió terror. Miró con espanto á la peña de la cruz, y volvió á herir su memoria la misteriosa figura de plata.

El contento de aquella reunion no se disminuyó, y la fiesta del monte se multiplicó en la falda. Dividiéndose en una infinidad de corros en torno de los árboles mas corpulentos, aquellos sotos estensos se vieron sembrados de innumerables banquetes. Ni los bailes ni los cantos cesaban, porque la monotonía de aquellos sencillos placeres es deliciosa, como una prolongada sucesion de dias bellos, y hay en la vida cierta monotonía que es la felicidad. El mismo Luciano volvió á participar de aquella dulce electricidad. Reclinado á la sombra de frondosos laureles, en una pradera cercada de romerales y mirtos, á orillas de un fresco arroyo, viendo el mar á través de

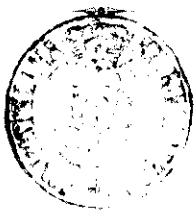
las ramas, y arrullado por su sereno mugido, su alma sobresaltada se adormeció, y el aura balsámica de las flores le trajo el aura del placer. Rodeado de amigos y objeto de las atenciones mas tiernas, procuró mostrarse alegre, y lo estuvo en efecto. Tomó parte en los placeres de la mesa, se aturdió, gritó, y habló mas que todos; se dejó coronar de mirtos por mano de aquellas ninfas, improvisó versos de amor, y cantó un himno báquico. Los vapores del vino y del café disiparon las memorias de la mañana, y la espesura del soto, ocultando la Peña de la cruz, ponía un velo de tranquilidad entre su corazon y la figura de plata.

Tal vez contribuía á este reposo no ver aldeanas en torno de sí. Todas sus sensaciones amorosas se volvian á su bella amante: al fin sus mágicos atractivos le habian alucinado, y la hablaba con todo el fuego del amor, y le hablaba sinceramente. A la caída de la tarde llegó paseando solo con ella á la fuente del arroyo, y la tenía casi abrazada. La infeliz que se veía correspondida extrañaba su dicha, y no esquivaba sus abrazos. Sentada luego con él en un canapé de mirtos, exaltada por la elocuencia mas seductora, fascinada por el fuego de sus miradas, caida la cabeza sobre el pecho de su querido, y amortiguados sus ojos como el brillo del sol que se escondía entonces en los mares, parecía una víctima inmolada ya para siempre al imprudente jóven. Él la estrecha en sus brazos, y ardía: el arrebató de un momento era mas vivo en su pecho que el efecto de una pasión arraigada: su voz se habia anudado á la garganta; sus manos asían á su amante con una fuerza volcánica, y sus labios se inclina-

ban sobre los de aquella criatura que, perdida, embriagada, desvanecida, no tiene medios para defenderse. No se atrevía á huir porque amaba; no podía llorar porque deliraba también y ardía; y no quería ceder porque no había perdido la virtud. En esta crisis terrible un rayo de celeste luz la ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una espresion enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la peña de la cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se puso blanco como la nieve; su convulsion ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazon que palpitaba bajo su osada mano estuviese frio, como si aquel seno hecho por la mano de las gracias fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresion funesta; y aparta sus labios helados como si hubiera besado un cadaver.—“Sí, soy un monstruo, esclama; pero no te amaré jamás.”—Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió toscamente del brazo á su amante, como si fuese á precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reunieronse á su compañía, no se hablaron mas, y anocheció.



PÁRRAFO II.

Ecce Lignum Crucis.



El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias le apetecen; todos los dolores se avivan á su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. También la agitacion de Luciano creció con la noche; tambien brillaba mas en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducia la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodean en aquella hora las imágenes del amor; en vano se acercaba el instante de verla, de estar á su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del dia. Entre todas estas imágenes, la brillante figura era la mano fatidica trazando letras de fuego en la sala del festin. A su luz infernal, la hermosa Eulalia parecia un fantasma; aquel deseo era un tormento; aquella agitacion un pavor casi religioso, que iba cubriendo su corazon, á medida que las sombras se tendian sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hacia el pueblo. Abismado en su tristeza, queria hallar en derredor de sí la causa de ella.

ó buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero estos pronósticos estaban solo en su corazón. Fuera de él todo era placer y serenidad. Veía á los jóvenes de la aldea que se retiraban en tropas; y aun cantaban alborozados, y hacían retumbar el valle con alaridos. Miraba al cielo; y el cielo estaba sereno, diáfano, despejado. Miraba al mar; y el mar sin bramidos y sin olas, en el horizonte parecía el cielo, en la ribera parecía el río. Miraba al río; y terso, puro, brillante, y estrellado, parecía á través de los campos un camino de plata.

Luciano llega y se prepara á salir para la aldea de Eulalia. Otras veces gustaba de atravesar el valle á pié como los galanes del campo; pero aquella noche sus fuerzas se habían debilitado, y la inquietud de su alma no daba espera. Armase cual si hubiese de luchar contra algun contrario: ase la espada: cuelgan en su cintura dos rayos de muerte: sube en un caballo mas negro que la noche, y envuelto en su oscura capa, vuela por el campo intrépido, y denodado como un antiguo paladin que corría á escalar la torre de su dama. No era miedo el terror que sentía, y este terror se disminuyó tambien. Al verse armado y corriendo en su fogoso brido, se cree superior á todos los riesgos, á todos los enemigos, á todos los rivales; y sus esperanzas vuelven á ser lisonjeras. No obstante, su aspecto era algo siniestro: los que pasaban por el campo creían ver un espectro que volaba por entre los árboles: su espada pendiente y brillando á veces tenia algo de funesto: diríase que el genio de la muerte atravesaba el valle esgrimiendo su guadaña: los que le mirasen creían tambien ver la figura de plata.

A alguna distancia de la casa de Eulalia moraba un colono de Luciano. Allí se detiene, deja su caballo, y tomando una senda estrecha, atraviesa los campos de la aldea. Aquellos campos no son desiertos como los demás de España, donde de noche no hay mas que sombras. Allí se descubren por todas partes aisladas casas, y relumbra el fuego de sus hogares. Se oyen por doquiera labradores que se llaman á gritos, niños que lloran, dos queridos que hablan bajo un árbol, ó un anciano que vuelve á su casa murmurando oraciones. Por aquí ladran perros, por allí rechinan carretas; en el río golpea sordamente el remo de la barca pescadora; en el monte resuena la bocina con que el labrador ahuyenta al javalí, y los humildes campanarios de las aldeas mezclan tambien á estos ruidos sus armonías, haciendo sonar el fúnebre toque de ánimas, ó el lento pulsar de la agonía.

Era ya entonces media noche, y nada se oía. Solo por los emparrados caminos discurrían como fuegos fátuos manojos de paja encendida que sirven de antorchas á aquellos aldeanos. Brillaban las lucérnigas entre la yerba; brillaban los charcos en las praderas, y las pálidas cortezas de algunos abedules brillaban tambien con cierta blancura fantástica como troncos de plata.

En breve se presentaron otros objetos á los ojos de Luciano. Al lado de su camino se alzaba la iglesia de la aldea. Él no era supersticioso: habia tal vez mucha religion en el fondo de su pecho, muy poca en su cabeza; y su piedad era mas bien sentimiento que creencia. No obstante, al cruzar de noche ante los umbrales de un templo, experimentaba diversa sensacion que ante las casas de los

hombres, y su alma se elevaba; pero entonces se estremeció. Un vivo resplandor iluminaba la reja de la puerta: parecía que la iglesia estaba alumbrada, y salía de ella una especie de canto monótono y apagado. A través de aquel resplandor pasaba á veces una sombra informe que le eclipsaba. Luciano se acerca sin embargo. Aún piensa que aquellas sombras, aquellas luces y aquellas voces podían ser los terrores de la infancia que despertasen y revoloteasen por su imaginación despavorida. Mas ¡ah! no son siempre visiones las creencias populares: no siempre hay quietud en la mansión de los muertos. No son ilusiones lo que Luciano siente: retumban dentro de la iglesia tres golpes dados con una fuerza espantosa que estremece todo el suelo..... síguelos un resuello profundo y fatigado..... Luciano se hiela; su cabello se heriza; su sangre se para. —“No hay duda, esclama; las tumbas se abren..... Oigo ya el ronquido de los muertos.”—Y haciendo la señal de la cruz, huía; pero aquellos tres golpes se repetían á cada momento.

—“Sí, continúa sin aliento; hoy me persigue un génio infernal..... hoy me oprime el cielo con el peso de sus prodigios..... La tierra misma me quiere tragar, y tiembla bajo mis pies. Mansión de la virtud y de la inocencia, mansión de Eulalia, protégeme..... escóndeme..... ya no busco en tí el amor..... busco el amparo; busco..... la calma..... Eulalia!..... Eulalia! librame de las iras del cielo.”

Eulalia ya podía escuchar sus plegarias..... Luciano está á sus umbrales..... Detiénese un momento, y aplica el oído con triste curiosidad, como si en la casa de su querida hubiera de hallar también rumores siniestros. Pero

nada oye: en aquella mansion de vivos reinaba mas tranquilidad y silencio que en la morada de la muerte.

Luciano rodea la casa hasta ponerse bajo la propicia sombra de una parra de vides, por cuyos puntales solia trepar á la ventana hospitalaria. Otras noches le daba el amor ligereza; ahora se la da el pavor, el sobresalto. Huye mas bien que trepa; huye del suelo, donde cree ver abrirse una tumba, y está ya en el suspirado dintel. No necesita pulsar; la ventanilla cede á su impulso como siempre que se le esperaba. Abre, entra, y tiende su vista por la oscura estancia..... ¡Santos cielos!..... A la escasísima luz que traspiraba la noche, y que no alteraba la negrura de las tinieblas, refléjase en el aire, en medio del aposento, aquel extraordinario brillo, la espantosa figura de plata.

Luciano se abalanza á ella, y no la halla; ya no la vé: desapareció. Cree no obstante percibir mas cerca otra blancura..... se aproxima asustado..... Pero ¡ilusion! ¡delirio dulcemente desvanecido! es el lecho de su querida; el lecho donde Eulalia dormía, es el que detiene sus pasos..... el tacto solo de la ahnoliada donde reposa su frente templó el ardor de su pecho, y hace una revolucion en su fantasia. Poco antes le sobresaltaba el terror que por todas partes le iba siguiendo; ahora casi estraña la tranquilidad que allí reina. Aquella tranquilidad le commueve; el sueño profundo de su querida le enternece, pero no con la ternura del amor. Luciano entonces no era capaz de trasportes ni de caricias. Un respeto religioso le contiene; sus manos se apartan del lecho como de una cosa santa; y cruzados los brazos, y fijos los ojos, contem-

plaba á oscuras á Eulalia como si la mirase, y la hablaba como si ella le oyese.

"Duermes, dulce adorada mía, duermes, esclama.... duermes tranquila, mientras en mi seno ruge una tempestad.... Duermes, y me esperabas.... Ni la inquietud te desvela, ni el amor.... ¡Ay! no.... yo no soy celoso de tu sueño.... Tú me amas; pero eres inocente: crees en mi honor, y crees el tuyo seguro.... Duermes esperándome, como dormirías en mis brazos.... Tu sueño no es el de la indiferencia, sino el de la virtud.... Y á mí me cercan los terrores del delito.... Sí.... yo soy criminal.... La inocencia no siente esta inquietud, este espanto.... La inocencia duerme.... ¡qué tranquilamente!.... casi no se oye su aliento.... Reposas, hechicera criatura, reposa: yo no te despertaré.... ese sueño te hace sagrada.... para siempre.... sí.... yo quiero ser virtuoso.... yo espiaré mi crimen.... Ese sueño me revela un gran secreto.... yo te amaré como tú me amas.... yo no turbaré jamás tu inocencia, ni tu sueño.... lo juro.... sí.... lo juro por el mágico brillo con que hoy hirió mis ojos la espada de la justicia divina, lo juro por el sagrado terror que me persigue, por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas que aún me estremecen.... y por tu sueño."

Diciendo así había tendido la mano sobre el pecho de Eulalia en ademán solemne como para confirmar su juramento; y el cielo puso también en ella el signo sagrado sobre el que los mortales suelen jurar. Sus manos tocaron una cruz.... y como si esta cruz fuese inflamable, la estancia se iluminó. Luciano cerró involuntariamente los ojos á esta luz; y nada vió: sintió solamente que un ser

humano habia penetrado en la estancia. Este sér dió un grito terrible, dejó una antorcha, y desapareció. Luciano abre los ojos, mira, y los vuelve á cerrar; ha visto ya la figura de plata, y ha caído de rodillas..... ¡ Ah!..... quisiera haber quedado ciego en aquel momento; pero al fin cede á su destino, y mira otra vez..... ¡ mirada funesta!..... ¡ visión terrible! Ya está patente tu misterio..... Lecho de amor, gracias de la inocencia, tranquilidad de la virtud..... encantos de la hermosura..... todo desapareció ante aquella mirada horrorosa. El brillo fantástico es ya un objeto real..... las voces del templo tienen eco..... la inquietud de Luciano ha cesado..... su juramento se ha cumplido..... Eulalia..... Eulalia allí está..... pero está muerta;..... su cadáver yace tendido en el negro féretro..... y á su cabecera brilla y centellea ante los ojos atónitos de Luciano el águila de los funerales, el lábaro brillante de la muerte, la cruz parroquial, la terrible cruz de plata.

Luciano tenia otra entre sus manos, la que habia hallado sobre el seno de Eulalia. Estaba de rodillas; sus ojos clavados miraban alternativamente á aquella cruz de plata, y á aquel rostro de cera. Su color era mas pálido que el de su amada, y estaban mas desfiguradas sus facciones. Sobre la frente angelical de Eulalia reposaba toda la belleza de que es capaz la muerte; en el semblante de Luciano se pintaba todo el espanto que puede sentirse en la vida. Eulalia no era mas que un cadáver; pero Luciano era un alma réproba que se presenta ante el supremo Juez; y si en aquel momento fuera capaz de desear alguna cosa, hubiera deseado tenderse en aquel féretro, al lado de su querida, y estar así muerto.

Pero estaba inmóvil. Solo algunas veces apretaba á su pecho la cruz que asía con violencia. Sus ojos no se alzaban un instante de aquellos objetos terribles, y sus lábios pronunciaban maquinalmente las últimas palabras de su voto funesto. "No turbaré tu sueño.... lo juro por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas."

Hubiera permanecido así toda la noche; pero una nueva sorpresa le sacó de su letargo. Al grito agudo de la persona que habia entrado en la estancia de Eulalia, otros cien gritos de pavor habian respondido, y Luciano sentia que se acercaban al aposento. Pero las personas que los proferian no se atrevieron á entrar. Sus alaridos se convirtieron en oraciones, un sacerdote las dirigia, y prostradas á la puerta de la estancia, respondian en alta voz á sus preces, y golpeaban sus rostros. Luciano oyó desde su profundo éstasis aquella espantosa gritería: en medio de sus confusas plegarias distinguía solo: "*¡Jesus, Jesus, Jesus!....*" y cesaban un instante, y luego la voz del sacerdote hacia llegar á su alma estas tremendas palabras: "Huye, espíritu de perdicion; huye, enemigo infernal, á tus eternos abismos."

"Ya huyo, dijo con voz sepulcral Luciano, poniéndose en pie.... ya huyo...." Y á este acento cadavérico, á este alullido de muerte, se prosternaron de nuevo, y se estremecieron, y prorumpieron en un ¡ay! mil veces repetido, en un alarido de espanto.

Luciano pensó realmente que hablaban con él; se creyó un momento un genio infernal, y quiso huir; pero al despedirse de aquellos queridos restos se despertó en medio de su terror un sentimiento de ternura. Inclínose res-

petuosamente sobre aquel cuerpo aún hermoso; miró aquella frente de marfil ceñida de flores, como la de una víctima santa, y un trasporte de amor fúnebre ardió en su corazón. —“Oh hermosa mía, exclamó, yo te abrazaré al fin sin quebrantar mi voto..... Ven á mis brazos, cadáver adorado..... mis últimas caricias no turbarán tu inocencia..... ni tu sueño.”

Tendió en efecto sus brazos; sus manos acariciaban las heladas mejillas de Eulalia, y estrechó á su pecho aquel seno que no palpitaba ya..... En aquel abrazo aún habia ilusion de amor, aún habia sombra de placer..... y aquel deleite espantoso le hizo exhalar un suspiro que fué un grito de terror..... Sus labios se inclinaban sobre los labios que no respiraban ya; pero en aquel momento sus ojos se clavaron de nuevo sobre la cruz de plata, y volvió á sentir su mágico espanto. Aquella caricia le pareció horrorosa y criminal. Sus labios se detuvieron, y sus manos se elevaron al cielo. Volvió á poner la cruz sobre el pecho de Eulalia, y volvió á esclamar en alta voz: “Ya huyo, ya huyo..... no me atormentéis mas, voces del cielo..... Ya os dejo á Eulalia..... ya no turbaré su sueño..... ya huyo.....”

Huyó en efecto. Desesperado, herido por los rayos del cielo, ardiendo como un precito, y despavorido como un malhechor, se descolgó por la ventana con la rapidez de una sombra. Las voces *¡Jesus, Jesus!* atronaban sus oídos, y le empujaban afuera del finesto aposento. El último objeto que vió aun al descender, fue el brillo fatal de la cruz de plata.

Sin embargo, no era solo el terror lo que le alejaba de aquel lugar. No..... él hubiera permanecido toda la

noche al lado de aquel cadáver, hubiera gozado en su desesperacion; y ni los temores de este mundo, ni las visiones del otro le hubieran apartado. Pero Luciano era virtuoso aún, y amaba; amaba el alma de aquellos despojos; amaba el nombre y el honor de Eulalia como una cosa pura en la vida, y sagrada en la muerte; hubiera mancillado su reputacion permaneciendo allí, y tuvo bastante fuerza de alma para pensarlo. Aquella reflexion era sin duda mas fuerte que todos los sentimientos y todos los terrores, y huyó. Huyó por amor, huyó por virtud, huyó porque su destino no estaba aún cumplido. Habia visto á su *querida*: faltábale ver á su víctima.

Siguiendo el camino de la iglesia, divisa de nuevo el terrible resplandor; pero entonces en vez de repelerle le fascina, y le atrae como los ojos del dragon. Corre despedido como un guerrero vencido ya, que busca la muerte; empuja la puerta del templo, y entra..... No vió fantasmas, ni cadáveres..... Un hombre está solo en medio de la iglesia, sentado sobre la enlutada mesa de los atahudados. A su lado se alzan los candelabros negros de los muertos, coronados de antorchas amarillas..... Una solo está encendida..... Los vestidos del hombre eran rústicos, su semblante macilento, su fisonomía tristemente estúpida; tenia en su mano una botella, y bebia tranquilamente, cual si estuviera en un festín. Aquella tranquilidad era espantosa; parecia un genio de muerte sorbiendo á todo su sabor la sangre de los humanos. Pero aquel sér tan familiarizado con los muertos se aterroró á la vista de un vivo: sobrecojido delante de Luciano que se acercaba silencioso, corrió á echarse á sus pies.

— ¿Quién sois? dijo Luciano con voz seca. ¿Qué hacéis aquí á estas horas?

— Señor, respondió todo temblando el hombre del templo, soy..... un pobre..... soy..... ya lo veis. (Diciendo esto le mostraba una sepultura abierta.) Todo el día estuve ganando mi sustento en el campo..... he tenido que hacer esa sepultura de noche..... ahora mismo..... estaba descansando de mis fatigas..... soy un pobre, señor.....

— ¿Y para quién es esa sepultura?

— Para Eulalia.....

— ¿Y quién mató á Eulalia?....

— ¿Quién la mató?.... Señor..... nadie..... ella..... Dijo una fiebre..... un pesar.....

— ¿Un pesar?....

— Sí, dicen que un joven, un caballero.....

— ¿Qué?....

— Un joven, un caballero la seguía. Sus padres lo supieron, temieron por ella, y la amenazaron..... ¡O Señor! con mucha razón..... con aquella desventurada amistad un maligno espíritu se habia apoderado de la joven..... No comía, y enflaquecía, y se esqueletaba como si interiormente la quemasen..... Díz que algunas veces se habian visto en torno de su casa apariciones estrañas..... pero al fin Dios se la llevó..... Sus padres volvieron á reñirla, y á castigarla, y á encerrarla..... y mañana la enterraré. Murió en tres días..... murió de pesar..... pero murió como una santa. Ya está allá rogando por nosotros. —

Enmudeció el hombre del templo, y Luciano enmudeció tambien. Trémulo, lento y abatido, como si llevase sobre los hombros la bóveda de la iglesia, se adelanta á



la vacía huesa, y se prosternó. Entonces sí que sentía todo el peso del cielo. Hasta aquel momento había experimentado los terrores de la imaginación, los dolores del infortunio; pero ahora le oprimía el remordimiento, sufría el horror del crimen. Aquel instante fuera del templo hubiera sido el más cruel de la noche; pero allí había un altar; la presencia divina animaba aquel recinto; y Luciano conoció al fin que, si el hombre puede consolar sus desgracias con los hombres, los tormentos que causa el delito solo hallan alivio ante Dios. Oró, sí. Oraba con toda el alma, con todo su ser. Sus ojos median toda la profundidad de aquel sepulcro, su mente sondeaba los abismos de la eternidad, y sus suspiros parecían decir al cielo: "No, no te ruego por esa alma que ya descansa en tu seno; te ruego por la mía, por esta alma criminal, por la tranquilidad de este corazón homicida. Gran Dios, ya sé por qué son delitos las pasiones..... ya estoy horriblemente convencido, pero ya estoy castigado. Eulalia, ruega por mí. Mira cómo se elevan al cielo las manos que escavaron tu sepulcro..... mira cómo le riegan con sus lágrimas los ojos que te han fascinado, los ojos que te han dado la muerte."

Lloraba entonces en efecto; lloraba á torrentes, y este llanto era ya un beneficio. No había llorado aquella noche, ni hubiera podido llorar sino en un templo. Aquel llanto era de dolor, de penitencia, y en él había también ternura, amor, alivio; pero consuelo, no.

El sepulturero, que observaba atónito á Luciano, le advirtió que ya se veía la estrella de la mañana. Luciano dejó el templo y se fue lentamente al albergue de su cónono que dormía tranquilo. Al verle así, repitió aquellas

tremendas palabras: "No turbaré tu sueño." Estremecióse, dejó sus armas, y volvió al campo.

Errante entre los árboles vió amanecer; vió la alegría de la naturaleza con todo el horror que causa en los pechos ulcerados. Las aves cantaban como cantan en todas las mañanas hermosas; pero él solo oyó el fúnebre tañido de las campanas. Arrodillóse y oró. Oraba aún cuando salió el sol: su vista se dirigió involuntariamente á él como la de un niño á la luz; pero tampoco le vió. Sobre la colina donde se alzaba su lumbre sus ojos hallaron la peña de la cruz, y quedaron clavados en ella llorando. Aquella mañana del día anterior era ya una memoria. Aquellos placeres le parecía haberlos disfrutado allá en tiempo muy remoto. Había vivido en una sola noche una vida entera, y se acordaba de aquella mañana, no como un anciano que recuerda complacido un día bello de su juventud, sino como un moribundo á quien atormenta la imagen de sus antiguos placeres.

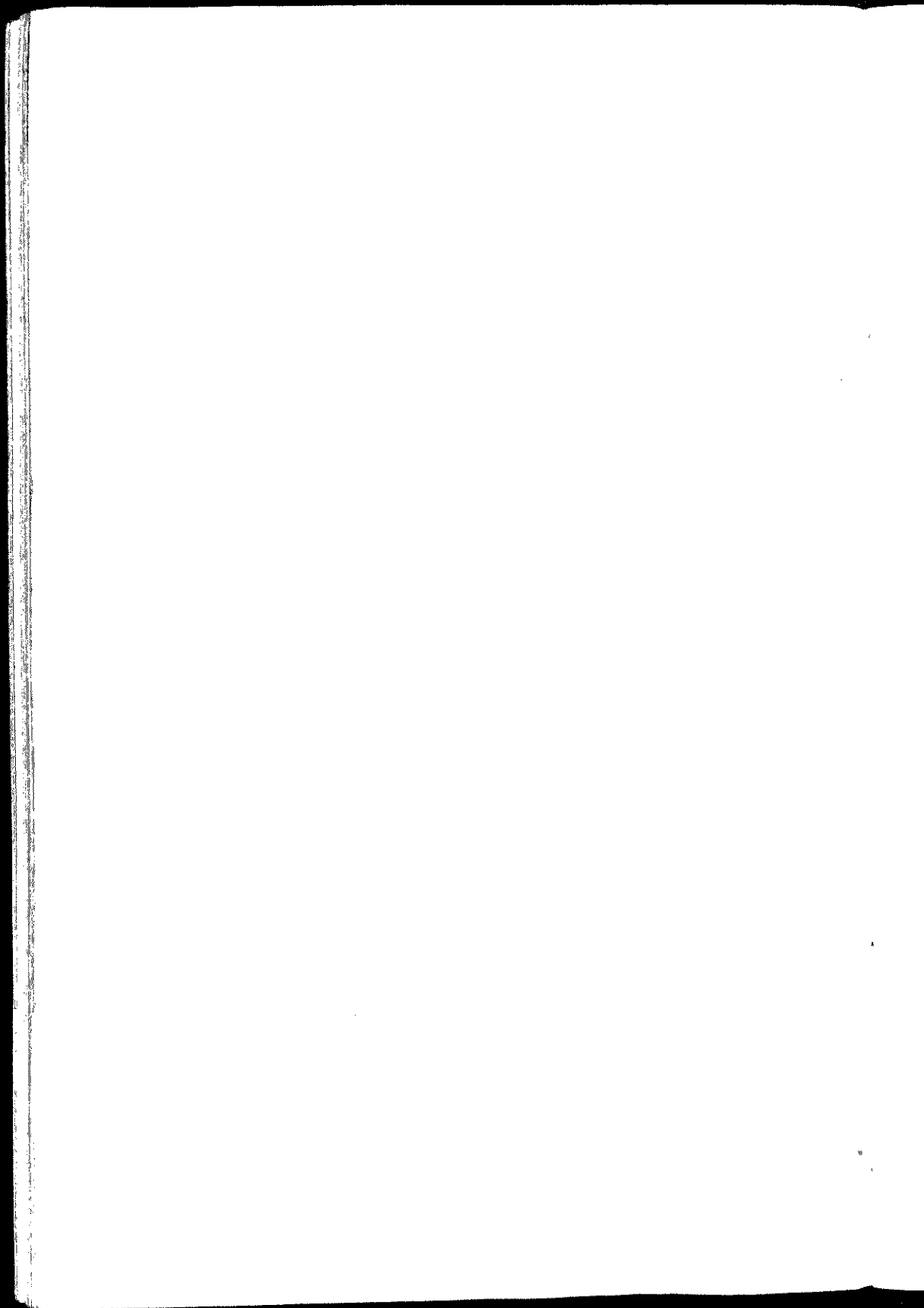
Las campanas volvieron á sonar, y se levantó. Pensaba asistir á las exequias de Eulalia, y se dirigió á la iglesia. A pocos pasos llega á sus oídos un canto fúnebre, y una bandera negra ondea á través de los árboles. Adelántase.... ¿Mas por qué vuelve la cabeza de repente? ¿Por qué desaparece apresurado? ¿Por qué huye por los campos como un malhechor? ¿Por qué ve despavorido sombras y espectros en derredor de sí?.... ¡Ah!.... Hirió sus ojos el brillo de la cruz de plata, y no pudo mirar mas.

.....
.....
.....

Luciano no murió ni estuvo visiblemente enfermo, pero fue mas desgraciado, porque quedó triste para siempre. Su melancolía se hizo un delirio, y su cabellera de veinte años se llenó de canas. Los consuelos de la amistad pudieron restituirle la razon, pero la alegría no. Aquella noche tiznó de negro toda su vida.

Jamás se le vió despues en un festejo; jamás muger alguna obtuvo de sus ojos una mirada de amor; jamás en sus solitarios paseos volvió á la aldea de Eulalia. Pero algunas mañanas trepaba á la cumbre de donde habia dirigido aquella mirada fatal. Otras veces se le veia en el puente, en la playa, ó en la vega mirando absorto la cruz de la peña. Vagaba con frecuencia por las iglesias, y asistia á los funerales. En las noches oscuras del verano, las aldeanas solian oir entre las arboledas un canto dulce y lúgubre que entonaba un fantasma. Aquel fantasma era Luciano. Habia puesto á la cabecera de su lecho una cruz de plata cubierta con un velo. Todas las noches la besaba de rodillas, y no dió otros besos en su vida.

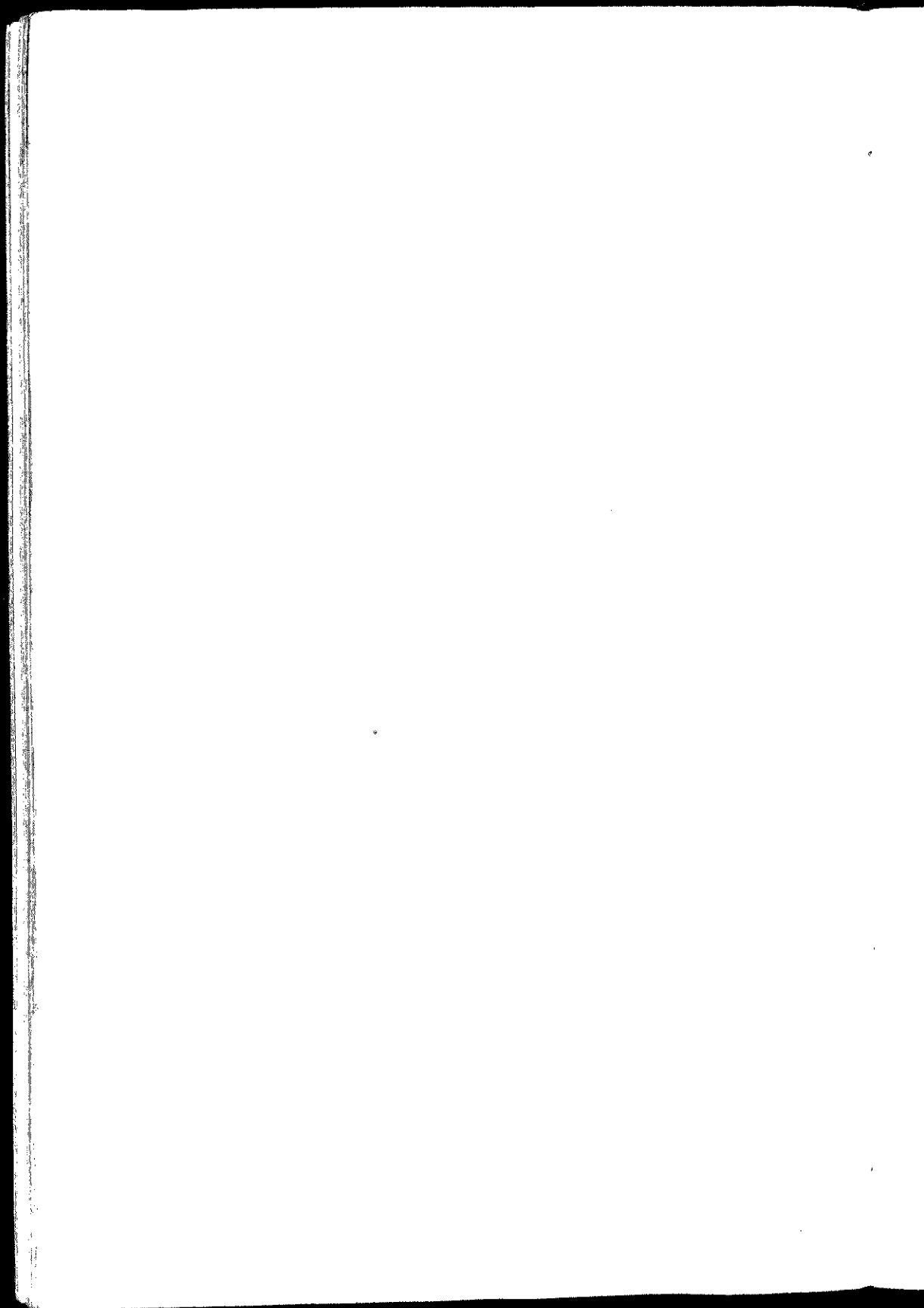




ÍNDICE.

COMPOSICIONES.

	Page.
<i>Mi inspiracion.</i>	9.
<i>Una voz.</i>	19.
<i>El amor sin objeto.</i>	25.
<i>La mariposa negra.</i>	31.
<i>A la muerte.</i>	39.
<i>La inocencia.—A Amelia.</i>	49.
<i>Su mirar.</i>	61.
<i>A S. M. la Reina Gobernadora.</i>	73.
<i>La mano fria.</i>	81.
<i>A un Angel caido.</i>	91.
<i>Mariposa y flor.</i>	109.
<i>Desvario.</i>	115.
<i>Al Eresma.</i>	125.
<i>Su memoria.</i>	135.
<i>En una despedida.</i>	145.
<i>Enviando mi retrato.</i>	153.
<i>A la C. de S.—Epistola.</i>	169.
<i>La Sirena del Norte.</i>	181.
<i>A la Luna.</i>	195.
<i>Al Acueducto de Segovia.</i>	203.
<i>Vie et mort.</i>	219.
<i>A D. José Zorrilla.</i>	227.
<i>Una cita.—Anécdota.</i>	243.



CORRECCIONES.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Debe.</u>	<u>Debe decir.</u>
85	12	lucir	lucir.
87	4	mansion	region
117	11	respóndeme , el destino	respóndeme el destino
161	6	de su mano	de su mano
236	9	capaz	capaz
241	10	material	maternal
242	13	en rija	energía
245	13	quien	quienes
246	27	temia	temía
248	16	interna	intensa
251	9	alcanzan	alzan
256	26	estrecha	estrechaba
260	20	lucernigas	lucernagas
267	21	solo	sola

